

vladimir ilich lenin

UNA INTRODUCCIÓN A SU PENSAMIENTO





CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

www.contextolatinoamericano.com
f ContextoLatinoamericano

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada uno de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.

PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

www.cheguevaralibros.com
f LibrosCheGuevara

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede integralmente a sus múltiples facetas.



Vladimir Ilich Lenin

Una introducción a su pensamiento



una editorial latinoamericana

Derechos © 2024 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-923074-26-2

Primera edición 2024

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

América Latina: Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu

EE.UU., Canadá y Europa: Seven Stories Press

- 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos • Tel: 1-212-226-8760
- E-mail: sevenstories@sevenstories.com

ocean
sur



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Índice

Introducción

Marxlenin Pérez Valdés 1

Cronología 7

Textos de Lenin

¿Qué hacer? 17

Un paso adelante, dos pasos atrás 38

El Estado y la Revolución: La doctrina marxista
del Estado y las tareas del proletariado
en la revolución 54

Más vale poco y bueno 67

Tareas de las Juventudes Comunistas 88

Recordando a Lenin

Recuerdos sobre Lenin (fragmentos)
Clara Zetkin 113

Lenin, la coherencia de su pensamiento (fragmentos)
György Lukács 118

Lenin
José Carlos Mariátegui 125

Discurso pronunciado en conmemoración del centenario del natalicio de Lenin <i>Fidel Castro</i>	128
La literatura predilecta de Lenin <i>Nadezhda Krúpskaya</i>	151

Introducción

El libro que toma forma en las páginas siguientes, ofrece al lector la posibilidad de adentrarse, de modo sencillo y ordenado, en el complejo mundo del hombre que nombrado Vladimir Ilich Ulianov, se ganó un lugar en la historia bajo el apodo de Lenin. En el año del centenario de su muerte ocurrida el 21 de enero de 1924, a través de este texto se evoca la vida de quien se volvió a fuerza de convicción y méritos, el líder natural de la primera revolución socialista que triunfó, y por tanto que llevó al poder a la dictadura del proletariado y el campesinado. Sirva de esta forma: *Vladimir Ilich Lenin. Una introducción a su pensamiento*, como homenaje coherente al intelectual orgánico del comunismo; al militante; al pensador; al activista; al revolucionario; al hombre culto que no dejó de estudiar y de instruirse, por adversas que fueron sus circunstancias.

A cien años de su fallecimiento, Lenin permanece para los pobres de la tierra, los obreros, los enajenados del trabajo, los campesinos, los humildes, los expropiados, en fin, los oprimidos, como guía indiscutible hacia la esperanza y la utopía no solo anheladas, sino realizables. Para los capitalistas, burgueses, explotadores, reificadores, en fin, opresores, constituye la demostración desafiante, práctica, material y real de que un mundo superior y por tanto comunista, es posible y factible.

No es casual por lo tanto, que desde el capitalismo mundial, fundamentalmente, se le haya intentado someter al ostracismo. En los casos no logrados, se ha optado por volcar sobre su

figura todo tipo de difamaciones, desviaciones y estereotipos, pretendiendo endilgarle la funesta suerte de aquella otrora gloriosa Revolución Socialista de la que fue su padre fundador, mas no su sepulturero.

Así escribió él mismo en *El Estado y la revolución*, sin saber que con el tiempo sus palabras serían epitafio sobre su propia historia:

Con la doctrina de Marx ocurre hoy lo que ha ocurrido en la historia repetidas veces con las doctrinas de los pensadores revolucionarios y de los jefes de las clases oprimidas en su lucha por la liberación. En vida de los grandes revolucionarios, las clases opresoras les someten a constantes persecuciones, acogen sus doctrinas con la rabia más salvaje, con el odio más furioso, con la campaña más desenfrenada de mentiras y calumnias. Después de su muerte, se intenta convertirlos en íconos inofensivos, canonizarlos, por decirlo así, rodear sus nombres de una cierta aureola de gloria para «consolar» y engañar a las clases oprimidas, castrando el contenido de su doctrina revolucionaria, mellando el filo revolucionario de esta, envileciéndola.

De modo que, para una mejor comprensión sobre su obra cabe realizar en paralelo un análisis hermenéutico que primero permita deconstruir prejuicios, despejando la nebulosa de interpretaciones que le acompañan, para así ser capaces de aprehender no solo al hombre, sino al genio. No al profeta, porque no lo fue ni lo pretendió; más bien al marxista convencido de que la revolución era el camino más difícil, pero también el único. Al dirigente político de la aguda visión estratégica sobre la coyuntura histórica, que vio como no pudieron hacerlo sus contemporáneos las condiciones necesarias para la subversión. Al teórico

dialéctico que a tiempo supo que para triunfar: ayer era muy pronto, pero mañana sería demasiado tarde.

Por eso, libros como este que ahora tiene la oportunidad de leer, llevan el mérito de pretender rescatar a Lenin, y con ello a la historia, para situarlos como a la virtud: en su justo medio entre dos vicios. En el caso del dirigente soviético, tanto como para el socialismo en sí mismo, estos vicios han sido reproducidos por cierta historiografía de ideología burguesa; así como por aquellos que en nombre del socialismo tanto o más daño les han provocado.

En *Vladimir Ilich Lenin. Una introducción a su pensamiento*, el lector tendrá acceso al mundo Lenin a través de tres viajes diferentes, pero interconectados. Me refiero a la posibilidad de ubicarse cronológicamente en algunas de las faenas que vivió en el transcurso de sus 53 años; leerlo directamente a través de su voz e intención en cinco de sus escritos más importantes; para finalizar volviéndolo a encontrar mediante otros cinco textos que lo rectifican lógicamente, como figura esencial de la historia de la humanidad.

Pero claro, como su título lo indica, este sería apenas un punto de partida para adentrarnos en el complejo universo del hombre que, gracias a su activismo y conocimientos, fue el primer marxista revolucionario que lideró una revolución triunfante. De manera que, esta introducción a su pensamiento, no puede dejar de ser sobre todo, un reclamo «leninista» para la acción crítica y transformadora del lector y sus circunstancias. Entre otras razones, porque en Lenin siempre hubo una unidad orgánica entre sujeto y objeto; entre teoría y práctica; entre interpretación y transformación; entre pensamiento y acción.

No es casual que para muchos de sus mejores estudiosos, su valor principal estuvo no solo en interpretar creadoramente el

marxismo de Carlos Marx y Federico Engels, sino sobre todo, en transformarlo revolucionariamente y con ello, ampliar profundamente su objeto de estudio. Para Lenin ya no solo se trató del capitalismo en general, sino de aquella nueva fase histórico-concreta que nombró imperialista, sobre la cual reflexionó y describió exhaustivamente con el objetivo de poder brindar propuestas palpables para su superación a través de la revolución mundial.

De ahí que, como reconocerá el lector en los textos que siguen, no cejó en temas clave como: la lucha de clases; la dictadura del proletariado; la revolución y su carácter; el problema del Partido y del Estado; la cuestión del poder; la vanguardia y la educación comunistas; los jóvenes; la autocrítica; el sujeto revolucionario; el pueblo; y, la conciencia política y de clase. Cada uno de ellos, puntos de partida y de llegada de la lucha política pero también ética del dirigente de aquellas masas populares antes inconexas, a las que les otorgó sentido de pueblo y transformó en el sujeto de la revolución; así como, en franco enfrentamiento cotidiano con su realidad y con sus contemporáneos.

Fidel supo captar y sintetizar muy bien en su discurso homenaje en el centenario de su natalicio, esta lucha particular de Lenin con su tiempo, con sus interlocutores, con sus compañeros de lucha y con sus oponentes:

Si se dijera o si se preguntara si hubo algún hombre más incomprendido que Lenin, habría que decir que no. Pero, en cambio, sí habría que decir que no hubo hombre más comprendido por el trabajador humilde, más comprendido por el obrero, más comprendido por las masas, que Lenin. Asombra la paradoja entre la enorme incomprensión que encontraba a su alrededor y la inmensa comprensión que

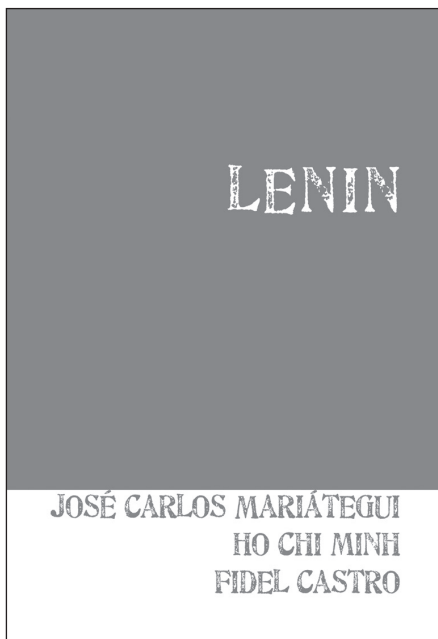
encontró siempre en las masas, y que fueron factor decisivo en cada uno de los momentos más críticos y más difíciles de aquel proceso revolucionario.

Aquella caracterización gramsciana del comunista, en Lenin parece multiplicar el optimismo en ambas instancias, en la del pensamiento y en la de la voluntad. De estas contiendas habituales, sobrevinía maestro de ese tipo de arte que es ejercer el poder desde la práctica política socialista, o lo que es igual: sin renunciar a los ideales comunistas. Mediante el debate permanente con sus contemporáneos pudo ejercer la crítica en sentido filosófico, perfilar principios revolucionarios, y reforzar la conciencia de clase por encima de la actuación espontánea.

Y precisamente, desde el pulso de dos de sus contemporáneas Clara Zetkin y Nadezhda Krúpskaya, militantes de altura de su época (una de ellas su esposa), se conforma un retrato del hombre Lenin, complementado por las miradas desperdigadas en el tiempo de György Lukács, José Carlos Mariátegui y Fidel Castro. Autores que, al leerlos aquí, nos adelantan en buena medida la respuesta a la pregunta que se impone afirmación: la inevitable necesidad de volver a Vladimir Ilich Lenin en el siglo XXI. Porque junto a Fidel, creemos que estudiar la vida, el pensamiento, las doctrinas, y el ejemplo de Lenin, constituyen no un homenaje sino una conveniencia, un beneficio mayor para nuestros pueblos.

Dra. C. Marxlenin P. Valdés.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



LENIN

José Carlos Mariátegui, Ho Chi Minh, Fidel Castro

«Lenin personificó la unidad de mente dentro del partido, la solidaridad de sus filas, el respeto a la disciplina revolucionaria, la fe inquebrantable en la gran causa del comunismo y la firme confianza en la victoria final». —Ho Chi Minh

30 páginas, 2011, ISBN 978-1-921438-55-4

Cronología

- 1870** El 22 de abril nace en Simbirsk, Rusia, Vladimir Ilich Ulianov, quien sería mundialmente conocido como Vladimir Ilich Lenin. Su padre Ilya N. Ulianov, eminente pedagogo, era inspector de enseñanza en toda la provincia de Simbirsk. María, su madre, era hija de Alexander Blanck, médico que ejerció su profesión en la provincia de Kazán.
- 1887** Se gradúa con Título de Oro en el Liceo de Kazán. En el otoño ingresa en la Universidad de Kazán para estudiar la carrera de Derecho. Es arrestado en diciembre y acusado de participar en las protestas estudiantiles contra el gobierno de la provincia. Interrumpe sus estudios y se traslada a la residencia de sus abuelos maternos. El 8 de mayo su hermano Alejandro, en unión de otros cuatro militantes de la Organización Voluntad del Pueblo, es ejecutado por su participación en un complot para atentarse contra el zar Alejandro III. Este hecho constituyó un fuerte impacto en la formación revolucionaria de Lenin.
- 1889** El joven Vladimir organiza un pequeño grupo marxista en la provincia de Samara. El Ministerio de Educación en San Petersburgo le autoriza la matrícula en la carrera de Derecho. Se gradúa, con honores, en 1891 como abogado.
- 1892** Regresa a la provincia de Samara para ejercer la carrera, y realiza actividades políticas clandestinas en el grupo marxista de esa ciudad.

8 Vladimir Ilich Lenin. Una introducción a su pensamiento

- 1893** Se traslada a San Petersburgo y se vincula a los grupos clandestinos de la socialdemocracia rusa, que realizaban acciones de propaganda en los círculos obreros. Convoca a transformar la propaganda en acciones de agitación política.
- 1895** Viaja al extranjero. Se relaciona en Suiza con Gueorgui Plejánov y Pavel Axelrod, padres fundadores del marxismo ruso, y con otros dirigentes socialistas europeos. En París conoce a Paul Lafargue, yerno de Carlos Marx. Elabora artículos políticos con el pseudónimo de Tulin. Regresa a fines de año a San Petersburgo y conoce a Yuli Mártoev quien habría de ser una de las figuras más importantes del menchevismo en Rusia. En diciembre ambos son detenidos por la policía secreta zarista y acusados de actividades políticas clandestinas.
- 1896** En prisión se le reconoce como el dirigente principal de la recién creada Unión para la Emancipación del Trabajo. Empieza a escribir su primera obra significativa «El desarrollo del capitalismo en Rusia» que habría de ser un texto clásico de la economía política marxista.
- 1897** Es desterrado a Villa de Shusencoe en el este de Siberia. Durante este período consolida y profundiza sus conocimientos de la teoría marxista, ejerce, además, la abogacía. Conoce que el dirigente de la socialdemocracia alemana Eduard Bernstein ha elaborado un texto en el que plantea la revisión del marxismo en teoría y práctica. Lenin se enfrentará a esta posición con vehemencia.
- 1898** Contrae matrimonio con Nadezhda Krupskaya, su compañera para siempre en la vida y en la política. En su ensayo «Los objetivos de la socialdemocracia rusa» emplea por primera vez el pseudónimo de Lenin en honor al río Lena que fluye en la región donde estuvo desterrado.

- 1900** Concluye su destierro. Regresa a la Rusia europea. En Pskov Lenin, Mártoov, Potresov y otros marxistas se reúnen secretamente para elaborar los planes con vista a la publicación de un diario marxista en el exterior, *Iskra*. Ese mismo año Lenin cruza la frontera con Alemania con el propósito de crear las condiciones finales para la publicación de *Iskra* que significaría, en esencia, el surgimiento del bolchevismo en la socialdemocracia rusa.
- 1901** Se radica en Múnich para el desarrollo de su actividad revolucionaria contra el zarismo.
- 1902** Se traslada a Londres. En la Biblioteca del Museo Británico, al igual que Carlos Marx en el siglo XIX, Lenin desplegará una intensa labor de estudio e investigación. En esta ciudad conoce a León Trotski, colaborador de *Iskra*. En su obra *¿Qué hacer?*, Lenin expone los principios de la teoría de la vanguardia revolucionaria y su vinculación con las masas. Surge aquí el concepto del revolucionario profesional.
- 1903** Se traslada a Suiza y reside en una pequeña casa de un distrito obrero en las afueras de Ginebra. Se intensifican las divergencias entre los miembros del Consejo de dirección de *Iskra*, que se expresan en la polémica entre Lenin y Plejánov en torno al Programa del Partido Ruso. El II Congreso de la Socialdemocracia Rusa sesiona en Bruselas. A partir de las discusiones entre los diferentes delegados surgen las dos tendencias históricas de la socialdemocracia rusa: los mencheviques y los bolcheviques. La discrepancia fundamental gira en torno al carácter de la revolución en Rusia y el papel de las clases sociales. Por sus diferencias con Plejánov, Lenin renuncia a la Junta directiva de *Iskra*.
- 1904** Escribe *Un paso adelante, dos pasos atrás*. De regreso a Suiza se dispone a crear un nuevo órgano de prensa, y en diciembre sale

10 Vladimir Ilich Lenin. Una introducción a su pensamiento

el primer número de *Vperiod* que posteriormente aparecerá con el nombre de *Proletari*.

1905 Estalla la primera Revolución Rusa. Los acontecimientos se adelantan a los pronósticos de los marxistas rusos. Bajo la dirección de Lenin las acciones posteriores de los bolcheviques se orientan a desencadenar la insurrección armada, la creación de un ejército revolucionario y de un Gobierno Provisional. Lenin consideró la Revolución de 1905 como el ensayo de la Revolución de 1917.

1906 En Estocolmo, en reunión de bolcheviques y mencheviques, Lenin se opone a la política de participación en la Duma, Parlamento, y convoca a crear las condiciones para promover la insurrección armada urbana.

1907 En la Conferencia de la socialdemocracia rusa en San Petersburgo Lenin define la posición del bolchevismo en relación con el parlamentarismo.

1908 Lenin concluye su magna obra filosófica *Materialismo y empiriocriticismo*.

1909 Se establece en París, donde despliega una intensa actividad de estudio e investigación en la biblioteca de esa ciudad.

1910 Participa en el Congreso de la Internacional Socialista en Copenhague donde se manifiestan, una vez más, las diferencias entre el menchevismo y el bolchevismo.

1912 En la Conferencia de Praga los bolcheviques rompen definitivamente con el menchevismo y se declaran como legítimos representantes de la socialdemocracia rusa. Lenin es considerado, a partir de entonces, la figura cimera del bolchevismo ruso. En ese año funda, en San Petersburgo, el diario *Pravda*.

- 1914** Participa en la reunión del Comité Central de los bolcheviques en Cracovia para convocar a un congreso extraordinario. Al estallar la Primera Guerra Mundial, y votar la socialdemocracia alemana a favor de los créditos para la guerra, Lenin proclama que la Segunda Internacional está muerta.
- 1915** En la Conferencia de Zimmerwald, Suiza, se reúnen los grupos socialdemócratas opuestos a la guerra. Aquí Lenin expresa que el deber del proletariado ruso es conducir la revolución burguesa hasta el final con el propósito de iniciar la revolución socialista en Europa.
- 1916** En la Conferencia de Kienthal, Suiza, Lenin presenta una resolución de censura al Buró Socialista Internacional de la Segunda Internacional. Concluye su libro, devenido un clásico de la teoría marxista, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.
- 1917** Estalla la Revolución de Febrero en Rusia y el proletariado de Petrogrado constituye la vanguardia de la revolución. La burguesía rusa es incapaz de encabezar la revolución y los soviets de obreros y soldados proclaman el fin de la dinastía Romanov. Lenin regresa de su exilio en Suiza y en los primeros días de abril pronuncia las históricas «Tesis de abril» en las que convoca a transformar, de manera ininterrumpida, la revolución democrático-burguesa en revolución socialista. En octubre los bolcheviques asumen el poder revolucionario bajo el liderazgo indiscutible de Lenin. Se forma el Consejo de Comisarios del Pueblo y se dictan los tres decretos fundamentales del programa político del bolchevismo. Decreto de la Paz, Decreto de la Tierra y Decreto del Control Obrero.
- 1918** Se firma la paz de Brest-Litovsk con Alemania. Lenin la considera como un momento histórico inevitable en el curso de la revolución socialista. Su autoridad, prestigio y capacidad de

12 Vladimir Ilich Lenin. Una introducción a su pensamiento

conductor permitió lograr que la dirigencia bolchevique llegara al acuerdo de aprobar su propuesta de paz. El 30 de agosto es víctima de un atentado personal. Se desencadena la guerra civil y la intervención extranjera contra la Rusia Soviética. Bajo la dirección de Lenin se proclama el Comunismo de Guerra, que militarizó toda la economía del país para enfrentar la agresión externa y la guerra civil. En épica hazaña los bolcheviques aniquilan la contrarrevolución interna y la agresión extranjera.

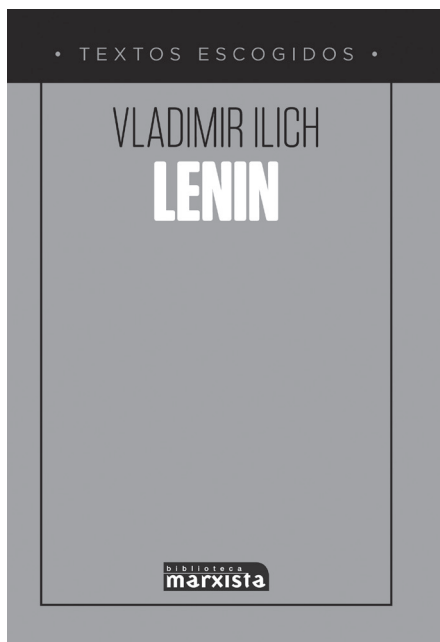
1919 Crea la Tercera Internacional, heredera de la Primera Internacional de Marx y Engels. Bajo la consigna de «Proletarios y pueblos oprimidos del mundo, uníos», los bolcheviques de Lenin se proponen apoyar la revolución internacional en Europa y los países coloniales. Se trataba de convertir la utopía en realidad.

1921 Propone, y se aprueba en el X Congreso de los Bolcheviques, la Nueva Política Económica (NEP), que debía crear las bases para la acumulación socialista de capital que permitiera consolidar las bases del socialismo en la URSS, con o sin revolución internacional.

1922 Bajo la inspiración de Lenin se crea la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas URSS. En el XI Congreso Lenin advierte acerca del peligro de que el socialismo fuera influido por la impregnación capitalista. A pesar de su enfermedad percibe los problemas fundamentales que enfrenta el Partido en la construcción del socialismo. Alerta sobre el peligro de la escisión y división en la dirigencia bolchevique y propone al XIII Congreso la reestructuración del Comité Central y del Buró Político; recomienda la sustitución de J. Stalin como secretario general y que su lugar sea ocupado por otro dirigente con sus cualidades positivas, pero sin sus defectos.

1924 Fallece Lenin el 21 de enero a las 7:00 p.m. Se incorpora así a la historia como uno de sus grandes protagonistas y como el marxista, que en su época, interpretó, de manera más genial y excepcional, la teoría de Marx y Engels desde las condiciones de la Rusia zarista y el imperialismo. A partir de entonces su quehacer teórico y político sería definido como leninismo. Fue, sin lugar a duda, el primero entre los iguales de los revolucionarios marxistas del siglo XX.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



LENIN. TEXTOS ESCOGIDOS

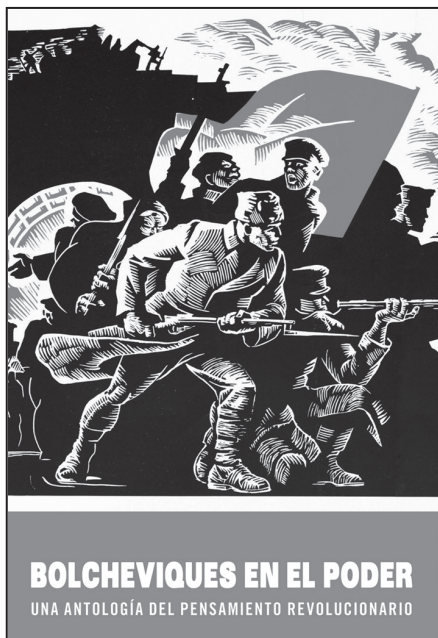
Selección y prólogo de Sonia Almazán y Jacinto Valdés-Dapena

Textos relevantes en materia de filosofía, economía, política, sociología, cultura e ideología, elaborados muchos en plena vorágine revolucionaria a partir de octubre de 1917, son los que hoy ponemos a disposición de los lectores de Ocean Sur. Conocer la obra del líder comunista que pensó y encabezó la lucha bolchevique, es asidero esencial para entender claves importantes de las ciencias sociales y las revoluciones del siglo XXI.

392 páginas, 2016, ISBN 978-1-921700-01-9

TEXTOS DE LENIN

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



BOLCHEVIQUES EN EL PODER

Compilado por Sonia Almazán y Jacinto Valdés-Dapena

Los autores reunidos en esta antología consumaron la proeza de utilizar el método de análisis y los fundamentos conceptuales creados por Marx y Engels, para desentrañar las particularidades de la realidad histórico-concreta en la cual devinieron protagonistas de la primera revolución socialista del mundo.

430 páginas, 2010, ISBN 978-1-921438-93-6

¿Qué hacer?*

III. Política tradeunionista y política socialdemócrata

e) La clase obrera, como combatiente de vanguardia por la democracia

Ya hemos visto que la agitación política más amplia y, por consiguiente, la organización de denuncias políticas en todos los aspectos constituye una tarea en absoluto necesaria, la tarea más imperiosamente necesaria de la actividad, siempre que esta actividad sea verdaderamente socialdemócrata. Pero hemos llegado a esta conclusión partiendo solo de la apremiante necesidad que la clase obrera tiene de conocimientos políticos y de educación política. Ahora bien, esta manera de plantear la cuestión sería demasiado restringida, desconocería las tareas democráticas generales de toda socialdemocracia en general y de la socialdemocracia rusa actual en particular. Para explicar esta tesis del modo más concreto posible, trataremos de enfocar la cuestión desde el punto de vista más «familiar» a los economistas, o sea desde el punto de vista práctico. «Todo el mundo está de acuerdo» en que es necesario desarrollar la conciencia política de la clase obrera. Pero ¿cómo hacerlo y qué es necesario para hacerlo? La lucha económica «hace pensar»

* Escrito en el otoño de 1901. Publicado como libro en marzo de 1902 en Stuttgart.

a los obreros únicamente en las cuestiones concernientes a la actitud del gobierno hacia la clase obrera; por eso, por más que nos esforcemos en la tarea de «imprimir a la lucha económica misma un carácter político», no podremos jamás, en el marco de dicha tarea, desarrollar la conciencia política de los obreros (hasta el grado de conciencia política socialdemócrata), pues el marco mismo es estrecho. La fórmula de Martínov nos es valiosa, no como prueba del confusionismo de su autor, sino porque expresa con relieve el error fundamental de todos los economistas, a saber: la convicción de que se puede desarrollar la conciencia política de clase de los obreros desde dentro, por decirlo así, de su lucha económica, o sea tomando solo (o, cuando menos, principalmente) esta lucha como punto de partida, basándose solo (o, cuando menos, principalmente) en esta lucha. Esta opinión es falsa de punta a cabo; y precisamente porque los economistas, furiosos por nuestra polémica con ellos, no quieren reflexionar con seriedad sobre el origen de nuestras discrepancias, acabamos literalmente por no comprendernos, por hablar lenguas diferentes.

La conciencia política de clase no se le puede aportar al obrero más que desde el exterior, esto es, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de la esfera de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera en que se puede encontrar estos conocimientos es en la esfera de las relaciones de todas las clases y capas con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí. Por eso a la pregunta: «¿qué hacer para aportar a los obreros conocimientos políticos?» no se puede dar únicamente la respuesta con la que se contentan, en la mayoría de los casos, los militantes dedicados al trabajo práctico, sin hablar ya de los que se inclinan hacia el economismo a saber: «Hay que ir a los obreros». Para aportar a

los obreros conocimientos políticos los socialdemócratas deben ir a todas las clases de la población, deben enviar a todas partes destacamentos de su ejército.

Si empleamos conscientemente esta formulación ruda y nos expresamos deliberadamente de una forma simplificada y tajante, no es de ninguna manera por el placer de decir paradojas, sino para «hacer pensar» bien a los economistas en las tareas que de un modo imperdonable desdeñan, en la diferencia que existe entre la política tradeunionista y la política socialdemócrata, diferencia que no quieren comprender. Por eso, rogamos al lector que conserve su calma y nos siga atento hasta el final.

Tomemos como ejemplo el tipo del círculo socialdemócrata más difundido en estos últimos años y examinemos su actividad. «Está en contacto con los obreros» y se conforma con esto, editando hojas que flagelan los abusos cometidos en las fábricas, la parcialidad del gobierno hacia los capitalistas, así como las violencias de la policía; en las reuniones que se celebran con los obreros, la conversación, por lo común, no se sale o casi no se sale del marco de estos mismos temas; las conferencias y las charlas sobre la historia del movimiento revolucionario, sobre la política interior y exterior de nuestro gobierno, sobre la evolución económica de Rusia y de Europa, sobre la situación de las distintas clases en la sociedad contemporánea, etcétera, son casos sumamente raros y nadie piensa en establecer y desenvolver de manera sistemática relaciones con las otras clases de la sociedad. En el fondo, el ideal del militante, para los miembros de un tal círculo, se parece, en la mayoría de los casos, mucho más a un secretario de tradeunión que a un jefe político socialista. Pues el secretario, de cualquier tradeunión inglesa, por ejemplo, ayuda siempre a los obreros a sostener la lucha económica, organiza la denuncia de los abusos cometidos en

las fábricas, explica la injusticia de las leyes y reglamentos que restringen la libertad de huelga y la libertad de colocar piquetes cerca de las fábricas (para anunciar que la huelga ha sido declarada), explica la parcialidad de los árbitros pertenecientes a las clases burguesas de la población, etcétera, etcétera. En una palabra, todo secretario de tradeunión sostiene y ayuda a sostener «la lucha económica contra los patronos y el gobierno». Y nunca se insistirá en que esto no es aún socialdemocratismo, que el ideal del socialdemócrata no debe ser el secretario de tradeunión sino el tribuno popular, que sabe reaccionar contra toda manifestación de arbitrariedad y de opresión, dondequiera que se produzca y cualquiera que sea la capa o clase social a que se afecte; que sabe sintetizar todos estos hechos para trazar un cuadro de conjunto de la brutalidad policíaca y de la explotación capitalista, que sabe aprovechar el menor detalle para exponer ante todos sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas, para explicar a todos y a cada uno la importancia histórico-mundial de la lucha emancipadora del proletariado. Comparad, por ejemplo, a hombres como Roberto Knight (conocido secretario líder de la Unión de obreros caldereros, uno de los más poderosos sindicatos de Inglaterra) y Guillermo Liebknecht y apliquémosles los contrastes enumerados por Martínov en la exposición de sus discrepancias con *Iskra*. Veréis que R. Knight —empiezo a repasar el artículo de Martínov— «ha exhortado» mucho más «a las masas a realizar acciones concretas determinadas» y que G. Liebknecht se ha ocupado más de «enfocar desde un punto de vista revolucionario todo el régimen actual o sus manifestaciones parciales»; que R. Knight «ha formulado las reivindicaciones inmediatas del proletariado e indicado los medios de satisfacerlas» y que G. Liebknecht, sin dejar de hacer esto, no ha renunciado a «dirigir

al mismo tiempo la enérgica actividad de los diferentes sectores oposicionistas», «dictarles un programa positivo de acción»; que R. Knight ha tratado precisamente de «imprimir, en la medida de lo posible, a la lucha económica misma un carácter político» y que ha sabido a la perfección «formular al gobierno reivindicaciones concretas que prometían ciertos resultados tangibles», en tanto que G. Liebknecht se ha ocupado mucho más, «en forma unilateral», de «denunciar los abusos»; que R. Knight ha concedido más importancia a la «marcha progresiva de la lucha cotidiana y gris», y G. Liebknecht, «a la propaganda de ideas brillantes y acabadas»; que G. Liebknecht ha hecho del periódico dirigido por él, precisamente, «un órgano de oposición revolucionaria» que denuncia nuestro régimen, y sobre todo nuestro régimen político, en cuanto que está en pugna con los intereses de las capas más diversas de la población, mientras que R. Knight «ha trabajado por la causa obrera en estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria» — si se entiende por «estrecho contacto orgánico» ese culto de la espontaneidad que hemos analizado más arriba en los ejemplos de Krichevski y de Martínov — y «ha restringido la esfera de su influencia», convencido, desde luego, como Martínov, de que «con ello se hacía más compleja esta influencia». En una palabra, veréis que Martínov rebaja de facto la socialdemocracia al nivel del tradeunionismo, aunque, claro está, en modo alguno lo hace porque no quiera el bien de la socialdemocracia, sino simplemente porque se ha apresurado un poco a profundizar a Plejánov, en lugar de tomarse la molestia de comprenderlo.

Pero volvamos a nuestra exposición. El socialdemócrata, como hemos dicho, si es partidario, y no solo de palabra, del desarrollo integral de la conciencia política del proletariado, debe «ir a todas las clases de la población». Surgen estas

preguntas: ¿Cómo hacerlo? ¿Tenemos fuerzas suficientes para ello? ¿Existe un terreno para este trabajo en todas las demás clases? Un trabajo semejante, ¿no implicará abandono o no conducirá a que se abandone el punto de vista de clase? Examinemos estas cuestiones.

Debemos «ir a todas las clases de la población» como teóricos, como propagandistas, como agitadores y como organizadores. Nadie duda de que el trabajo teórico de los socialdemócratas debe orientarse hacia el estudio de todas las particularidades de la situación social y política de las diversas clases. Pero muy, muy poco se hace en este sentido, muy poco si se compara con la labor que se lleva a cabo para el estudio de las particularidades de la vida de las fábricas. En los comités y en los círculos podemos encontrar gente que se especializa en el estudio de algún ramo de la siderurgia, pero apenas si encontrarán ejemplos de miembros de las organizaciones que (obligados por una u otra razón, como sucede a menudo, a retirarse de la labor práctica) se ocupen especialmente de reunir materiales sobre alguna cuestión de actualidad de nuestra vida social y política que pudiera dar motivo para una labor socialdemócrata entre los otros sectores de la población. Cuando se habla de la poca preparación de la mayor parte de los actuales dirigentes del movimiento obrero, no se puede dejar de mencionar asimismo la preparación en este aspecto, pues también está ligada a la concepción «economista» del «estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria». Pero lo principal, evidentemente, es la propaganda y la agitación entre todas las capas de la población. Para el socialdemócrata de Europa Occidental, esta labor la facilitan las reuniones y asambleas populares, a las cuales asisten todos los que lo desean; la facilita la existencia del Parlamento, en el que el representante socialdemócrata habla ante los diputados

de todas las clases. En nuestro país no tenemos ni Parlamento ni libertad de reunión, pero sabemos, sin embargo, organizar reuniones con los obreros que quieren escuchar a un socialdemócrata. Del mismo modo, debemos saber organizar reuniones con los representantes de todas las clases de la población que deseen escuchar a un demócrata. Pues no es socialdemócrata el que olvida en la práctica que «los comunistas apoyan todo movimiento revolucionario»; que, por tanto, debemos exponer y subrayar ante todo el pueblo los objetivos democráticos generales, sin ocultar ni por un instante nuestras convicciones socialistas. No es socialdemócrata el que olvida en la práctica que su deber consiste en ser el primero en plantear, en acentuar y en resolver toda cuestión democrática general.

«¡Pero si todo el mundo está de acuerdo con ello!» —nos interrumpirá el lector impaciente—, y las nuevas instrucciones a la redacción de *Rabócheie Dielo*, aprobadas en el último Congreso de la Unión, dicen con claridad: «Deben servir de motivos para la propaganda y la agitación políticas todos los fenómenos y acontecimientos de la vida social y política que afecten al proletariado, sea directamente, como clase especial, sea como vanguardia de todas las fuerzas revolucionarias en la lucha por la libertad» (Dos congresos. Subrayado por mí). Estas son, en efecto, palabras muy justas y muy excelentes, y estaríamos enteramente satisfechos si *Rabócheie Dielo* las comprendiese, si no dijese, al mismo tiempo, otras que las contradicen. No basta titularse «vanguardia», destacamento avanzado: es preciso también obrar de suerte que todos los demás destacamentos vean y estén obligados a reconocer que marchamos a la cabeza. ¿Es que los representantes de los demás «destacamentos» son tan estúpidos que van a creernos «vanguardia» porque lo digamos?, preguntamos al lector. Figurémonos de manera concreta el siguiente

cuadro. El «destacamento» de radicales o de constitucionalistas liberales rusos ilustrados ve llegar a un socialdemócrata que les declara: Somos la vanguardia; «ahora nuestra tarea consiste en imprimir, en la medida de lo posible, un carácter político a la lucha económica misma». Todo radical o constitucionalista, por poco inteligente que sea (y entre los radicales y constitucionalistas rusos hay muchos hombres inteligentes), no podrá por menos de acoger con una sonrisa semejantes palabras y decir (para sus adentros, claro está, ya que en la mayoría de los casos es diplomático experimentado):

¡He aquí una «vanguardia» bien simple! No comprende siquiera que es a nosotros, representantes avanzados de la democracia burguesa, a quienes corresponde la tarea de imprimir a la lucha económica misma de los obreros un carácter político. Somos nosotros quienes queremos, como todos los burgueses del occidente de Europa, incorporar a los obreros a la política, pero solo a la política tradeunionista y no a la política socialdemócrata. La política tradeunionista de la clase obrera es precisamente la política burguesa de la clase obrera. ¡Y la formulación que esta «vanguardia» hace de su tarea no es otra cosa que la formulación de la política tradeunionista! Así, pues, que se llamen cuanto quieran socialdemócratas. ¡Yo no soy un niño, no voy a enfadarme por una etiqueta! Pero que no se dejen llevar por esos nefastos dogmáticos, ortodoxos, ¡que dejen la «libertad de crítica» a los que arrastran inconscientemente a la socialdemocracia al cauce tradeunionista!

Y la ligera sonrisa de nuestro constitucionalista se transformará en risa homérica, cuando sepa que los socialdemócratas que hablan de la vanguardia de la socialdemocracia, en el momento

actual, cuando el elemento espontáneo prevalece casi absolutamente en nuestro movimiento, ¡temen más que nada «aminorar el elemento espontáneo», temen «aminorar la importancia de la marcha progresiva de la lucha cotidiana y gris a expensas de la propaganda de ideas brillantes y acabadas», etcétera, etcétera! ¡Una «vanguardia» que teme que lo consciente prevalezca sobre lo espontáneo, que teme propugnar un «plan» audaz que tenga que ser aceptado incluso por aquellos que piensan de otro modo! ¿No será que confunden el término vanguardia con el término retaguardia?

Reflexionad, en efecto, sobre el siguiente razonamiento de Martínov. En la página cuarenta declara que la táctica de denuncias de *Iskra* es unilateral; que, «por más que sembremos la desconfianza y el odio hacia el gobierno, no alcanzaremos nuestro objetivo mientras no logremos desarrollar una energía social suficientemente activa para el derrocamiento de aquel». He aquí, dicho sea entre paréntesis, la preocupación, que ya conocemos, de intensificar la actividad de las masas, tendiendo a la vez a restringir la suya propia. Pero no se trata ahora de esto. Como vemos, Martínov habla aquí de energía revolucionaria («para el derrocamiento»). Mas ¿a qué conclusión llega? Como, en tiempo ordinario, las diversas capas sociales actúan inevitablemente en forma dispersa, «es claro, por tanto, que los socialdemócratas no podemos simultáneamente dirigir la actividad enérgica de los diversos sectores de oposición, no podemos dictarles, un programa positivo de acción, no podemos indicarles los procedimientos con que hay que luchar día tras día por defender sus intereses... Los sectores liberales se preocuparán ellos mismos de esta lucha activa por sus intereses inmediatos, lucha que les hará enfrentarse con nuestro régimen político». De esta suerte, después de haber comenzado a hablar

de energía revolucionaria, de lucha activa por el derrocamiento de la autocracia. ¡Martínov se desvía inmediatamente hacia la energía sindical, hacia la lucha activa por los intereses inmediatos! Se comprende de por sí que no podemos dirigir la lucha de los estudiantes, de los liberales, etcétera, por sus «intereses inmediatos», ¡pero no era de esto de lo que se trataba, respectable economista! De lo que se trataba era de la participación posible y necesaria de las diferentes capas sociales en el derrocamiento de la autocracia, y esta «actividad enérgica de los diversos sectores de oposición», no solo podemos, sino que debemos dirigirla sin falta si queremos ser la «vanguardia». En cuanto a que nuestros estudiantes, nuestros liberales, etcétera, «se enfrenten con nuestro régimen político», no solo se preocuparán ellos mismos de esto, sino que principalmente y ante todo se preocuparán la propia policía y los propios funcionarios del gobierno autocrático. Pero «nosotros», si queremos ser demócratas avanzados, debemos preocuparnos de sugerir a los que no están descontentos más que del régimen universitario o del zemstvo, etcétera, la idea de que es todo el régimen político el que es malo. Nosotros debemos asumir la tarea de organizar la lucha política, bajo la dirección de nuestro Partido, en forma tan múltiple, que todos los sectores de la oposición puedan prestar y presten efectivamente a esta lucha, así como a nuestro Partido, la ayuda de que sean capaces. Nosotros debemos hacer de los militantes prácticos socialdemócratas jefes políticos que sepan dirigir todas las manifestaciones de esta lucha múltiple, que sepan, en el momento necesario, «dictar un programa positivo de acción» a los estudiantes en agitación, a los descontentos de los zemstvos, a los miembros indignados de las sectas, a los maestros lesionados en sus intereses, etcétera, etcétera. Por eso, es completamente falsa la afirmación de Martínov

de que «no podemos desempeñar con respecto a ellos más que el papel negativo de denunciadores del régimen... Solo podemos disipar sus esperanzas en las distintas comisiones gubernamentales» (subrayado por mí). Al decir esto, Martínov demuestra así que no comprende nada en absoluto del verdadero papel de una «vanguardia» revolucionaria. Y si el lector tiene esto en cuenta, comprenderá el verdadero sentido de las siguientes palabras de conclusión de Martínov: «*Iskra* es un órgano de oposición revolucionaria que denuncia nuestro régimen, y sobre todo nuestro régimen político, en cuanto que está en pugna con los intereses de los sectores más diversos de la población. Por lo que a nosotros se refiere, trabajamos y trabajaremos por la causa obrera en estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria. Al restringir la esfera de nuestra influencia, hacemos más compleja esta». El verdadero sentido de tal conclusión es: *Iskra* quiere elevar la política tradeunionista de la clase obrera (política a la cual, por equivocación, por falta de preparación o por convicción, se limitan con tanta frecuencia entre nosotros los militantes prácticos) al nivel de la política social-demócrata; en cambio, *Rabócheie Dielo* quiere rebajar la política socialdemócrata al nivel de la política tradeunionista. Y, como si esto fuera poco, asegura a todo el mundo que «estas dos posiciones son perfectamente compatibles en la obra común». ¡O, *sancta simplicitas!*

Prosigamos. ¿Tenemos fuerzas bastantes para llevar nuestra propaganda y nuestra agitación a todas las clases de la población? Naturalmente que sí. Nuestros economistas, que a menudo se inclinan a negarlo, olvidan los gigantescos progresos realizados por nuestro movimiento de 1894 (más a menos) a 1901. «Seguidistas» auténticos, con frecuencia tienen ideas propias del período, hace mucho tiempo fenecido, inicial del

movimiento. Entonces, nuestras fuerzas eran realmente mínimas, entonces era natural y legítima la decisión de consagrarnos por entero al trabajo entre los obreros y de condenar con severidad toda desviación de esta línea, entonces la tarea estribaba en consolidarnos en el seno de la clase obrera. Ahora ha sido incorporada al movimiento una masa gigantesca de fuerzas; hacia nosotros vienen los mejores representantes de la nueva generación de las clases instruidas; por todas partes, en provincias, se ve obligada a la inacción gente que ya ha tomado o desea tomar parte en el movimiento y que tiende hacia la socialdemocracia (mientras que, en 1894, los socialdemócratas rusos se podían contar con los dedos). Uno de los defectos fundamentales de nuestro movimiento, tanto desde el punto de vista político como desde el de organización, consiste en que no sabemos emplear todas estas fuerzas, asignarles el trabajo adecuado (hablaremos con más detalle sobre esta cuestión en el capítulo siguiente). La inmensa mayoría de dichas fuerzas está completamente privada de la posibilidad de «ir a los obreros»; por consiguiente, no puede ni hablarse del peligro de distraer fuerzas de nuestra labor fundamental. Y para suministrar a los obreros conocimientos políticos verdaderos, vivos, que abarquen todos los aspectos es necesario que tengamos «hombres nuestros», socialdemócratas, en todas partes, en todas las capas sociales, en todas las posiciones que permiten conocer los resortes internos de nuestro mecanismo estatal. Y nos hacen falta estos hombres no solo para la propaganda y la agitación, sino más aún para la organización.

¿Existe terreno para la actividad en todas las clases de la población? Los que no lo ven prueban una vez más que su conciencia está en retraso con respecto al movimiento ascensional espontáneo de las masas. Entre los unos, el movimiento

obrero ha suscitado y suscita el descontento; entre los otros despierta la esperanza en el apoyo de la oposición; a otros les da conciencia de la sinrazón del régimen autocrático, de lo inevitable de su hundimiento. Pero solo de palabra seríamos «políticos» y socialdemócratas (como muy a menudo ocurre, en efecto), si no tuviéramos conciencia de nuestro deber de utilizar todas las manifestaciones del descontento y de reunir y elaborar todos los elementos de protesta, por embrionaria que sea. Dejemos ya a un lado el hecho de que la masa de millones de campesinos trabajadores, de artesanos, de pequeños productores, etcétera, escuchará siempre con avidez la propaganda de un socialdemócrata, por poco hábil que sea. Pero ¿es que existe una sola clase de la población en que no haya individuos, grupos y círculos descontentos de la falta de derechos y de la arbitrariedad, y, por consiguiente, accesibles a la propaganda del socialdemócrata, como portavoz que es de las aspiraciones democráticas generales más urgentes? A las que quieran formarse una idea concreta de esta agitación política del socialdemócrata en todas las clases y capas de la población, les indicaremos la denuncia de los abusos políticos, en el sentido amplio de la palabra, como el principal (pero, claro está, no el único) medio de esta agitación.

Debemos —escribía en el artículo «¿Por dónde empezar?» (*Iskra*, no. 4, mayo de 1901), del que tendremos que hablar en detalle más abajo— despertar en todas las capas del pueblo que tengan un mínimo de conciencia la pasión por las denuncias políticas. No debe asustarnos el hecho de que las voces que denuncian políticamente sean ahora tan débiles, raras y tímidas. La razón de este hecho no es, ni mucho menos, una resignación general con la arbitrariedad policíaca. La razón está en que las personas capaces de denunciar y dispuestas a hacerlo no tienen

una tribuna para hablar desde ella, no tienen un auditorio que escuche ávidamente y anime a los oradores, no ven por parte alguna en el pueblo una fuerza que merezca la pena de dirigirle una queja contra el «todopoderoso» gobierno ruso... Ahora, podemos y debemos crear una tribuna para denunciar ante todo el pueblo al gobierno zarista: esa tribuna tiene que ser un periódico socialdemócrata.

El auditorio ideal para las denuncias políticas es precisamente la clase obrera, que tiene necesidad, ante todo y por encima de todo, de amplios y vivos conocimientos políticos, que es la más capaz de transformar estos conocimientos en lucha activa, aun cuando no prometa ningún «resultado tangible». En cuanto a la tribuna para estas denuncias ante todo el pueblo, no puede ser otra que un periódico destinado a toda Rusia. «Sin un órgano político, sería inconcebible en la Europa contemporánea un movimiento que merezca el nombre de movimiento político», y, en este sentido por «Europa contemporánea» hay que entender también, sin duda alguna, a Rusia. La prensa se ha convertido en nuestro país, desde hace ya mucho tiempo, en una fuerza; de lo contrario, el gobierno no invertiría decenas de millares de rublos en sobornarla y en subvencionar a toda clase de Katkov y Mescherski. Y no es una novedad en la Rusia autocrática que la prensa ilegal rompa los candados de la censura y obligue a hablar abiertamente de ella a los órganos legales y conservadores. Así ocurrió en los años del setenta e incluso a mediados de siglo. ¡Y cuánto más extensos y profundos son ahora los sectores populares dispuestos a leer la prensa ilegal y, para emplear la expresión del obrero autor de la carta publicada en el no. 7 de *Iskra*, a aprender en ella a «vivir y a morir»! Las denuncias políticas son una declaración de guerra al gobierno, como las denuncias de tipo económico son una declaración de

guerra al fabricante. Y esta declaración de guerra tiene una significación moral tanto más grande, cuanto más vasta y vigorosa es la campaña de denuncias, cuanto más numerosa y decidida es la clase social que declara la guerra para iniciarla. Las denuncias políticas son, pues, ya de por sí, uno de los medios más potentes para disgregar el régimen adverso, apartar del enemigo a sus aliados fortuitos o temporales y sembrar la hostilidad y la desconfianza entre los que participan continuamente en el poder autocrático.

Solo el partido que organice campañas de denuncias en las que realmente participe todo el pueblo podrá convertirse en nuestros días en vanguardia de las fuerzas revolucionarias. Las palabras «todo el pueblo» encierran un gran contenido. La inmensa mayoría de los denunciadores que no pertenecen a la clase obrera (y para ser vanguardia es necesario precisamente atraer a otras clases) son políticos realistas y gente sensata y práctica. Sabe muy bien que si peligroso es «quejarse» incluso de un modesto funcionario, lo es todavía más hacerlo con respecto al «todopoderoso» gobierno ruso. Por eso, no se dirigirán a nosotros con quejas sino cuando vean que estas pueden surtir efecto, que representamos una fuerza política. Para llegar a ser una fuerza política a los ojos del público, es preciso trabajar mucho y con porfía por elevar nuestro grado de conciencia, nuestra iniciativa y nuestra energía; no basta colocar la etiqueta de «vanguardia» sobre una teoría y una práctica de retaguardia.

Pero —nos preguntarán y nos preguntan ya los partidarios acérrimos del «estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria»—, si debemos encargarnos de la organización de denuncias de los abusos cometidos por el gobierno en las que realmente participe todo el pueblo, ¿en qué se manifestará entonces el carácter de clase de nuestro movimiento? ¡Pues precisamente

en que seremos nosotros, los socialdemócratas, quienes organice-mos esas campañas de denuncias en las que intervenga todo el pueblo; en que todas las cuestiones planteadas en nuestra agitación serán esclarecidas desde un punto de vista invariablemente socialdemócrata, sin ninguna indulgencia para las deformaciones, intencionadas o no, del marxismo; en que esta agitación política multiforme será realizada por un partido que reúna en un todo indivisible la ofensiva en nombre del pueblo entero contra el gobierno con la educación revolucionaria del proletariado, salvaguardando, al mismo tiempo su independencia política, y con la dirección de la lucha económica de la clase obrera y la utilización de sus conflictos espontáneos con sus explotadores, conflictos que ponen en pie y atraen sin cesar a nuestro campo a nuevas capas del proletariado!

Pero uno de los rasgos más característicos del economismo es precisamente no comprender esta relación; aún más: no comprender el hecho de que la necesidad más urgente del proletariado (educación política en todos los aspectos, por medio de la agitación política y de las denuncias políticas) coincide con idéntica necesidad del movimiento democrático general. Esta incomprensión se pone de manifiesto no solo en las frases de Martínov, sino también en diferentes pasajes de la misma significación en los que los economistas se refieren a un pretendido punto de vista de clase. He aquí, por ejemplo, cómo se expresan los autores de la carta «economista», publicada en el número 12 de *Iskra*:

Este mismo defecto fundamental de *Iskra* (la sobreestimación de la ideología) es la causa de su inconsecuencia en las cuestiones relativas a la actitud de la socialdemocracia ante las diversas clases y tendencias sociales. Resolviendo por

medio de construcciones teóricas... (y no basándose en «el crecimiento de las tareas del Partido, que crecen junto con este...») la tarea de pasar inmediatamente a la lucha contra el absolutismo y apercibiéndose, probablemente, de toda la dificultad de esta tarea para los obreros dado el actual estado de cosas...(y no solo apercibiéndose, sino sabiendo muy bien que esta tarea les parece menos difícil a los obreros que a los intelectuales «economistas» que tratan a aquéllos como a niños, pues los obreros están dispuestos a batirse incluso por reivindicaciones que no prometan, para emplear las palabras del inolvidable *Martínov*, ningún «resultado tangible»)..., pero no teniendo la paciencia de esperar a que se hayan acumulado fuerzas para esta lucha, *Iskra* comienza a buscar aliados entre los liberales y los intelectuales.

Sí, sí, se nos ha acabado, en efecto, toda la «paciencia» para «esperar» los días felices que nos prometen desde hace mucho los «conciliadores» de toda clase y en los cuales nuestros economistas cesarán de echar a los obreros la culpa de su propio atraso; de justificar su insuficiente energía por una pretendida insuficiencia de fuerzas de los obreros. ¿En qué, preguntamos a nuestros economistas, debe consistir la «acumulación de fuerzas por los obreros para esta lucha»? ¿No es evidente que consiste en la educación política de los obreros, en poner ante ellos al desnudo todos los aspectos de nuestro infame régimen autocrático? ¿Y no está claro que justamente para este trabajo necesitamos tener «aliados entre los liberales y los intelectuales», prestos a aportarnos sus denuncias sobre la campaña política contra los miembros de los *zemstvos*, los maestros, los funcionarios de Estadística, los estudiantes, etcétera? ¿Será, en realidad, tan difícil de comprender este asombroso «sabio mecanismo»? ¿No os repite ya P. Axelrod desde 1897 que «el

problema de que los socialdemócratas rusos conquisten partidarios y aliados directos o indirectos entre las clases no proletarias se resuelve ante todo y principalmente por el carácter de la propaganda hecha en el seno del proletariado mismo»? ¡Pero los *Martínov* y demás economistas siguen, no obstante, creyendo que los obreros deben primero, por medio de «la lucha económica contra los patronos y el gobierno», acumular fuerzas (para la política tradeunionista) y solo después, según parece, «pasar» de la «educación» tradeunionista de la «actividad» a la actividad socialdemócrata!

«...En sus indagaciones —continúan los economistas—, *Iskra* se desvía con frecuencia del punto de vista de clase, escamoteando los antagonismos de clase y colocando en el primer plano la comunidad del descontento contra el gobierno, a pesar de que las causas y el grado de este descontento son muy diferentes entre los «aliados». Tal es, por ejemplo, la actitud de *Iskra* hacia los *zemstvos*... *Iskra* (según dicen los economistas) «promete a los nobles, descontentos de las limosnas gubernamentales, la ayuda de la clase obrera, y haciendo esto no dice ni palabra del antagonismo de clase que separa a estos dos sectores de la población». Si el lector se remite a los artículos *La autocracia y los zemstvos* (no. 2 y 4 de *Iskra*), a los que por lo visto hacen alusión los autores de la carta, verá que están consagrados a la actitud del gobierno ante la «blanda agitación del *zemstvo* burocrático censatario» e incluso ante la «actividad independiente de las clases poseedoras». El artículo dice que el obrero no puede contemplar con indiferencia la lucha del gobierno contra el *zemstvo*; insta a los miembros de los *zemstvos* a dejar a un lado sus discursos blandos y a pronunciarse con palabras firmes y categóricas cuando la socialdemocracia revolucionaria se alce con toda su fuerza ante el gobierno.

¿Qué hay en esto de inaceptable para los autores de la carta? Nadie lo sabe. ¿Piensan que el obrero «no comprenderá» las palabras «clases poseedoras» y «zemstvo burocrático censatario»? ¿Creen que el hecho de impulsar a los miembros de los zemstvos a pasar de los discursos blandos a las palabras categóricas es una «sobreestimación de la ideología»? ¿Se imaginan que los obreros pueden «acumular fuerzas» para la lucha contra el absolutismo si no saben cómo este trata también a los zemstvos? Nadie lo sabe tampoco. Lo único claro es que los autores tienen una idea muy vaga de las tareas políticas de la socialdemocracia. Que esto es así nos lo dice con mayor claridad aún esta frase: «Idéntica es la actitud de *Iskra* ante el movimiento estudiantil» (es decir, que también «escamotea los antagonismos de clase»). En lugar de exhortar a los obreros a afirmar, por medio de una manifestación pública, que el verdadero origen de la violencia, de la arbitrariedad y del desenfreno no se halla en la juventud universitaria, sino en el gobierno ruso (*Iskra*, no. 2), ¿deberíamos haber publicado, por lo que se ve, razonamientos concebidos en el espíritu de R. Mysl! Y semejantes ideas son expresadas por socialdemócratas, en el otoño de 1901, después de los acontecimientos de febrero y de marzo, en vísperas de un nuevo auge del movimiento estudiantil, auge que revela que, incluso en este plano, la «espontaneidad» de la protesta contra la autocracia rebasa a la dirección consciente del movimiento por la socialdemocracia. ¡La aspiración espontánea de los obreros a intervenir en defensa de los estudiantes apaleados por la policía y los cosacos rebasa a la actividad consciente de la organización socialdemócrata!

«Sin embargo, en otros artículos —continúan los autores de la carta—, *Iskra* condena valientemente todo compromiso y defiende, por ejemplo, la posición de intolerancia de los

guesdistas». A quienes suelen afirmar con tanta presunción y ligereza que las discrepancias actuales entre los socialdemócratas no son esenciales y no justifican una escisión, les aconsejamos que mediten bien estas palabras. Los que afirman que no hemos hecho casi nada todavía para demostrar la hostilidad de la autocracia hacia las clases más diversas y para hacer conocer a los obreros la oposición de los sectores más diversos de la población contra la autocracia, ¿pueden militar eficazmente en una misma organización con quienes ven en esta actividad un «compromiso»; evidentemente un compromiso con la teoría de la «lucha económica contra los patronos y el gobierno»?

Con ocasión del 40 aniversario de la liberación de los campesinos, hemos hablado de la necesidad de llevar la lucha de clases al campo (no. 3); a propósito de la memoria secreta de S. Witte, hemos descrito (no. 4) la incompatibilidad que existe entre las órganos de la administración autónoma local y la autocracia; en relación con la nueva ley (no. 8), hemos atacado el feudalismo de los terratenientes y del gobierno que les sirve, y hemos saludado el Congreso ilegal de los zemstvos (no. 8), alentando a los zemtsi a pasar de las peticiones humillantes a la lucha; hemos alentado (no. 3, con motivo del llamamiento del 25 de febrero del Comité Ejecutivo de los estudiantes de Moscú) a los estudiantes que, comenzando a comprender la necesidad de la lucha política, la han emprendido, y, al mismo tiempo, hemos fustigado la «bárbara incomprensión» de los partidarios del movimiento «puramente universitario» que exhortan a los estudiantes a no participar en las manifestaciones callejeras; hemos puesto al descubierto (*Raid policíaco contra la literatura*, no. 5) los «sueños absurdos», la «mentira y la hipocresía» de los taimados liberales del periódico Rossía y, al mismo tiempo, hemos estigmatizado la rabiosa

represión gubernamental que «se ejerce contra pacíficos literatos, contra viejos profesores y científicos, contra conocidos liberales de los zemstvos», hemos revelado (no. 6) el sentido verdadero del programa «de tutela del Estado para el mejoramiento de la vida de los obreros» y celebrado la «confesión preciosa» de que «más vale prevenir con reformas desde arriba las exigencias de reformas desde abajo, que esperar esta última eventualidad»; hemos alentado (no. 7) a los funcionarios de Estadística en su protesta y condenado a los funcionarios esquiroles (no. 9). ¡El que vea en esta táctica un oscurecimiento de la conciencia de clase del proletariado y un compromiso con el liberalismo revela que no entiende en absoluto el verdadero sentido del programa del Credo y, de facto, aplica precisamente este programa, por mucho que lo repudie! Porque, por eso mismo, arrastra a la socialdemocracia a «la lucha económica contra los patronos y el gobierno» y retrocede ante el liberalismo, renunciando a la tarea de intervenir activamente en cada problema de carácter «liberal» y a determinar frente a cada uno de estos problemas su propia actitud, su actitud socialdemócrata.

Un paso adelante, dos pasos atrás*

[...]

i) Artículo primero de los estatutos

Ya hemos citado las diversas formulaciones que suscitaron en el Congreso interesantes debates. Estos debates se llevaron casi dos sesiones y terminaron por *dos votaciones nominales* (en todo el Congreso no hubo, si no me equivoco, más que ocho votaciones nominales, tan solo en casos de especial importancia, por la enorme pérdida de tiempo que suponen tales votaciones). Se había planteado una cuestión que, indudablemente, tiene un carácter de principio. El interés del Congreso por los debates era inmenso. En la votación tomaron parte *todos* los delegados, fenómeno raro en nuestro Congreso (como en todo gran congreso) y prueba, al mismo tiempo, del interés de los que discutían.

¿En qué consistía, pues la esencia de la cuestión en litigio?

Ya dije en el Congreso, y lo he repetido después más de una vez, que «no considero en absoluto nuestra discrepancia (respecto al artículo primero) tan esencial, que de ella dependa la vida o la muerte del Partido. ¡No pereceremos, ni mucho menos, por un mal artículo en los estatutos!». Esta discrepancia, por sí misma, aunque pone de manifiesto matices de carácter

* Escrito en febrero-marzo de 1904. Publicado como libro en mayo de 1904 en Ginebra.

de principio, no pudo producir en modo alguno la divergencia (y en realidad, para hablar sin convencionalismos, la escisión) que se ha producido después del Congreso. Pero toda *pequeña* discrepancia puede hacerse *grande* si se insiste en ella, si se la saca a primer plano, si *nos ponemos* a buscar todas las raíces y todas las ramificaciones de la misma. Toda *pequeña* discrepancia puede adquirir *enorme* importancia, si sirve de punto de partida para un *viraje* hacia ciertos conceptos equivocados, y si a estos conceptos equivocados vienen a unirse, a consecuencia de nuevas divergencias complementarias, actos *anárquicos* que llevan al Partido a la escisión.

Esta era precisamente la situación en el caso que examinamos. Una discrepancia relativamente poco importante sobre el artículo primero ha adquirido ahora enorme importancia, porque es precisamente lo que ha servido de punto de viraje hacia las elucubraciones oportunistas y hacia la fraseología anarquista de la minoría (especialmente en el Congreso de la Liga, y después también en las columnas de la nueva *Iskra*). Esta discrepancia ha sido precisamente el *comienzo* de la coalición de la minoría iskrista con los antiskristas y con la charca, que adquirió formas definitivamente precisas en el momento de las elecciones. Sin comprender esta coalición *no es posible comprender* tampoco la divergencia principal, básica, en el problema de la composición de los organismos centrales. El pequeño error de Márto y Axelrod acerca del artículo primero era una pequeña quebradura en nuestro vaso (según dije en el Congreso de la Liga). Podíamos haberlo atado bien fuerte, con un nudo doble (y no con un nudo corredizo, como creyó oír Márto, que durante el Congreso de la Liga se encontraba en un estado próximo a la histeria). Podían hacerse *todos* los esfuerzos para agrandar la quebradura, para romper el vaso. Y esto

fue precisamente lo que sucedió por el boicot y demás medidas anárquicas de tipo parecido, de los entusiastas partidarios de Márto. La discrepancia acerca del artículo primero desempeñó un papel considerable en el problema de la elección de los organismos centrales, y la derrota de Márto en este punto lo llevó a la «lucha en el terreno de principios» por medios toscamente mecánicos y hasta escandalosos (discursos en el Congreso de la Liga de la socialdemocracia revolucionaria rusa en el extranjero).

Ahora, después de todas esas peripecias, el problema del artículo primero ha adquirido, de este modo, *enorme importancia*, y debemos darnos cuenta exacta tanto del carácter de los agrupamientos que se establecieron en el Congreso al votarse este artículo, como —lo que es incomparablemente más importante— del carácter efectivo de los *matices de opinión* que se señalaron, o comenzaron a señalarse, en relación con el artículo primero. *Ahora*, después de los acontecimientos mencionados, la cuestión está ya *planteada* en la forma siguiente: ¿Se ha reflejado en la formulación de Márto, defendida por Axelrod, su (de él o de ellos) inestabilidad, su falta de firmeza y su vaguedad política, como dije en el Congreso del Partido, su (de él o de ellos) desviación hacia el jauresismo y el anarquismo, según suponía Plejánov en el Congreso de la Liga (102 y otras de las actas de la Liga)? ¿O es que mi formulación, defendida por Plejánov, reflejaba una concepción del centralismo equivocada, burocrática, formalista, al estilo *Pompadour* no socialdemócrata? ¿*Oportunismo y anarquismo o burocracia y formalismo?*: en estos términos está *planteada* la cuestión *ahora*, cuando se ha agrandado una pequeña divergencia. Y nosotros debemos *tener en cuenta* precisamente *esta* forma de plantear el problema, que los acontecimientos nos han impuesto a todos, diría históricamente

determinada, si no temiese expresiones demasiado rimbombantes, al examinar *el fondo* de los argumentos en pro y en contra de mi formulación.

Comencemos el examen de estos argumentos por un análisis de las discusiones que se desarrollaron en el Congreso. El primer discurso, del camarada Iegórov, no presenta más interés que por su actitud (*non liquet*, no está aún claro para mí, no sé aún dónde está la verdad), muy característica para muchos delegados a quienes no les fue fácil orientarse en un problema efectivamente nuevo, bastante complejo y minucioso. El discurso siguiente, del camarada Axelrod, plantea ya en seguida la cuestión en el terreno de los principios. Es el primer discurso de esta índole, mejor dicho, es, en general, el primer discurso del camarada Axelrod en el Congreso, y cuesta trabajo considerar como muy feliz su debut con el célebre «profesor». «Yo creo —dijo el camarada Axelrod— que debemos delimitar los conceptos: Partido y organización. En cambio, aquí estos dos conceptos están confundidos. Esta confusión es peligrosa». Tal es el primer argumento contra mi formulación. Pero examínadlo más de cerca. Cuando digo que el Partido debe ser una *suma* (y no una simple suma aritmética, sino un complejo) de *organizaciones*, ¿quiere esto decir que yo «confunda» los conceptos de Partido y organización? Claro que no. Al hacerlo, expreso de un modo perfectamente claro y preciso mi deseo, mi exigencia de que el Partido, como destacamento de vanguardia de la clase, reúna el máximo de *organización* posible y solo acoja en su seno a aquellos elementos que *admitan, por lo menos, un grado mínimo de organización*. Por el contrario, mi contrincante *confunde* en el Partido elementos organizados y no organizados, a los que se dejan dirigir con los que no se dejan, a los avanzados con los incorregiblemente atrasados, pues los que son corregiblemente

atrasados pueden entrar en la organización. *Esta confusión* es la efectivamente *peligrosa*. El camarada Axelrod alude luego «a las organizaciones del pasado rigurosamente conspirativas y centralistas» (Tierra y libertad y La voluntad del pueblo); alrededor de estas organizaciones, según dice, «se agruparon toda una serie de personas que no formaban parte de la organización, pero que la ayudaban en una u otra forma y se consideraban miembros del Partido... Este principio debe aplicarse en forma aún más rigurosa en la organización socialdemócrata». Y aquí hemos llegado precisamente a uno de los *quids* de la cuestión: «este principio», que autoriza llamarse miembros del Partido a personas que no figuran en ninguna de sus organizaciones, sino que se limitan a «ayudarle de uno u otro modo», ¿es, efectivamente, un principio socialdemócrata? Plejánov ha dado a esta pregunta la única respuesta posible: «Axelrod no tenía razón cuando aludía a la década del setenta. Entonces existía un centro bien organizado, con una disciplina perfecta; alrededor de él existían organizaciones de diverso grado que él había creado, y lo que estaba fuera de esas organizaciones era caos y anarquía. Los elementos integrantes de este caos se daban el título de miembros del Partido, pero la causa no salía ganando con ello, sino perdiendo. No debemos imitar la anarquía de la década del setenta, sino evitarla». Por tanto, «este principio», que el camarada Axelrod quería hacer pasar por socialdemócrata, es en realidad un *principio anárquico*. Para refutar esto, es preciso demostrar la *posibilidad* del control, de la dirección y de la disciplina al margen de la organización, hay que demostrar la *necesidad* de que a los «elementos del caos» se les adjudique el título de miembros del Partido. Los defensores de la formulación del camarada Mártoov no han demostrado y no podían demostrar ni *una ni otra cosa*. Para poner un ejemplo, el camarada Axelrod, ha

hablado del «profesor que se considera socialdemócrata y lo declara». Para llevar a su término la idea que contiene este ejemplo, el camarada Axelrod debiera haber dicho luego si los mismos socialdemócratas organizados reconocen como socialdemócrata a este profesor. No habiendo formulado esta segunda pregunta, el camarada Axelrod ha dejado su argumentación a medias. En efecto, una de dos: o bien los socialdemócratas organizados consideran al profesor del que tratamos como socialdemócrata, y entonces, ¿por qué no incluirlo en esta o la otra organización socialdemócrata? Solo después de semejante incorporación estarán «las declaraciones» del profesor en armonía con sus actos y no serán frases huecas (que es en lo que quedan con demasiada frecuencia las declaraciones de profesores). O bien los socialdemócratas organizados *no* consideran socialdemócrata al profesor, y en este caso carece de sentido y es absurdo y *perjudicial* concederle el derecho a ostentar el título de miembro del Partido, que entraña consideración y responsabilidad. Por tanto, la cosa queda reducida precisamente a aplicar de un modo consecuente el principio de organización o a consagrar la dispersión y la anarquía. ¿Estamos constituyendo el Partido, tomando por base el núcleo de *socialdemócratas* que ya ha sido creado y ha adquirido cohesión, el núcleo que ha organizado, supongamos, el Congreso del Partido y que debe extender y multiplicar toda clase de organizaciones del Partido, o nos contentamos con la *frase* tranquilizadora de que todos los que ayudan son miembros del Partido? «Si aceptamos la fórmula de Lenin —continuó el camarada Axelrod—, echaremos por la borda una parte de los que, aun cuando no puedan ser admitidos directamente en la organización, son, sin embargo, miembros del Partido». La confusión de conceptos de que Axelrod quiso acusarme a mí se destaca aquí en sus propias

palabras con toda claridad: considera ya como un hecho que todos los que ayudan *son* miembros del Partido, cuando esto es precisamente lo que se discute y los oponentes tienen que *demonstrar* aún la necesidad y ventaja de semejante interpretación. ¿Cuál es el contenido de esta frase, a primera vista terrible, de echar por la borda? Si únicamente se consideran como miembros del Partido los miembros de organizaciones reconocidas como organizadores del mismo, entonces personas que no pueden ingresar «directamente» en ninguna organización del Partido, podrán, sin embargo, trabajar en una organización que no sea del Partido, pero que esté en contacto con él. Por consiguiente, no se puede ni hablar de arrojar por la borda en el sentido de apartar del trabajo, de la participación en el movimiento. Por el contrario, cuanto más fuertes sean nuestras organizaciones del Partido, integradas por socialdemócratas *efectivos*, cuanto menos vacilación e inestabilidad haya *dentro* del Partido, tanto más amplia y polifacética, tanto más rica y fructuosa será la influencia del Partido sobre los elementos de las *masas* obreras que le rodean y que él dirige. Porque no se puede, en verdad, confundir al Partido como destacamento de vanguardia de la clase obrera con toda la clase. Y esta es precisamente la confusión (propia de nuestro economismo oportunista, en general) en que cae el camarada Axelrod cuando dice: «Claro es que antes que nada constituimos una organización de los elementos más activos del Partido, una organización de revolucionarios, pero, puesto que somos un partido de clase, debemos pensar en hacer las cosas de modo que no queden fuera de él personas que, de un modo consciente, aunque quizá no con plena actividad, están en contacto con dicho partido». En primer lugar, entre los elementos activos del Partido Obrero Socialdemócrata en modo alguno figurarán tan solo las organi-

zaciones de revolucionarios, sino *toda una serie* de organizaciones obreras reconocidas como organizaciones del Partido. En segundo lugar: ¿por qué motivo y en virtud de qué lógica podía deducirse, del hecho de que somos un partido de clase, la consecuencia de que no es preciso establecer una distinción entre los que *integran* el Partido y los que *están en contacto* con él? Muy al contrario: precisamente porque existen diferencias en el grado de conciencia y en el grado de actividad, es necesario establecer una diferencia en el grado de proximidad al Partido. Nosotros somos el Partido de la clase, y, por ello, *casi toda la clase* (y en tiempo de guerra, en época de guerra civil, la clase entera) debe actuar bajo la dirección de nuestro Partido, debe tener con nuestro Partido la ligazón más estrecha posible; pero sería manilovismo y «seguidismo» creer que casi toda la clase o la clase entera pueda algún día, bajo el capitalismo, elevarse hasta el punto de alcanzar el grado de conciencia y de actividad de su destacamento de vanguardia, de su Partido socialdemócrata. Ningún socialdemócrata juicioso ha puesto nunca en duda que, bajo el capitalismo, ni aún la organización sindical (más rudimentaria, más asequible al grado de conciencia de las capas menos desarrolladas) esté en condiciones de englobar a toda o casi toda la clase obrera. Olvidar la diferencia que existe entre el destacamento de vanguardia y toda la masa que gravita hacia él, olvidar el deber constante que tiene el destacamento de vanguardia de *eleva*r a capas cada vez más amplias a su avanzado nivel, sería únicamente engañarse a sí mismo, cerrar los ojos ante la inmensidad de nuestras tareas, restringir nuestras tareas. Y precisamente así se cierran los ojos y tal es el olvido que se comete cuando se borra la diferencia que existe entre los que están en contacto y los que ingresan, entre los conscientes y los activos, por una parte, y los que ayudan, por otra.

Remitirse a que somos un partido de clase *para justificar* la difusión orgánica, *para justificar* la confusión entre organización y desorganización, significa repetir el error de Nadiezhdin, que confundía «la cuestión filosófica e histórico-social de las «profundas raíces» del movimiento con una cuestión técnica de organización» (¿Qué hacer?). Y precisamente esta confusión, que con tanta suerte inició el camarada Axelrod, la repitieron después decenas de veces los oradores que defendieron la formulación del camarada Márto. «Cuanto más se extienda el título de miembro del Partido, tanto mejor», dice Márto, sin explicar, no obstante, qué ventaja resulta de la amplia difusión de un *título* que no corresponde a su contenido. ¿Puede negarse que es una ficción el control de los miembros del Partido que no forman parte de su organización? La amplia difusión de una ficción es nociva, y no útil. «Solo podemos alegrarnos de que todo huelguista, todo manifestante, respondiendo de sus actos, pueda declararse miembro del Partido». ¿De verdad? ¿Cualquier huelguista debe tener derecho a *declararse miembro del Partido*? Con esta tesis lleva el camarada Márto su error al absurdo, *rebajando* el socialdemocratismo al huelguismo, repitiendo las malandanzas de los Akímov. Solo podemos alegrarnos de que la socialdemocracia consiga dirigir cada huelga, porque la obligación directa y absoluta de la socialdemocracia estriba en dirigir todas las manifestaciones de la lucha de clase del proletariado, y la huelga es una de las manifestaciones más profundas y potentes de esta lucha. Pero seremos seguidistas si consentimos que esta forma elemental de lucha, *ipso facto* nada más que forma tradeunionista, *se identifique* con la lucha socialdemócrata, multilateral y consciente. De un modo oportunista, *consagraremos una cosa manifestamente falsa*, si concedemos a todo huelguista el derecho a «declararse miembro del Partido», pues semejante «declara-

ción», en una inmensidad de casos, será una declaración falsa. Nos adormeceremos con ensueños manilovianos si se nos ocurre asegurarnos a nosotros mismos y a los demás que *todo huelguista puede ser* socialdemócrata y miembro del Partido Socialdemócrata, dada la infinita fragmentación, opresión y embrutecimiento que, bajo el capitalismo, pesará inevitablemente sobre sectores muy amplios de obreros «no especializados», no calificados. Precisamente el ejemplo del «huelguista» muestra con singular claridad la diferencia entre la *aspiración revolucionaria* a dirigir de un modo socialdemócrata cada huelga y la *frase oportunista* que declara miembro del Partido a *todo* huelguista. Nosotros somos un partido de clase por cuanto dirigimos, en efecto, de un modo socialdemócrata, a casi toda e incluso a toda la clase del proletariado; pero solo los Akímov pueden deducir de esto que tengamos que identificar *de palabra* el Partido y la clase.

«No me da miedo una organización de conjuradores» —decía el camarada MártoV en el mismo discurso—, pero —añadía— «para mí una organización de conjuradores solo tiene sentido en tanto la rodea un amplio Partido obrero socialdemócrata». Para ser exacto debiera decir: en tanto la rodea un amplio *movimiento* obrero socialdemócrata. Y en esta forma, la tesis del camarada MártoV no solo es indiscutible, sino que es una evidente perogrullada. Me detengo en este punto únicamente porque de la perogrullada del camarada MártoV, los oradores siguientes dedujeron el argumento *muy corriente y muy vulgar* de que Lenin quería «reducir todo el conjunto de miembros del Partido a un conjunto de conspiradores». Tanto el camarada Posadovski como el camarada Popov esgrimieron este argumento, que solo puede provocar una sonrisa, y cuando Martínov y Akímov lo hicieron suyo, su verdadero carácter,

es decir, el carácter de frase oportunista quedó ya esbozado con toda claridad. En el presente, el camarada Axelrod desarrolla este mismo argumento en la nueva *Iskra*, para poner en conocimiento de los lectores los nuevos puntos de vista de la nueva redacción en materia de organización. Ya en el Congreso, en la primera sesión en que se trató del artículo primero, observé que los oponentes querían aprovecharse de arma tan barata y por esto hice en mi discurso la advertencia siguiente: «No debe pensarse que las organizaciones del Partido habrán de constar solo de revolucionarios profesionales. Necesitamos las organizaciones más variadas, de todos los tipos, categorías y matices, comenzando por organizaciones extraordinariamente reducidas y conspirativas y concluyendo por organizaciones muy amplias, libres, *lose Organisationen*». Se trata de una verdad hasta tal punto evidente y lógica, que consideré superfluo pararme en ella. Pero, en los momentos actuales, como nos han arrastrado hacia atrás en mucho, también en este punto hay que «repetir lo ya mascado». Y para hacerlo, citaré unos pasajes de *¿Qué hacer?* y de la *Carta a un camarada*:

A un círculo de corifeos como Alexéiev y Mishkin, Jalturin y Zheliabov le son accesibles las tareas políticas en el sentido más real, más práctico de la palabra, y le son accesibles precisamente por cuanto sus ardientes prédicas encuentran eco en la masa, que se despierta espontáneamente; por cuanto su hirviente energía es comprendida y apoyada por la energía de la clase revolucionaria». Para ser un *partido* socialdemócrata hay que conquistar *el apoyo de la clase* propiamente. No es el Partido que debe rodear a la organización conspirativa, como pensaba el camarada Mártoy, sino que la clase revolucionaria, el proletariado, debe rodear al Partido, el cual ha

de abarcar tanto las organizaciones clandestinas, como las que no lo sean.

Las organizaciones obreras para la lucha económica deben ser organizaciones sindicales. Todo obrero socialdemócrata debe, dentro de lo posible, apoyar a estas organizaciones y trabajar activamente en ellas... Pero no estamos en manera alguna interesados en exigir que únicamente los socialdemócratas puedan ser miembros de los sindicatos: esto reduciría el alcance de nuestra influencia en la masa. Dejemos participar en el sindicato a todo obrero que comprenda que es necesario unirse para luchar contra los patronos y contra el gobierno. El fin mismo de los sindicatos sería inasequible si no agrupasen a todos los obreros capaces de comprender aunque no fuese más que esta noción elemental, si estos sindicatos no fuesen organizaciones muy *amplias*. Y cuanto más amplias sean estas organizaciones, tanto más podrá extenderse nuestra influencia en ellas, influencia ejercida no solamente por el desenvolvimiento «espontáneo» de la lucha económica, sino también por la acción consciente y directa de los miembros socialistas de los sindicatos sobre sus camaradas.

Diremos de paso que el ejemplo de los sindicatos es particularmente característico para dilucidar el problema en discusión respecto al artículo primero. No puede haber entre socialdemócratas dos opiniones acerca de que estos sindicatos *deban* trabajar «bajo el control y la dirección» de organizaciones socialdemócratas. Pero *el partir de esta base* para dar a todos los miembros de dichos sindicatos el derecho a «declararse» miembros del Partido Socialdemócrata, sería un absurdo evidente y representaría la amenaza de un doble daño: *reducir* las proporciones del movimiento sindical y debilitar la solidaridad obrera en este terreno, por una parte. Por otra, esto abriría las puertas del Partido Socialdemócrata

a lo confuso y vacilante. La socialdemocracia alemana se vio en el caso de resolver un problema semejante, planteado en forma concreta, cuando surgió el célebre incidente de los albañiles de Hamburgo, que trabajaban a destajo. Ni un momento vaciló la socialdemocracia en reconocer que la conducta de los esquiroleros era indigna desde el punto de vista de un socialdemócrata, es decir, en reconocer la dirección de las huelgas, en apoyarlas como cosa *suya*, pero, al mismo tiempo, y con la misma decisión rechazó la exigencia de identificar los intereses del Partido con los intereses de los sindicatos, de *hacer al Partido responsable* de los diversos pasos de los distintos sindicatos. El Partido debe y procurará imbuir de su espíritu, someter a su influencia a los sindicatos, pero, precisamente en aras de esa influencia, debe distinguir en estos sindicatos a los elementos plenamente socialdemócratas (integrantes del Partido Socialdemócrata) de los elementos que no tienen plena conciencia ni plena actividad política, y no confundir a unos y a otros, como quiere el camarada Axelrod.

La centralización de las funciones más clandestinas por la organización de los revolucionarios no debilitará, sino que reforzará la amplitud y el contenido de la actividad de una gran cantidad de otras organizaciones destinadas al gran público y, por consiguiente, lo menos reglamentadas y lo menos clandestinas posibles: sindicatos obreros, círculos obreros de autodidactas y de lectura de publicaciones ilegales, círculos socialistas, círculos democráticos para *todos* los demás sectores de la población, etcétera, etcétera. Tales círculos, sindicatos y organizaciones son necesarios por todas partes; es preciso que sean *lo más numerosos*, y sus funciones, lo más variadas posible, pero es absurdo y perjudicial *confundir* estas organizaciones con la de los *revolucionarios*, borrar entre ellas las fronteras.

Este pasaje muestra cuán poco a propósito me recordó el camarada MártoV que la organización de revolucionarios debía *quedar rodeada* de amplias organizaciones obreras. Ya lo indiqué en *¿Qué hacer?*, y en la *Carta a un camarada* desarrollé esta idea de un modo más concreto. Los círculos de las fábricas —decía yo en dicha carta—: tienen especial importancia para nosotros: en efecto, toda la fuerza principal del movimiento reside en el grado en que estén organizados los obreros de las *grandes* fábricas, pues las grandes fábricas contienen la parte de la clase obrera predominante no solo por su número, sino, aún más por su influencia, su desarrollo y su capacidad de lucha. Cada fábrica debe ser una fortaleza nuestra. El subcomité de fábrica debe procurar abarcar toda la empresa, el mayor número posible de obreros en una red de toda clase de círculos (o agentes). Todos los grupos, círculos, subcomités, etcétera, deben considerarse organismos dependientes del comité o secciones filiales del mismo. Algunos de ellos declararán francamente su deseo de ingresar en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y, a *condición de que sean aprobados* por el Comité, entrarán a formar parte del Partido, asumirán determinadas funciones (por encargo del Comité o de acuerdo con él), se comprometerán a someterse a las disposiciones de los organismos del Partido, *obtendrán los derechos de todos los miembros del Partido*, se considerarán los candidatos más próximos a miembros del Comité, etcétera. Otros *no entrarán* a formar parte del POSDR, permaneciendo en la situación de círculos, organizados por miembros del Partido o en contacto con este o el otro grupo del Partido, etcétera.

Las palabras que he subrayado indican con particular claridad que *la idea* de la formulación que yo di al artículo primero estaba totalmente expresada ya en la *Carta a un camarada*. Allí

están claramente indicadas las condiciones de admisión en el Partido, a saber: 1) cierto grado de organización y 2) confirmación por un comité del Partido. Una página más abajo indico también aproximadamente qué grupos y organizaciones y por qué consideraciones deben (o no deben) ser admitidos en el Partido.

Los grupos de distribuidores deben pertenecer al POSDR y conocer a determinado número de sus miembros y de sus funcionarios. Un grupo que estudie las condiciones profesionales del trabajo y elabore proyectos de reivindicaciones sindicales no tiene que pertenecer obligatoriamente al POSDR. Un grupo de estudiantes, de oficiales del ejército o de empleados que trabajen en su autoeducación *con la ayuda* de uno o dos miembros del Partido, hasta no tiene a veces por qué saber que estos pertenecen al Partido, etcétera.

¡Ahí tenéis nuevos materiales para la cuestión de la «visera levantada»! Mientras que la fórmula del proyecto del camarada Mártoov no toca ni siquiera las relaciones entre el Partido y la organización, yo, casi un año antes del Congreso, indicaba ya que ciertas organizaciones debían entrar en el Partido y otras no. En la *Carta a un camarada* se destaca ya claramente la idea que he defendido en el Congreso. La cosa podría representarse en forma gráfica del modo siguiente. Por el grado de organización en general, y por el grado de clandestinidad de la organización en particular, pueden distinguirse, aproximadamente, las categorías siguientes: 1) organizaciones de revolucionarios; 2) organizaciones obreras, lo más amplias y diversas posible (me limito a la clase obrera, suponiendo, como cosa que se entiende por sí misma, que ciertos elementos de las demás clases entrarán también en estas organizaciones, en determinadas condiciones). Estas dos categorías constituyen el Partido.

Luego: 3) organizaciones obreras en contacto con el Partido; 4) organizaciones obreras que no están en contacto con el Partido, pero subordinadas de hecho a su control y dirección; 5) elementos inorganizados de la clase obrera, que en parte también se subordinan, al menos en los casos de grandes manifestaciones de la lucha de clases, a la dirección de la socialdemocracia. Así es, aproximadamente, cómo se presentan las cosas, desde mi punto de vista. Desde el punto de vista del camarada Mártoov, por el contrario, las fronteras del Partido quedan absolutamente indeterminadas, porque «cualquier huelguista» puede «declararse miembro del Partido». ¿Cuál es el provecho de semejante vaguedad? La gran difusión del «título». Lo que tiene de nocivo consiste en que origina la idea *desorganizadora* de la confusión de la clase con el Partido.

[...]

El Estado y la Revolución: La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución*

Capítulo I. La sociedad de clases y el Estado

1. El Estado, producto del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase

Con la doctrina de Marx ocurre hoy lo que ha ocurrido en la historia repetidas veces con las doctrinas de los pensadores revolucionarios y de los jefes de las clases oprimidas en su lucha por la liberación. En vida de los grandes revolucionarios, las clases opresoras les someten a constantes persecuciones, acogen sus doctrinas con la rabia más salvaje, con el odio más furioso, con la campaña más desenfrenada de mentiras y calumnias. Después de su muerte, se intenta convertirlos en iconos inofensivos, canonizarlos, por decirlo así, rodear sus *nombres* de una cierta aureola de gloria para «consolar» y engañar a las clases oprimidas, castrando el *contenido* de su doctrina revolucionaria, mellando el filo revolucionario de esta, envileciéndola. En semejante «arreglo» del marxismo se dan la mano actualmente la burguesía y los oportunistas dentro del movimiento obrero.

* Escrito en agosto-septiembre de 1917, el no. 3 del capítulo II antes del 17 de diciembre de 1918. Publicado en 1918 en un folleto por la editorial Zhizn y Znanie, Petrogrado.

Olvidan, relegan a un segundo plano, tergiversan el aspecto revolucionario de esta doctrina, su espíritu revolucionario. Hacen pasar a primer plano, ensalzan lo que es o parece ser aceptable para la burguesía. Todos los socialchovinistas son hoy —¡bromas aparte!— «marxistas». Y cada vez con mayor frecuencia los científicos burgueses alemanes, que todavía ayer eran especialistas en pulverizar el marxismo, hablan hoy ¡de un Marx «nacional-alemán» que, según ellos, educó estas asociaciones obreras tan magníficamente organizadas para llevar a cabo la guerra de rapiña!

Ante tal situación, ante la inaudita difusión de las tergiversaciones del marxismo, nuestra misión consiste, sobre todo, en *restaurar* la verdadera doctrina de Marx acerca del Estado. Para ello es necesario citar toda una serie de pasajes largos de las obras mismas de Marx y Engels. Naturalmente, las citas largas hacen la exposición pesada y en nada contribuyen a darle un carácter popular. Pero es de todo punto imposible prescindir de ellas. No hay más remedio que citar del modo más completo posible todos los pasajes, o, por lo menos, todos los pasajes decisivos de las obras de Marx y Engels sobre la cuestión del Estado, para que el lector pueda formarse por su cuenta una noción del conjunto de ideas de los fundadores del socialismo científico y del desarrollo de estas ideas, así como para probar documentalmente y patentizar con toda claridad la tergiversación de estas ideas por el «kautskismo» hoy imperante.

Comencemos por la obra más conocida de F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de la que ya en 1894 se publicó en *Stuttgart* la sexta edición. Conviene traducir las citas de los originales alemanes, pues las traducciones rusas, con ser tan numerosas, son en gran parte incompletas o deficientes sobremanera.

El Estado —dice Engels, resumiendo su análisis histórico— no es de ningún modo un poder impuesto desde fuera a la sociedad; tampoco es «la realidad de la idea moral», ni «la imagen y la realidad de la razón», como afirma Hegel. Es más bien un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables, que es impotente para conjurarlos. Pero a fin de que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna no se devoren a sí mismas y no consuman a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del «orden» y ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado».

Aquí aparece expresada con plena claridad la idea fundamental del marxismo en cuanto al papel histórico y a la significación del Estado. El Estado es producto y manifestación del *carácter irreconciliable* de las contradicciones de clase. El Estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase *no pueden*, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: la existencia del Estado demuestra que las contradicciones de clase son irreconciliables.

En este punto importantísimo y cardinal comienza precisamente la tergiversación del marxismo, tergiversación que sigue dos direcciones fundamentales.

De una parte, los ideólogos burgueses y especialmente los pequeñoburgueses, obligados por la presión de hechos históricos indiscutibles a reconocer que el Estado solo existe allí donde existen las contradicciones de clase y la lucha de clases, «corri-

gen» a Marx de tal manera que el Estado resulta ser un órgano de *conciliación* de las clases. Según Marx, el Estado no podría ni surgir ni mantenerse si fuese posible la conciliación de las clases.

Según los profesores y publicistas mezquinos y filisteos — ¡que a cada paso invocan, benévolo, a Marx! — resulta que el Estado es precisamente el que concilia las clases. Según Marx, el Estado es un órgano de *dominación* de clase, un órgano de *opresión* de una clase por otra, es la creación del «orden» que legaliza y afianza esta opresión, amortiguando los choques entre las clases. En opinión de los políticos pequeñoburgueses, el orden es precisamente la conciliación de las clases y no la opresión de una clase por otra. Amortiguar los choques significa para ellos conciliar y no privar a las clases oprimidas de ciertos medios y procedimientos de lucha por el derrocamiento de los opresores.

Por ejemplo, durante la revolución de 1917, cuando el problema de la significación y del papel del Estado se planteó precisamente en toda su magnitud, en el terreno práctico, como un problema de acción inmediata y, además, de acción de masas, todos los socialrevolucionarios (eseristas) y todos los mencheviques cayeron, de pronto y por entero, en la teoría pequeñoburguesa de la «conciliación» de las clases «por el Estado». Innumerables resoluciones y artículos de los políticos de estos dos partidos están saturados de esta teoría mezquina y filisteo de la «conciliación». Que el Estado es el órgano de dominación de una determinada clase, la cual *no puede* conciliarse con su antípoda (con la clase contrapuesta a ella), es algo que la democracia pequeñoburguesa no podrá jamás comprender. La actitud ante el Estado es uno de los síntomas más patentes de que nuestros eseristas y mencheviques no son en manera alguna socialistas (lo que nosotros, los bolcheviques, hemos

demostrado siempre), sino demócratas pequeñoburgueses con una fraseología casi socialista.

De otra parte, la tergiversación «kautskiana» del marxismo es bastante más sutil. «Teóricamente», no se niega ni que el Estado sea el órgano de dominación de clase, ni que las contradicciones de clase sean irreconciliables. Pero se pasa por alto o se oculta lo siguiente: si el Estado es un producto del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase, si es una fuerza que está *por encima* de la sociedad y que «se divorcia más y más de la sociedad», resulta claro que la liberación de la clase oprimida es imposible, no solo sin una revolución violenta, *sino también sin la destrucción* del aparato del Poder estatal que ha sido creado por la clase dominante y en el que toma cuerpo aquel «divorcio». Como veremos más abajo, Marx llegó a esta conclusión, teóricamente clara de por sí, con la precisión más completa, a base del análisis histórico concreto de las tareas de la revolución. Y esta conclusión es precisamente —como expondremos con todo detalle en las páginas siguientes— la que Kautsky... ha «olvidado» y falseado.

[...]

4. La «extinción» del Estado y la revolución violenta

Las palabras de Engels sobre la «extinción» del Estado gozan de tanta celebridad, se citan con tanta frecuencia y muestran con tanto relieve dónde está el *quid* de la adulteración corriente del marxismo por la cual este es adaptado al oportunismo, que se hace necesario detenerse a examinarlas detalladamente. Citaremos todo el pasaje donde figuran estas palabras:

El proletariado toma el Poder estatal y comienza por convertir los medios de producción en propiedad del Estado. Pero con este acto se destruye a sí mismo como proletariado y destruye toda diferencia y todo antagonismo de clase y, con ello mismo, el Estado como tal. La sociedad, que se ha movido hasta ahora entre antagonismos de clase, ha tenido necesidad del Estado, o sea, de una organización de la clase explotadora para mantener las condiciones exteriores de producción, y por tanto, particularmente, para mantener por la fuerza a la clase explotada en las condiciones de opresión (la esclavitud, la servidumbre, el trabajo asalariado), determinadas por el modo de producción existente. El Estado era el representante oficial de toda la sociedad, su síntesis en una corporación visible; pero lo era tan solo como Estado de la clase que en su época representaba a toda la sociedad: en la antigüedad era el Estado de los ciudadanos esclavistas; en la Edad Media, el de la nobleza feudal; en nuestros tiempos es el de la burguesía. Cuando el Estado se convierta finalmente en representante efectivo de toda la sociedad, será por sí mismo superfluo. Cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener en la opresión; cuando desaparezcan, junto con la dominación de clase, junto con la lucha por la existencia individual, engendrada por la actual anarquía de la producción los choques y los excesos resultantes de esta lucha, no habrá ya nada que reprimir ni hará falta, por tanto, esa fuerza especial de represión, el Estado. El primer acto en que el Estado se manifiesta efectivamente como representante de toda la sociedad —la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad— es a la par su último acto independiente como Estado. La intervención del Poder estatal en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro y se adormecerá por sí misma. El gobierno sobre las personas será

sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no será «abolido»: *se extinguirá*. Partiendo de esto es como hay que juzgar el valor de esa frase que habla del «Estado popular libre», frase que durante cierto tiempo tuvo derecho a la existencia como consigna de agitación, pero que, en resumidas cuentas, carece en absoluto de fundamento científico. Partiendo de esto es también como debe ser considerada la exigencia de los llamados anarquistas de que el Estado sea abolido de la noche a la mañana.

Sin temor a equivocarnos, podemos decir que de estos pensamientos sobremanera ricos, expuestos aquí por Engels, lo único que ha pasado a ser verdadero patrimonio del pensamiento socialista, en los partidos socialistas actuales, es la tesis de que el Estado, según Marx, «se extingue», a diferencia de la doctrina anarquista de la «abolución» del Estado. Truncar así el marxismo equivale a reducirlo al oportunismo, pues con esta «interpretación» no queda en pie más que una noción confusa de un cambio lento, paulatino, gradual, sin saltos ni tormentas, sin revoluciones. Hablar de la «extinción» del Estado en el sentido corriente, generalizado, de masas, si cabe decirlo así, equivale indudablemente a esfumar, si no a negar, la revolución.

Pero semejante «interpretación» es la más tosca tergiversación del marxismo, tergiversación que solo favorece a la burguesía y que descansa teóricamente en la omisión de circunstancias y consideraciones importantísimas que se indican, por ejemplo, en el «resumen» contenido en el pasaje de Engels íntegramente citado por nosotros.

En primer lugar, Engels dice en el comienzo mismo de este pasaje que, al tomar el Poder estatal, el proletariado «destruye, con ello mismo, el Estado como tal». «No es usual» pararse a

pensar lo que significa esto. Lo corriente es desentenderse de ello en absoluto o considerarlo algo así como una «debilidad hegeliana» de Engels. En realidad, estas palabras encierran concisamente la experiencia de una de las más grandes revoluciones proletarias, la experiencia de la Comuna de París de 1871, de la cual hablaremos detalladamente en su lugar. En realidad, Engels habla aquí de la «destrucción» del Estado de la *burguesía* por la revolución proletaria, mientras que las palabras relativas a la extinción del Estado se refieren a los restos del Estado *proletario después* de la revolución socialista. El Estado burgués no se «extingue», según Engels, sino que este «es destruido» por el proletariado en la revolución. El que se extingue, después de esta revolución, es el Estado o semi-Estado proletario.

En segundo lugar, el Estado es una «fuerza especial de represión». Esta magnífica y profundísima definición nos la da Engels aquí con la más completa claridad. Y de ella se deduce que la «fuerza especial de represión» del proletariado por la burguesía, de millones de trabajadores por unos puñados de ricachos, debe sustituirse por una «fuerza especial de represión» de la burguesía por el proletariado (dictadura del proletariado). En esto consiste precisamente la «destrucción del Estado como tal». En esto consiste precisamente el «acto» de la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad. Y es evidente que semejante sustitución de una «fuerza especial» (la burguesa) por otra (la proletaria) ya no puede operarse, en modo alguno, bajo la forma de «extinción».

En tercer lugar, Engels, al hablar de la «extinción» y —con palabra todavía más plástica y gráfica— del «adormecimiento» del Estado, se refiere con absoluta claridad y precisión a la época *posterior* a la «toma de posesión de los medios de producción por

el Estado en nombre de toda la sociedad», es decir, *posterior* a la revolución socialista. Todos sabemos que la forma política del «Estado», en esta época, es la democracia más completa. Pero a ninguno de los oportunistas que tergiversan desvergonzadamente el marxismo se le viene a las mentes la idea de que, por consiguiente, Engels hable aquí del «adormecimiento» y de la «extinción» de la *democracia*. Esto parece, a primera vista, muy extraño. Pero solo es «incomprensible» para quien no haya comprendido que la democracia es *también* un Estado y que, en consecuencia, la democracia también desaparecerá cuando desaparezca el Estado. El Estado burgués solo puede ser «destruido» por la revolución. El Estado en general, es decir, la más completa democracia, solo puede «extinguirse».

En cuarto lugar, al formular su notable tesis: «El Estado se extingue», Engels aclara a renglón seguido, de un modo concreto, que esta tesis se dirige tanto contra los oportunistas como contra los anarquistas. Y Engels coloca en primer plano aquella conclusión de su tesis sobre la «extinción del Estado» que va dirigida contra los oportunistas.

Podría apostarse que de diez mil hombres que hayan leído u oído hablar acerca de la «extinción» del Estado, nueve mil noventa no saben u olvidan en absoluto que Engels *no* dirigió *solamente* contra los anarquistas sus conclusiones derivadas de esta tesis. Y de las diez personas restantes, lo más probable es que nueve no sepan lo que es el «Estado popular libre» y por qué el atacar esta consigna significa atacar a los oportunistas. ¡Así se escribe la historia! Así se adapta de un modo imperceptible la gran doctrina revolucionaria al filisteísmo reinante. La conclusión contra los anarquistas se ha repetido miles de veces, se ha vulgarizado, se ha inculcado en las cabezas del modo más simplificado, ha adquirido la solidez de

un prejuicio. ¡Pero la conclusión contra los oportunistas la han esfumado y «olvidado»!

El «Estado popular libre» era una reivindicación programática y una consigna en boga de los socialdemócratas alemanes en la década del setenta. En esta consigna no hay el menor contenido político, fuera de una filistea y enfática descripción del concepto de democracia. Engels estaba dispuesto a «justificar» «por cierto tiempo» esta consigna desde el punto de vista de la agitación, por cuanto con ella se insinuaba legalmente la república democrática. Pero esta consigna era oportunista, porque expresaba no solo el embellecimiento de la democracia burguesa, sino también la incompreensión de la crítica socialista de todo Estado en general. Nosotros somos partidarios de la república democrática, como la mejor forma de Estado para el proletariado bajo el capitalismo, pero no tenemos ningún derecho a olvidar que la esclavitud asalariada es el destino del pueblo, incluso bajo la república burguesa más democrática. Más aún. Todo Estado es una «fuerza especial para la represión» de la clase oprimida. Por eso, *todo* Estado *ni* es libre *ni* es popular. Marx y Engels explicaron esto reiteradamente a sus camaradas de partido en la década del setenta.

En quinto lugar, en esta misma obra de Engels, de la que todos recuerdan la idea de la extinción del Estado, se contiene un pasaje sobre la importancia de la revolución violenta. El análisis histórico de su papel lo convierte Engels en un verdadero panegírico de la revolución violenta. Esto «nadie lo recuerda». Sobre la importancia de esta idea no se suele hablar ni aun pensar en los partidos socialistas contemporáneos: estas ideas no desempeñan ningún papel en la propaganda ni en la agitación cotidiana entre las masas. Y, sin embargo, se hallan

indisolublemente unidas a la «extinción» del Estado y forman con ella un todo armónico.

He aquí el pasaje de Engels:

De que la violencia desempeña en la historia otro papel (además del de agente del mal), un papel revolucionario; de que, según la expresión de Marx, es la partera de toda vieja sociedad que lleva en sus entrañas otra nueva; de que la violencia es el instrumento con la ayuda del cual el movimiento social se abre camino y rompe las formas políticas muertas y fosilizadas, de todo eso no dice una palabra el señor Dühring. Solo entre suspiros y gemidos admite la posibilidad de que para derrumbar el sistema de explotación sea necesaria acaso la violencia — cosa lamentable, ¡adviertan ustedes! —, pues todo empleo de la misma, según él, desmoraliza a quien hace uso de ella. ¡Y esto se dice, a pesar del gran avance moral e intelectual, resultante de toda revolución victoriosa! Y esto se dice en Alemania, donde la colisión violenta que puede ser impuesta al pueblo tendría, cuando menos, la ventaja, de extirpar el espíritu de servilismo que ha penetrado en la conciencia nacional como consecuencia de la humillación de la Guerra de los Treinta Años. ¿Y estos razonamientos turbios, anodinos, impotentes, propios de un cura, osan ofrecerse al partido más revolucionario de la historia?

¿Cómo es posible conciliar en una sola doctrina este panegírico de la revolución violenta, presentado con insistencia por Engels a los socialdemócratas alemanes desde 1878 hasta 1894, es decir, hasta los últimos días de su vida, con la teoría de la «extinción» del Estado?

Generalmente se concilian ambas cosas con ayuda del eclecticismo, desgajando a capricho (o para complacer a los inves-

tidos de Poder), sin atenerse a los principios o de un modo sofístico, ora uno ora otro razonamiento; y se hace pasar a primer plano, en el 99% de los casos, si no en más, precisamente la tesis de la «extinción». Se suplanta la dialéctica por el eclecticismo: es la actitud más usual y más generalizada ante el marxismo en la literatura socialdemócrata oficial de nuestros días. Estas suplantaciones no tienen, ciertamente, nada de nuevo; han podido observarse incluso en la historia de la filosofía clásica griega. Con la suplantación del marxismo por el oportunismo; el eclecticismo, presentado como dialéctica, engaña más fácilmente a las masas, les da una aparente satisfacción, parece tener en cuenta todos los aspectos del proceso, todas las tendencias del desarrollo, todas las influencias contradictorias, etcétera, cuando en realidad no da ninguna interpretación completa y revolucionaria del proceso del desarrollo social.

Ya hemos dicho más arriba, y demostraremos con mayor detalle en nuestra ulterior exposición, que la doctrina de Marx y Engels sobre el carácter inevitable de la revolución violenta se refiere al Estado burgués. Este *no puede* sustituirse por el Estado proletario (por la dictadura del proletariado) mediante la «extinción», sino solo, como regla general, mediante la revolución violenta. El panegírico que dedica Engels a esta y que coincide plenamente con reiteradas manifestaciones de Marx (recordemos el final de *Miseria de la Filosofía* y del *Manifiesto Comunista* con la declaración orgullosa y franca sobre el carácter inevitable de la revolución violenta; recordemos la *Crítica del Programa de Gotha* de 1875, cuando ya habían pasado casi treinta años, en la que Marx fustiga implacablemente el oportunismo de este Programa), dicho panegírico no tiene nada de «apasionamiento», ni de declamación, ni de salida polémica de

tono. La necesidad de educar sistemáticamente a las masas en *esta*, precisamente en esta idea de la revolución violenta, constituye la base de *toda* la doctrina de Marx y Engels. La traición cometida contra su doctrina por las corrientes socialchovinista y kautskiana imperantes hoy se manifiesta con singular relieve en el olvido por unos y otros de *esta* propaganda, de esta agitación.

La sustitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta. La supresión del Estado proletario, es decir, la supresión de todo Estado, solo es posible por medio de un proceso de «extinción».

Marx y Engels desarrollaron estas ideas de un modo minucioso y concreto, estudiando cada situación revolucionaria por separado, analizando las enseñanzas sacadas de la experiencia de cada revolución. Pasamos a examinar esta parte de su doctrina, que es, incuestionablemente, la más importante.

Más vale poco y bueno*

Por lo que se refiere al mejoramiento de nuestro aparato estatal, la Inspección Obrera y Campesina, a mi entender, no debe afanarse por la cantidad ni apresurarse. Hemos tenido hasta ahora tan poco tiempo para reflexionar y ocuparnos de la calidad de nuestro aparato estatal, que sería legítimo cuidar que su preparación fuese especialmente seria, preocuparnos de concentrar en la Inspección Obrera y Campesina un material humano de una calidad realmente moderna, es decir, que no esté atrasado en relación con los mejores modelos de la Europa Occidental. Desde luego, esta es una condición harto modesta para una república socialista. Pero los primeros cinco años nos han llenado la cabeza de no poca desconfianza y escepticismo. Nosotros, involuntariamente, estamos inclinados a dejarnos influir por esta desconfianza y escepticismo frente a aquellos que excesiva y ligeramente hablan sin ton ni son, por ejemplo, de la cultura «proletaria»: para empezar nos bastaría una verdadera cultura burguesa, para empezar nos bastaría saber prescindir de los tipos más caracterizados de cultura preburguesa, es decir, de una cultura burocrática, feudal, etcétera. En los problemas de cultura lo más perjudicial es la prisa y el querer abarcarlo todo. Muchos de nuestros jóvenes literatos y comunistas deberían grabar esto en su memoria.

* Publicado el 4 de marzo de 1923 en el no. 49 de *Pravda*.

Pues bien, en lo que se refiere al problema del aparato estatal debemos sacar ahora de la experiencia anterior la conclusión de que sería mejor ir más despacio.

Nuestro aparato estatal se encuentra en un estado tan lamentable, por no decir detestable, que primero debemos reflexionar profundamente en la manera de luchar contra sus deficiencias, recordando que las raíces de estas se hallan en el pasado, el cual, a pesar de haber sido subvertido, no ha desaparecido por completo, no ha quedado en la fase de una cultura perteneciente a tiempos remotos. Si planteo aquí la cuestión de la cultura es porque en estas cosas debe considerarse como logrado solo aquello que ha entrado en la cultura, en la vida diaria, en las costumbres. Y entre nosotros se puede decir que lo que hay de bueno en la organización social no ha sido meditado a fondo, no ha sido comprendido ni sentido, ha sido tomado al vuelo, no ha sido comprobado, ni ensayado, ni confirmado por la experiencia, ni consolidado, etcétera. Naturalmente, tampoco podía ser de otro modo en una época revolucionaria y dada la rapidez vertiginosa del desarrollo que en cinco años nos ha llevado del zarismo al régimen soviético.

Es preciso entrar en razón a tiempo. Es preciso penetrarse de salvadora desconfianza con respecto a un movimiento de avance atropellado, con respecto a toda jactancia, etcétera. Es preciso pensar en la comprobación de cada paso de avance que a cada hora proclamamos, que a cada minuto damos y cuya poca firmeza, cuya poca solidez y comprensibilidad demostramos luego a cada segundo. Lo más perjudicial en este caso sería la prisa. Lo más nocivo sería contar que sabemos algo, aunque sea poco, o pensar que hay algo entre nosotros, un número considerable de elementos para la organización de un aparato real-

mente nuevo, que en verdad merezca el nombre de socialista, de soviético, etcétera.

No, en nuestro país, tal aparato e incluso el número de elementos que lo forman mueve a risa por lo reducido, y debemos tener presente que para crearlo no hay que escatimar el tiempo y que es preciso emplear muchos, muchos, muchísimos años.

¿Qué elementos poseemos para crear este aparato? Solamente dos: en primer lugar los obreros entusiasmados por la lucha en pro del socialismo. Estos elementos no están lo suficientemente instruidos. Querrían darnos un aparato mejor, pero no saben cómo hacerlo. No pueden hacerlo. Hasta ahora no han alcanzado el desarrollo, la cultura indispensable para ello. Y para esto hace falta precisamente cultura. En este sentido no se puede hacer nada de súbito, por asalto, con viveza o energía, o con cualquier otra de las mejores cualidades humanas. En segundo lugar, poseemos unos conocimientos, una educación, una instrucción, que son risibles por lo escasos en comparación con todos los demás Estados.

Y en este sentido no hay que olvidar que estamos aún demasiado inclinados a compensar estos conocimientos (o a creernos que podemos compensarlos) con el celo, la precipitación, etcétera.

Para renovar nuestro aparato estatal tenemos que fijarnos a toda costa como tarea: primero, estudiar, segundo, estudiar, tercero, estudiar y después comprobar que la ciencia no quede reducida a letra muerta o a una frase de moda (cosa que, no hay por qué ocultarlo, ocurre con demasiada frecuencia entre nosotros), que la ciencia se convierta efectivamente en carne y sangre nuestra, que llegue a ser plena y verdaderamente un elemento integrante de la vida diaria. En una palabra, no tenemos que plantearnos las exigencias que se plantea la Europa Occidental

burguesa, sino aquellas que son dignas y convenientes para un país que se propone desarrollarse para ser un país socialista.

En conclusión de todo lo expuesto: debemos hacer de la Inspección Obrera y Campesina, instrumento llamado a mejorar nuestro aparato, un organismo realmente modelo.

Para que pueda alcanzar la debida altura, es preciso atenerse a la regla: mide siete veces antes de cortar.

Para ello es preciso que lo que haya de verdaderamente mejor en nuestro régimen social sea aplicado a la creación del nuevo Comisariado del Pueblo con el máximo cuidado, reflexión y conocimiento.

Para ello es preciso que los mejores elementos de nuestro régimen social, a saber: los obreros avanzados, en primer lugar, y, en segundo lugar, los elementos realmente instruidos —por los cuales se puede responder que ni confiarán en palabras, ni dirán una palabra contra su conciencia— no teman confesar cualquier dificultad ni teman lucha alguna para conseguir el fin que se han planteado seriamente.

Hace ya cinco años que estamos atareados con el mejoramiento de nuestro aparato estatal, ajetreando, pero este es precisamente tan solo un ajetreio que en cinco años no ha demostrado sino su ineficacia, e incluso su inutilidad y su nocividad. Como todo ajetreio, nos daba la impresión de trabajo, pero, en realidad, entorpecía nuestras instituciones y embrollaba nuestros cerebros.

Es preciso que, por fin, todo esto cambie.

Es preciso tener por norma: más vale poco en cantidad, pero bueno en calidad. Es preciso seguir la regla: más vale esperar dos o incluso tres años, que apresurarse, sin ninguna esperanza de conseguir un buen material humano.

Yo sé que esta norma será difícil de mantener y de aplicar a nuestra realidad. Sé que la norma contraria tratará de abrirse paso valiéndose de mil subterfugios. Sé que habremos de oponer una gigantesca resistencia y dar pruebas de una perseverancia diabólica, que en este sentido el trabajo será, por lo menos durante los primeros años, endemoniadamente ingrato; no obstante, estoy convencido de que solo por medio de este trabajo lograremos nuestro objetivo y que, únicamente después de haber conseguido este objetivo, crearemos una república realmente digna de ser llamada soviética, socialista, etcétera, etcétera.

Probablemente, muchos lectores habrán encontrado demasiado insignificantes las cifras que citaba como ejemplo en mi primer artículo. Estoy seguro de que se podrían traer a cuento muchos cálculos para demostrar la insuficiencia de esas cifras. Pero yo creo que por encima de estos y de toda clase de cálculos tenemos que poner una cosa: el interés por una calidad verdaderamente modelo.

Considero que precisamente ahora, ha llegado, por fin, el momento en que debemos ocuparnos de nuestro aparato estatal como es debido, con toda seriedad, el momento en que quizá el rasgo más perjudicial en este trabajo sería el apresuramiento. Por esto, yo prevengo contra el aumento de esas cifras. Por el contrario, a juicio mío, en este caso es preciso ser comedidos en extremo con las cifras. Hablemos con franqueza. El Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina no goza actualmente ni de la más ligera sombra de prestigio. Todos saben que no hay una institución peor organizada que nuestra Inspección Obrera y Campesina y que en las condiciones actuales no podemos pedir nada a este Comisariado. Es preciso tener esto bien en cuenta, si verdaderamente queremos plantearnos

la tarea de forjar al cabo de unos años una institución que, en primer lugar, debe ser modelo, en segundo lugar, debe inspirar a todos absoluta confianza y, en tercer lugar, debe demostrar a todos y a cada uno que realmente está justificada la labor de una institución tan alta como es la Comisión Central de Control. A mi entender, hay que desterrar en el acto e irrevocablemente toda clase de normas generales sobre el número de empleados. Tenemos que seleccionar a los empleados de la Inspección Obrera y Campesina de un modo especial y solo a base de pruebas rigurosísimas. En efecto, ¿qué objeto tendría crear un Comisariado del Pueblo en el cual el trabajo marchase de cualquier manera, sin inspirar la menor confianza una vez más, y en el cual la palabra gozase de una autoridad ínfima? Creo que nuestro principal objetivo, dado el género de reorganización que ahora nos proponemos, consiste en evitar esto.

Los obreros que promovamos como miembros de la Comisión Central de Control deben ser irreprochables como comunistas, y creo que debemos esforzarnos aún largo tiempo para enseñarles los métodos y las finalidades de su trabajo. Además, como auxiliares en este trabajo, deberá haber un número determinado de personal de secretaría, al cual se le exigirá pasar una triple prueba antes de designarlo para cada empleo. Por último, los funcionarios que decidamos colocar inmediatamente a título de excepción como empleados de la Inspección Obrera y Campesina, deben reunir las condiciones siguientes:

Primero, deben estar recomendados por varios comunistas; segundo, deben sufrir un examen sobre el conocimiento de nuestro aparato estatal; tercero, deben sufrir un examen sobre los conocimientos de los fundamentos teóricos de nuestro aparato estatal, sobre el conocimiento de las cuestiones esenciales de la ciencia administrativa, expedientes, etcétera;

cuarto, deben trabajar bien compenetrados con los miembros de la Comisión Central de Control y con su Secretariado de tal manera que podamos responder el funcionamiento de todo este aparato en su conjunto.

Sé que estas exigencias presuponen condiciones sumamente severas y mucho me temo que la mayoría de los «prácticos» de la Inspección Obrera y Campesina las consideren irrealizables o las acojan con una sonrisa de desprecio. Pero yo pregunto a cualquiera de los actuales dirigentes de la Inspección Obrera y Campesina o de las personas que están en contacto con esta, si me pueden decir en conciencia qué necesidad hay, en la práctica, de un Comisariado del Pueblo como el de la Inspección Obrera y Campesina. Creo que esta pregunta les ayudará a encontrar el sentido de la medida. O no vale la pena ocuparse de una de esas reorganizaciones, de las que ya hemos tenido tantas, de algo tan desquiciado como la Inspección Obrera y Campesina, o es preciso plantearse de verdad la tarea de crear en un proceso lento, difícil y fuera de lo común, no sin recurrir a numerosas comprobaciones, algo realmente ejemplar, capaz de imponer respeto a todos y cada uno, y no solo porque los títulos y los rangos lo requieran.

Si no nos armamos de paciencia, si no dedicamos a esta obra unos cuantos años, más vale que no la acometamos en absoluto.

A juicio mío, de los establecimientos que en tanto número hemos creado ya —institutos superiores de trabajo, etcétera—, hay que elegir el mínimo, comprobar si están bien organizados y permitirles que continúen funcionando solo si están en realidad a la altura de la ciencia moderna y nos proporcionan todas las conquistas de esta. Entonces, no será utópico esperar que al cabo de unos años tengamos una institución capaz de cumplir su cometido, esto es: de trabajar sistemática e inflexiblemente,

gozando de la confianza de la clase obrera, del Partido Comunista de Rusia y de toda la masa de la población de nuestra República, para mejorar nuestro aparato del Estado.

Desde ahora podrían empezarse ya los trabajos preparatorios con este fin. Si el Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina estuviera de acuerdo con el plan de esta reorganización, podría comenzar enseguida a dar los pasos preliminares para trabajar de un modo sistemático, hasta llevarlo a completo término, sin apresurarse y sin renunciar a reformar lo que ya estaba hecho antes.

Toda decisión a medias en relación con esto sería en extremo perjudicial. Toda clase de normas de los empleados de la Inspección Obrera y Campesina que partiesen de cualquier otra consideración estarían, en el fondo, basadas en las antiguas consideraciones burocráticas, en los viejos prejuicios, en todo aquello que ha sido ya condenado, en lo que a todos mueve a risa, etcétera.

En esencia, el problema se plantea del modo siguiente:

O demostrar ahora que de veras hemos aprendido algo en orden a la construcción del Estado (no estaría mal aprender algo en cinco años), o bien demostrar que no estamos aún maduros para ello: y entonces no vale la pena iniciar la obra.

Yo creo que con el material humano del que disponemos no será falta de modestia suponer que hemos aprendido ya lo suficiente para reconstruir sistemáticamente aunque solo sea un Comisariado del Pueblo. Es cierto que este Comisariado del Pueblo debe determinar todo nuestro aparato estatal en su conjunto.

Anunciar inmediatamente un concurso para la redacción de dos o más manuales sobre la organización del trabajo en general y especialmente sobre el trabajo administrativo. Se puede

tomar como base el libro de Ermanski que ya tenemos, si bien este, dicho sea entre paréntesis, se distingue por su simpatía manifiesta al menchevismo y no sirve para componer un manual adecuado al Poder soviético. También se puede tomar como base el libro recientemente publicado de Kérzhentsev, y, por último, pueden ser útiles asimismo algunos de los materiales sobre distintos temas que tenemos.

Enviar algunas personas preparadas y concienzudas a Alemania o a Inglaterra para recoger bibliografía y hacer estudios sobre esta cuestión. Y digo a Inglaterra, en caso de que no fuera posible enviarlos a Estados Unidos o al Canadá.

Nombrar una comisión encargada de redactar un programa previo para los exámenes de los aspirantes a empleados de la Inspección Obrera y Campesina, así como para los aspirantes a miembros de la Comisión Central de Control.

Estos trabajos, y otros parecidos, claro está, no deberán entorpecer la labor del Comisario del Pueblo, ni de los miembros del Consejo de la Inspección Obrera y Campesina ni del *Presídium* de la Comisión Central de Control.

Paralelamente a esto habrá que designar una comisión preparatoria para la elección de los candidatos al cargo de miembros de la Comisión central de control. Espero que para este cargo podamos encontrar ahora más que suficientes aspirantes, tanto entre los colaboradores experimentados de todos los departamentos como entre los estudiantes de nuestras escuelas soviéticas. Es muy dudoso que sea justo excluir de antemano tal o cual categoría. Probablemente, será preferible para tal departamento un personal variado, en el cual tenemos que buscar numerosas cualidades reunidas, diferentes méritos unidos; por consiguiente, habrá que dedicarse a componer una lista de aspirantes. Por ejemplo, lo que menos sería de desear es que el

nuevo Comisariado del Pueblo se constituyera según un patrón único, supongamos, del tipo de gente de carácter de burócrata, o bien con exclusión de personas del tipo de los agitadores, o excluyendo a personas cuyo rasgo distintivo es la sociabilidad o la facultad de penetrar en círculos no muy habituales para esta clase de colaboradores, etcétera.

[...]

Creo que expresaré del mejor modo mi pensamiento si comparo mi plan con las instituciones de tipo académico. Los miembros de la Comisión Central de Control, bajo la dirección de su *Presídium*, deberán trabajar de un modo sistemático en el examen de todos los papeles y documentos del Buró Político. Al mismo tiempo, deberán distribuir con acierto su tiempo entre los diversos trabajos referentes al control de los expedientes en nuestros organismos, comenzando por los más pequeños y terminando con las instituciones superiores del Estado. Por último, entre sus tareas también figurará el estudio de la teoría, es decir, de la teoría de la organización de aquel trabajo al que se proponen dedicarse, así como los ejercicios prácticos bajo la dirección bien de viejos camaradas, bien de profesores de las escuelas superiores de organización del trabajo.

Pero yo creo que no tendrán que limitarse en modo alguno a esta clase de trabajos académicos. A la par de estos, deberán capacitarse para trabajos que me atrevería a llamar de preparación para la caza, no diré para la caza de granujas, pero sí para algo por el estilo, y de invención de estratagemas destinadas a disimular sus campañas, sus procedimientos, etcétera.

En las instituciones de Europa Occidental semejantes proposiciones darían lugar a una indignación inaudita, a un sentimiento de escándalo moral, etcétera, pero yo confío en que nosotros no nos hemos burocratizado hasta ese punto. Entre

nosotros la NEP no ha tenido aún tiempo de adquirir una autoridad tal, como para sentirnos agraviados por la idea de que se pretenda cazar a alguien. La edificación de nuestra República Soviética es cosa tan reciente y hay una cantidad tan enorme de morralla, que apenas se le ocurrirá a nadie sentirse ofendido ante la idea de que entre este montón de basura se puedan efectuar indagaciones mediante algunos ardides, con ayuda de investigaciones dirigidas a veces hacia fuentes bastante lejanas o por caminos bastante sinuosos; y si a alguien se le pasase esto por la cabeza, puede estar seguro de que todos nosotros nos reiríamos de él con todas nuestras ganas.

Confiamos que nuestra nueva Inspección Obrera y Campesina dejará de lado esa cualidad que los franceses llaman *pruderie* y que nosotros llamaríamos ridícula gazmoñería o petulancia ridícula, que, hasta el último extremo, hace el juego a toda nuestra burocracia, tanto de los soviets como del partido. Dicho sea, entre paréntesis, en nuestro país suele haber burocracia no solo en las instituciones de los soviets, sino también en las del partido.

Si antes dije que debemos aprender y aprender en las escuelas superiores de organización del trabajo, etcétera, esto no significa, en modo alguno, que yo comprenda ese «aprendizaje» en una forma escolar o que me limite a la idea de enseñar solamente a lo escolar. Espero que ni un solo verdadero revolucionario vaya a sospechar que yo renuncio a entender por «aprendizaje» alguna jugada medio en broma, alguna astucia, artimaña o algo por el estilo. Yo sé que en un Estado occidental, ceremonioso y serio, esta sola idea provocaría verdadero horror y ningún funcionario respetable consentiría el discutirla. Pero confío en que no estamos aún burocratizados hasta ese punto y

que entre nosotros la discusión de esta idea no puede originar más que risas.

Y en efecto, ¿por qué no unir lo útil a lo agradable? ¿Por qué no permitirnos una jugada en broma o medio en broma, para descubrir algo ridículo, algo dañino, algo medio ridículo, medio nocivo, etcétera?

Me parece que nuestra Inspección Obrera y Campesina ganará mucho si toma en cuenta estas consideraciones para su examen, y que la lista de los casos por los que nuestra Comisión Central de Control o sus colegas de la Inspección Obrera y Campesina han ganado algunas de sus victorias más brillantes se verá enriquecida en grado considerable con expediciones de nuestros futuros colaboradores de la Inspección Obrera y Campesina y de la Comisión Central de Control a lugares que no es muy decoroso mencionar en los respetables y ceremoniosos manuales.

[...]

¿Cómo se pueden fusionar las instituciones del partido con las de los Soviets? ¿No hay aquí algo inadmisibles?

Planteo estas preguntas no en mi nombre, sino en el de aquellos a los que he aludido antes, al decir que hay burócratas no solo en nuestras instituciones de los Soviets, sino también en las del partido.

¿Por qué, pues, no fusionar las unas con las otras, si los intereses de la obra lo reclaman? ¿Acaso alguien no ha advertido alguna vez que en un Comisariado del Pueblo como el de Negocios Extranjeros semejante fusión reporta extraordinaria utilidad y es practicada desde su mismo nacimiento? ¿Acaso no se discuten en el Buró Político, desde el punto de vista de partido, muchos problemas, grandes y pequeños, sobre nuestras «maniobras», en respuesta a las «maniobras» de las poten-

cias extranjeras, para evitar, por decirlo así, sus estratagemas, por no emplear una expresión menos decorosa? ¿No es acaso esta flexible unión de lo soviético con lo del partido una fuente de extraordinaria fuerza en nuestra política? Creo que lo que se ha justificado, lo que se ha consolidado en nuestra política exterior y ha penetrado ya en las costumbres de modo tal que no da lugar a dudas en este terreno, será adecuado por lo menos en la misma medida (y yo creo que será mucho más adecuado) en relación a todo nuestro aparato estatal. Y hay que tener en cuenta que la Inspección Obrera y Campesina ha sido precisamente consagrada a todo nuestro aparato estatal, y sus actividades deben abarcar a todas las instituciones del Estado sin ninguna excepción, tanto locales como centrales, tanto comerciales como puramente burocráticas, tanto de estudios como de archivos, teatrales, etcétera, en una palabra, a todas sin la menor excepción.

¿Por qué, pues, para una institución de tan gran alcance, para la cual, además, se requiere una flexibilidad extraordinaria en las formas de actuar, por qué no se puede admitir para esa institución una fusión peculiar de la institución de control del partido con la institución de control de los Soviets?

Yo no vería en ello ningún inconveniente. Aún más: creo que esta fusión constituye la única garantía de un trabajo eficiente. Creo que cualquier duda al respecto parte de los rincones más polvorientos de nuestro aparato estatal y que solo debemos contestar a ella de una forma: con la burla.

[...]

Otra duda: ¿Conviene aunar la actividad del estudio con la actividad del cargo? Me parece que esto no solo es conveniente, sino necesario. Hablando en términos generales hemos llegado a contagiarnos de toda una serie de prejuicios perniciosos y

ridículos de la organización estatal de Europa Occidental, a pesar de nuestra actitud revolucionaria frente a dicha organización; y en parte nos han contagiado deliberadamente nuestros queridos burócratas, no sin mala intención, especulando con que en el río revuelto de semejantes prejuicios se podría pescar lo más posible; y ellos pescaban tanto en ese río revuelto, que solamente aquellos de entre nosotros que estaban completamente ciegos no veían cuán ampliamente se practicaba esa pesca.

En todo el terreno de las relaciones sociales, económicas y políticas somos «terriblemente» revolucionarios. Pero en el terreno del respeto al rango, de la observancia de las formas de los expedientes, nuestro «revolucionarismo» se ve reemplazado a menudo por una serie de las más rancias rutinas. En este sentido, más de una vez se ha podido observar un fenómeno sumamente interesante: cómo en la vida social el mayor salto de avance va unido a un prodigioso temor ante el menor cambio.

Y esto se comprende, porque los más audaces pasos hacia adelante se han hecho en un terreno que desde tiempos atrás constituía el patrimonio de la teoría, en un terreno que era cultivado principalmente o casi exclusivamente en teoría. El hombre ruso, ante la odiosa realidad burocrática que veía ante sí, desahogaba su espíritu con especulaciones teóricas de una audacia extraordinaria, razón por la cual esas especulaciones teóricas excesivamente audaces adquirirían entre nosotros un carácter singularmente unilateral. Convivían en nuestro país, una al lado de la otra, la audacia teórica en las especulaciones generales y un sorprendente temor en cuanto a las reformas oficinescas más insignificantes. Cualquier revolución agraria de gran alcance universal era elaborada con una audacia sin precedente en ningún otro Estado, pero junto a esto no había

suficiente imaginación para realizar una reforma oficinesca de décima categoría; no había suficiente imaginación o faltaba la paciencia para aplicar a esa reforma los mismos principios generales que habían dado resultados tan «brillantes» en su aplicación a los problemas generales.

Y por eso, nuestra actual vida diaria reúne en sí, en grado sorprendente, rasgos de increíble audacia con la timidez del pensamiento ante los más pequeños cambios.

Creo que tampoco ha podido ser de otra manera en ninguna revolución verdaderamente grande, porque las revoluciones verdaderamente grandes nacen de las contradicciones entre lo viejo, entre lo que tiende al cultivo de lo viejo, y la más abstracta aspiración a lo nuevo, que debe ser ya de tal manera nuevo, que no contenga ni un ápice de lo viejo.

Y cuanto más radical sea la revolución, tanto más habrá de prolongarse el período en que se mantendrán varias de estas contradicciones.

[...]

El rasgo general de nuestra vida consiste ahora en lo siguiente: hemos destruido la industria capitalista, hemos tratado de arrasar las instituciones medievales, la propiedad agraria de los terratenientes, y sobre esta base hemos creado a los pequeños y muy pequeños campesinos, que siguen al proletariado, porque tienen confianza en los resultados de su labor revolucionaria. Sin embargo, no nos será fácil sostenernos con esta sola confianza hasta el triunfo de la revolución socialista en los países más desarrollados, porque los pequeños y muy pequeños campesinos, sobre todo durante la NEP, se mantienen, debido a la necesidad económica, en un nivel extremadamente bajo de productividad del trabajo. Además, la situación internacional ha dado lugar a que Rusia se vea ahora arrojada

hacia atrás, a que, en conjunto, el rendimiento del trabajo del pueblo sea hoy en nuestro país bastante menor que antes de la guerra. Las potencias capitalistas de la Europa Occidental, en parte conscientemente, en parte de un modo espontáneo, hicieron todo cuanto estaba a su alcance para arrojarnos hacia atrás, para aprovechar los elementos de la guerra civil en Rusia con el objeto de arruinar lo más posible al país. Precisamente en esta salida de la guerra imperialista veían, desde luego, sensibles ventajas: si no llegamos a derribar el régimen revolucionario en Rusia, dificultaremos, en todo caso, su desarrollo hacia el socialismo; así discurrían, poco más a menos, aquellas potencias, y, desde su punto de vista, no podían razonar de otra manera. Como resultado, obtuvieron una solución a medias de su tarea. No lograron derrocar el nuevo régimen creado por la revolución, pero tampoco le dieron la posibilidad de realizar en seguida un paso de avance tal, que pudiera justificar los pronósticos de los socialistas, un paso que les permitiera a estos desarrollar con colosal rapidez las fuerzas productivas, desarrollar todas las posibilidades que, en suma, darían por resultado el socialismo, demostrar a todo el mundo palmariamente, con toda evidencia, que el socialismo encierra gigantescas fuerzas y que la humanidad ha pasado ahora a una nueva fase de desarrollo, que trae aparejadas posibilidades extraordinariamente brillantes.

El sistema de las relaciones internacionales es actualmente tal, que uno de los Estados de Europa, Alemania, se ve avasallado por los estados vencedores. Por otra parte, diversos Estados, por cierto los más antiguos del occidente, se hallan, gracias a la victoria, en condiciones de poder aprovechar esa misma victoria para hacer a sus clases oprimidas una serie de concesiones que, si bien son insignificantes, retardan el movimiento

revolucionario en esos países, creando una apariencia de «paz social».

Al mismo tiempo, otros muchos países —el Oriente, la India, China, etcétera— se han visto definitivamente sacados de su carril, precisamente por causa de la última guerra imperialista. Su desarrollo se ha orientado definitivamente por la vía general del capitalismo europeo. En esos países ha comenzado la misma efervescencia que se observa en toda Europa. Y para todo el mundo es ahora claro que ellos, han entrado en un proceso de desarrollo que no puede por menos de conducir a la crisis de todo el capitalismo mundial.

Así, pues, en estos momentos nos hallamos ante la siguiente cuestión: ¿podremos mantenernos con la producción de nuestros pequeños y muy pequeños campesinos, en nuestro estado ruinoso, hasta el momento en que los países capitalistas de Europa Occidental lleven a término su desarrollo hacia el socialismo? Pero ellos lo hacen de un modo distinto a como esperábamos anteriormente. No lo llevan a término por un proceso gradual de «maduración» del socialismo en ellos, sino mediante la explotación de unos Estados por otros, mediante la explotación del primer Estado entre los vencidos en la guerra imperialista, unida a la explotación de todo el Oriente. Por otra parte, el Oriente se ha incorporado de manera definitiva al movimiento revolucionario, gracias precisamente a esta primera guerra imperialista viéndose arrastrado definitivamente a la órbita general del movimiento revolucionario mundial.

¿Cuál es la táctica que este estado de cosas impone a nuestro país? Evidentemente, la siguiente: debemos manifestar prudencia extrema para conservar nuestro poder obrero, para mantener bajo su autoridad y bajo su dirección a nuestros pequeños y muy pequeños campesinos. Tenemos de nuestra parte la

ventaja de que todo el mundo pasa ahora ya a un movimiento que debe engendrar la revolución socialista mundial. Pero también nos encontramos con el inconveniente de que los imperialistas han logrado dividir todo el mundo en dos campos, y esta escisión se complica por el hecho de que Alemania, país de desarrollo capitalista realmente avanzado y culto, se ve ahora ante infinitas dificultades para levantarse. Todas las potencias capitalistas del llamado Occidente clavan en ella sus garras y no le permiten levantarse. Y, por otra parte, todo el Oriente, con sus centenares de millones de trabajadores explotados, llevados al extremo de la miseria, ha sido puesto en condiciones en que sus fuerzas físicas y materiales no pueden ni compararse en manera alguna con las fuerzas físicas, materiales y militares de cualquiera de los estados de Europa Occidental, que son mucho más pequeños.

¿Podemos librarnos de la próxima colisión con estos Estados imperialistas? ¿Podemos esperar que las contradicciones internas y los conflictos entre los Estados imperialistas prósperos del Occidente y los Estados imperialistas prósperos del Oriente nos darán por segunda vez una tregua, igual que nos la dieron la primera vez, cuando la cruzada de la contrarrevolución de Europa Occidental, encaminada a apoyar a la contrarrevolución rusa, fracasó a causa de las contradicciones existentes en el campo de los contrarrevolucionarios del Occidente y del Oriente, en el campo de los explotadores orientales y de los explotadores occidentales, en el campo del Japón y de Estados Unidos?

A mi entender hay que contestar a esta pregunta en el sentido de que la solución depende aquí de muchísimas circunstancias, y solo se puede prever el desenlace de la lucha en su conjunto basándose en que el propio capitalismo, en fin de

cuentas, enseña y educa para la lucha a la inmensa mayoría de la población del mundo.

El desenlace de la lucha depende, en definitiva, del hecho de que Rusia, la India, China, etcétera, constituyen la inmensa mayoría de la población. Y precisamente esta mayoría de la población es la que se incorpora en los últimos años con inusitada rapidez a la lucha por su liberación, de modo que en este sentido no puede haber ni sombra de duda con respecto al desenlace definitivo de la lucha mundial. En este sentido, la victoria definitiva del socialismo está plena y absolutamente asegurada.

Pero lo que nos interesa no es esta inevitabilidad de la victoria final del socialismo. Lo que nos interesa es la táctica que nosotros, Partido comunista de Rusia, que nosotros, Poder Soviético de Rusia, debemos seguir para impedir que los estados contrarrevolucionarios de Europa Occidental nos aplasten. A fin de asegurar nuestra existencia hasta la siguiente colisión militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente revolucionario y nacionalista, entre los Estados más civilizados del mundo y los Estados atrasados al modo oriental, los cuales, sin embargo, constituyen la mayoría, es preciso que esta mayoría tenga tiempo de civilizarse. A nosotros también nos hace falta civilización para pasar directamente al socialismo, aunque tenemos para ello las premisas políticas. Tenemos que seguir la táctica siguiente o adoptar para nuestra salvación la siguiente política.

Debemos tratar de construir un Estado en el que los obreros conserven su dirección sobre los campesinos, en el que conserven la confianza de estos y en el que, aplicando el más severo régimen de economías, eliminen de sus relaciones sociales hasta el menor indicio de gastos superfluos.

Debemos reducir nuestro aparato estatal, economizando hasta el máximo. Debemos eliminar de él todos los indicios de gastos superfluos, de los cuales nos han quedado tantos de la Rusia zarista, de su aparato burocrático capitalista.

¿No será esto el reinado de la estrechez campesina?

No. Si conservamos la dirección de la clase obrera sobre los campesinos, obtendremos la posibilidad, mediante un régimen de economías llevado al grado superlativo en nuestro Estado, de lograr que todo ahorro, por mínimo que sea, se conserve para el desarrollo de nuestra gran industria mecanizada, para el desarrollo de la electrificación, de la extracción hidráulica de la turba, para acabar de construir la central hidroeléctrica del Vóljov, etcétera.

En esto, y solamente en esto, residirá nuestra esperanza. Solo entonces estaremos en condiciones, hablando en sentido figurado, de apearnos de un caballo para montar otro, es decir, de desmontar el mísero caballo campesino, el caballo del mujik, el caballo del régimen de economías calculado para un país campesino arruinado, para montar un caballo que el proletariado busca y no puede dejar de buscar para sí: el caballo de la gran industria mecanizada, de la electrificación, de la central hidroeléctrica del Vóljov, etcétera.

Así es cómo yo uno en mi pensamiento el plan general de nuestra labor, de nuestra política, de nuestra táctica, de nuestra estrategia con las tareas de la Inspección Obrera y Campesina reorganizada. En esto consiste para mí la justificación de los cuidados excepcionales, de la atención extraordinaria que debemos prestar a la Inspección Obrera y Campesina, colocándola a una altura excepcional, dándole una dirección con derechos de Comité Central, etcétera, etcétera.

Esta justificación consiste en que solo depurando al máximo nuestro aparato, reduciendo al máximo todo lo que no sea absolutamente indispensable en él, nos mantendremos con seguridad. Y además, estaremos en condiciones de mantenernos no al nivel de un país de pequeños campesinos, no al nivel de esta estrechez generalizada, sino a un nivel que se eleva y avanza continua e ininterrumpidamente hacia la gran industria mecanizada.

He aquí las elevadas tareas con que yo sueño para nuestra Inspección Obrera y Campesina. He aquí por qué planteo la fusión en ella de la cúspide más autorizada del partido con un «ordinario» Comisariado del Pueblo.

2 de marzo de 1923.

Tareas de las Juventudes Comunistas*

(Lenin es acogido por el Congreso con una clamorosa ovación).

Camaradas: Quisiera departir hoy con vosotros sobre las tareas fundamentales de la Unión de Juventudes Comunistas y, con este motivo, de lo que deben ser las organizaciones de la juventud en la República Socialista en general.

Este problema merece tanto más nuestra atención por cuanto, puede decirse, en cierto sentido, que es precisamente a la juventud a quien incumbe la verdadera tarea de crear la sociedad comunista. Porque es evidente que la generación de militantes educada en la sociedad capitalista puede, en el mejor de los casos, cumplir la tarea de destruir los cimientos de la vieja vida capitalista basada en la explotación. Lo más que podrá hacer es organizar un régimen social que ayude al proletariado y a las clases trabajadoras a conservar el poder en sus manos y a crear una sólida base, sobre la que podrá edificar únicamente la generación que empieza a trabajar ya en condiciones nuevas, en una situación en la que no existen relaciones de explotación entre los hombres.

Pues bien, al abordar desde este punto de vista la cuestión de las tareas de la juventud, debo decir que estas tareas de la juventud, en general; y de las Uniones de Juventudes Comunis-

* Discurso pronunciado en el III Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas de Rusia el 2 de octubre de 1920. Publicado en *Prauda*, no. 221, 222 y 223 del 5, 6 y 7 del mismo año.

tas y demás organizaciones semejantes, en particular, podrían definirse con una sola palabra: aprender.

Es claro que esto no es más que «una palabra». Y esta palabra no responde a las preguntas principales y más esenciales: ¿qué aprender y cómo aprender? Y lo esencial en este problema, que, con la transformación de la vieja sociedad capitalista, la enseñanza, la educación y la instrucción de las nuevas generaciones, llamadas a crear la sociedad comunista, no pueden seguir siendo lo que eran antes. La enseñanza, la educación y la instrucción de la juventud deben partir de los materiales que nos ha legado la antigua sociedad. El comunismo podremos edificarlo únicamente con la suma de conocimientos, organizaciones e instituciones, con el acervo de medios y fuerzas humanas que hemos heredado de la vieja sociedad. Solo transformando radicalmente la enseñanza, la organización y la educación de la juventud conseguiremos que los esfuerzos de la joven generación den como resultado la creación de una sociedad que no se parezca a la antigua, es decir, de la sociedad comunista. Por ello, debemos examinar detenidamente qué hemos de enseñar a la juventud y cómo ha de aprender esta si quiere merecer realmente el nombre de Juventudes Comunistas y cómo es necesario prepararla para que sea capaz de terminar y coronar la obra iniciada por nosotros.

Debo decir que la primera respuesta y, al parecer, la más natural es que la Unión de Juventudes, y en general toda la juventud que quiera pasar al comunismo tiene que aprender el comunismo.

Pero esta respuesta, «aprender el comunismo», es demasiado general. ¿Qué necesitamos para aprender el comunismo? ¿Qué necesitamos escoger, entre la suma de conocimientos generales, para adquirir la ciencia del comunismo? En este

terreno nos amenaza una serie de peligros, que surgen a cada paso en cuanto se plantea mal la tarea de aprender el comunismo o se entiende de una manera demasiado unilateral.

A primera vista, naturalmente, parece que aprender el comunismo es asimilar el conjunto de conocimientos que se exponen en los manuales, folletos y obras comunistas. Pero eso sería definir de un modo demasiado burdo e insuficiente el estudio del comunismo. Si el estudio del comunismo consistiera únicamente en asimilar lo que dicen los trabajos, libros y folletos comunistas, esto nos daría con excesiva facilidad escolásticos o fanfarrones comunistas, lo que muchas veces nos causaría daño y perjuicio, porque esta gente, después de haber leído mucho y aprendido lo que se expone en los libros y folletos comunistas, serían incapaces de coordinar todos estos conocimientos y obrar como exige realmente el comunismo.

Uno de los mayores males y calamidades que nos ha dejado en herencia la antigua sociedad capitalista es el completo divorcio entre el libro y la vida práctica, pues teníamos libros en los que todo estaba expuesto en forma perfecta, y la mayor parte de las veces esos libros no eran sino una repugnante e hipócrita mentira, que nos pintaba un cuadro falso de la sociedad capitalista.

Por eso, sería una gran equivocación limitarse a asimilar simplemente lo que dicen los libros del comunismo. Nuestros discursos y artículos de ahora no son una simple repetición de lo que se ha dicho antes sobre el comunismo, pues están ligados a nuestro trabajo cotidiano en todos los terrenos. Sin trabajo, sin lucha, el conocimiento libresco del comunismo, adquirido en folletos y obras comunistas, no tiene absolutamente ningún valor, ya que no haría más que continuar el antiguo divorcio

entre la teoría y la práctica, ese mismo divorcio que constituía el más repugnante rasgo de la vieja sociedad burguesa.

Sería más peligroso todavía que pretendiéramos aprender solamente las consignas comunistas. Si no comprendiéramos a tiempo este peligro, si no hiciéramos toda clase de esfuerzos por evitarlo, la existencia de medio millón o de un millón de jóvenes de ambos sexos; que después de semejante estudio del comunismo se llamasen comunistas, no causaría sino un gran perjuicio a la causa del comunismo.

Se nos plantea, pues, la cuestión de cómo hemos de coordinar todo esto para aprender el comunismo. ¿Qué debemos tomar de la vieja escuela, de la vieja ciencia? La vieja escuela declaraba que quería crear hombres instruidos en todos los dominios y que enseñaba las ciencias en general. Sabemos que eso era pura mentira, puesto que toda la sociedad se basaba y sostenía en la división de los hombres en clases, en explotadores y oprimidos. Como es natural, toda la vieja escuela, saturada de espíritu de clase, no daba conocimientos más que a los hijos de la burguesía. Cada una de sus palabras estaba amañada para favorecer los intereses de la burguesía. En estas escuelas, más que educar a los jóvenes obreros y campesinos, los preparaban para mayor provecho de esa misma burguesía. Trataban de preparar servidores útiles, capaces de proporcionar beneficios a la burguesía, sin turbar, al mismo tiempo, su ociosidad y sosiego. Por eso, al condenar la antigua escuela, nos hemos propuesto tomar de ella únicamente lo que nos es necesario para lograr una verdadera educación comunista.

Y ahora voy a tratar de los reproches, de las censuras, que se dirigen corrientemente a la escuela antigua y que conducen muchas veces a interpretaciones enteramente falsas. Se dice que la vieja escuela era una escuela libresca, una escuela de

adiestramiento autoritario, una escuela de enseñanza memorista. Esto es cierto, pero hay que saber distinguir lo que tenía de malo y de útil para nosotros la vieja escuela, hay que saber elegir de ella lo indispensable para el comunismo.

La vieja escuela era libresca, obligaba a almacenar una masa de conocimientos inútiles, superfluos, muertos, que atiborraban la cabeza y transformaban a la generación joven en un ejército de funcionarios cortados todos por el mismo patrón. Pero si intentarais deducir de eso que se puede ser comunista sin haber asimilado el tesoro de conocimientos acumulados por la humanidad, cometeríais un craso error. Sería equivocado pensar que basta con saber las consignas comunistas, las conclusiones de la ciencia comunista, sin adquirir la suma de conocimientos de los que es consecuencia el comunismo. El marxismo es un ejemplo de cómo el comunismo es resultado de la suma de conocimientos adquiridos por la humanidad.

Habréis leído y oído que la teoría comunista, la ciencia comunista, creada principalmente por Marx, que esta doctrina del marxismo ha dejado de ser obra de un solo socialista, bien es verdad que genial, del siglo XIX, para transformarse en la doctrina de millones y decenas de millones de proletarios del mundo entero que la aplican en su lucha contra el capitalismo. Y si preguntáis por qué ha podido la doctrina de Marx conquistar millones y decenas de millones de corazones en la clase más revolucionaria, se os dará una sola respuesta: porque Marx se apoyaba en la sólida base de los conocimientos humanos adquiridos bajo el capitalismo. Al estudiar las leyes del desarrollo de la sociedad humana, Marx comprendió lo ineluctable del desarrollo del capitalismo, que conduce al comunismo, y, cosa principal, lo demostró basándose exclusivamente en el estudio más exacto, más detallado y más profundo de esta sociedad

capitalista, por haber asimilado plenamente todo lo que la ciencia había dado hasta entonces. Marx analizó de un modo crítico, sin desdeñar un solo punto, todo lo que había creado la sociedad humana. Analizó todo lo que había creado el pensamiento humano, lo sometió a la crítica, lo comprobó en el movimiento obrero y sacó de ello las conclusiones que la gente encerrada en el marco burgués o atenazadas por los prejuicios burgueses no podían sacar.

Esto hay que tenerlo en cuenta cuando hablamos, por ejemplo, de la cultura proletaria. Sin comprender con claridad que solo se puede crear esta cultura proletaria conociendo con precisión la cultura que ha creado la humanidad en todo su desarrollo y transformándola, sin comprender eso, no podremos cumplir esta tarea. La cultura proletaria no surge de fuente desconocida, no es una invención de los que se llaman especialistas en cultura proletaria. Eso es pura necedad. La cultura proletaria tiene que ser el desarrollo lógico del acervo de conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo de la sociedad capitalista, de la sociedad terrateniente, de la sociedad burocrática. Todos esos caminos y senderos han conducido y continúan conduciendo hacia la cultura proletaria, del mismo modo que la Economía política, transformada por Marx, nos ha mostrado a dónde tiene que llegar la sociedad humana, nos ha indicado el paso a la lucha de clases, al comienzo de la revolución proletaria.

Cuando oímos con frecuencia, tanto a algunos representantes de la juventud como a ciertos defensores de los nuevos métodos de enseñanza, atacar la vieja escuela diciendo que solo hacía aprender de memoria los textos, les respondemos que es preciso tomar de esa vieja escuela todo lo que tenía de bueno. No hay que imitarla sobrecargando la memoria de los jóvenes

con una cantidad desmesurada de conocimientos, inútiles las nueve décimas partes y desvirtuados el resto; pero eso no significa que podamos contentarnos con conclusiones comunistas y limitarnos a aprender de memoria consignas comunistas. De ese modo no se puede edificar el comunismo. Solo se puede llegar a ser comunista cuando se enriquece la memoria con todo el tesoro de ciencia acumulado por la humanidad.

No queremos una enseñanza memorista, pero necesitamos desarrollar y perfeccionar la memoria de cada estudiante dándole hechos esenciales, porque el comunismo sería una vaciedad, quedaría reducido a una fachada vacía, y el comunista no sería más que un fanfarrón si no reelaborase en su conciencia todos los conocimientos adquiridos. No solamente debéis asimilar esos conocimientos, sino asimilarlos con espíritu crítico para no atiborrar vuestro cerebro con un fárrago inútil, para enriquecerlo con el conocimiento de todos los hechos, sin los cuales no es posible ser hombre culto en la época en que vivimos. El comunista que se vanagloriase de su comunismo simplemente por haber recibido unas conclusiones ya establecidas, sin haber realizado un trabajo muy serio, muy difícil y muy grande, sin analizar los hechos, frente a los que está obligado a adoptar una actitud crítica, sería un comunista muy lamentable. Semejante actitud superficial sería muy funesta. Si yo sé que sé poco, me esforzaré por saber más; pero si un hombre dice que es comunista y que no tiene necesidad de conocimientos sólidos, jamás saldrá de él nada que se parezca a un comunista.

La vieja escuela forjaba los dóciles criados que necesitaban los capitalistas; hacía de los hombres de ciencia personas obligadas a escribir y hablar al gusto de los capitalistas. Eso quiere decir que debemos quitarla de en medio. Pero si debemos suprimirla, destruirla, ¿se deduce de esto que no debemos tomar de

ella todo lo que ha acumulado la humanidad y es necesario para el hombre? ¿Se desprende de esto que no debemos saber distinguir lo que necesitaba el capitalismo y lo que necesita el comunismo?

En lugar del adiestramiento autoritario que se practicaba en la sociedad burguesa contra la voluntad de la mayoría, nosotros colocamos la disciplina consciente de los obreros y campesinos, que unen a su odio contra la vieja sociedad el querer, el saber y el estar dispuestos a unificar y organizar las fuerzas para esta lucha, a fin de crear, con millones y centenares de millones de voluntades dispersas, fraccionadas y desperdigadas por la inmensa extensión de nuestro país, una voluntad única, ya que sin ella seremos inevitablemente vencidos. Sin esta cohesión, sin esta disciplina consciente de los obreros y de los campesinos, nuestra causa está condenada a fracasar. Sin ella no podremos derrotar a los capitalistas y terratenientes de todo el Universo. No solo no llegaremos a construir la nueva sociedad comunista, sino ni siquiera a asentar sólidamente sus cimientos. De la misma manera, a pesar de condenar la vieja escuela, a pesar de alimentar contra ella un odio absolutamente legítimo y necesario, a pesar de apreciar el deseo de destruirla, debemos comprender que la vieja escuela libresca, la vieja enseñanza memorista y el viejo adiestramiento autoritario deben ser sustituidos por el arte de asimilar toda la suma de conocimientos humanos, y asimilarlos de tal modo que vuestro comunismo no sea algo aprendido de memoria, sino algo pensado por vosotros mismos, como una conclusión que se impone necesariamente desde el punto de vista de la instrucción moderna.

Así es como hay que plantear las tareas fundamentales cuando se habla de aprender el comunismo.

Para explicaros esto y abordar, al mismo tiempo, la cuestión de cómo estudiar, tomaré un ejemplo práctico. Todos sabéis que ahora, inmediatamente después de los problemas militares, de los problemas de la defensa de la República, surge ante nosotros el problema económico. Sabemos que es imposible edificar la sociedad comunista sin restaurar la industria y la agricultura, y no en su forma antigua, claro está. Hay que restaurarlas sobre una base moderna, conforme a la última palabra de la ciencia. Vosotros sabéis que esa base es la electricidad; que solo el día en que todo el país, todas las ramas de la industria y de la agricultura estén electrificadas, el día en que realicéis esta tarea, solo entonces, podréis edificar para vosotros mismos la sociedad comunista que no podrá edificar la generación vieja. Se alza ante vosotros la tarea de hacer renacer la economía de todo el país, de reorganizar y restaurar la agricultura y la industria sobre una base técnica moderna, fundada en la ciencia y en la técnica modernas, en la electricidad. Comprenderéis perfectamente que la electrificación no puede ser obra de ignorantes y que para ello hace falta algo más que nociones rudimentarias. No basta con comprender lo que es la electricidad; hay que saber cómo aplicarla técnicamente a la industria, a la agricultura y a cada una de sus ramas. Todo eso tenemos que aprenderlo nosotros mismos, y debemos enseñárselo a toda la nueva generación trabajadora. Esa es la tarea que tiene planteada cada comunista consciente, todo joven que se estime comunista y comprenda con claridad que, al ingresar en la Unión de Juventudes Comunistas, ha contraído el compromiso de ayudar al Partido a edificar el comunismo y de ayudar a toda la joven generación a crear la sociedad comunista. Debe comprender que solamente sobre la base de la instrucción moderna podrá crear esta sociedad, y

que si carece de esa instrucción, el comunismo no será más que un deseo.

La tarea de la generación precedente consistía en derribar a la burguesía. Criticar a la burguesía, fomentar en las masas el sentimiento de odio contra ella, desarrollar la conciencia de clase y la habilidad para agrupar sus fuerzas eran entonces las tareas esenciales. La nueva generación tiene ante sí una tarea más compleja. No basta con que debáis unir todas vuestras fuerzas para apoyar al poder obrero y campesino contra la invasión de los capitalistas. Eso tenéis que hacerlo. Lo habéis comprendido admirablemente, lo ve con claridad todo comunista. Pero eso es insuficiente. Sois vosotros quienes debéis edificar la sociedad comunista. La primera mitad del trabajo está ya, en muchos sentidos, terminada. El antiguo régimen ha sido destruido, como debía serlo; no es más que un montón de ruinas, que es a lo que debía quedar reducido. El terreno se encuentra ya desbrozado y, sobre este terreno, la nueva generación comunista debe edificar la sociedad comunista. Vuestra tarea es edificar, solo podréis cumplirla poseyendo todos los conocimientos modernos, sabiendo transformar el comunismo en lugar de fórmulas hechas, consejos, recetas, prescripciones y programas aprendidos de memoria, en algo vivo que coordine vuestra labor inmediata, sabiendo convertir el comunismo en guía de vuestro trabajo práctico.

Esta es vuestra misión: por ella debéis regiros al instruir, educar y elevar a toda la generación joven. Debéis ser los primeros constructores de la sociedad comunista entre los millones de constructores que deben ser cada muchacho y cada muchacha. Si no incorporáis a esta edificación del comunismo a toda la masa de la juventud obrera y campesina, no construiréis la sociedad comunista.

Esto me lleva, como es natural, a la cuestión de cómo debemos enseñar el comunismo y en qué debe consistir la peculiaridad de nuestros métodos.

Me detendré, en primer término, en el problema de la moral comunista.

Tenéis que hacer comunistas de vosotros mismos. La tarea de la Unión de Juventudes consiste en realizar su actividad práctica de modo que le permita, al aprender, al organizarse, al agruparse, al luchar, convertir en comunistas a sus miembros y a todos los que la reconocen como guía. Toda la educación, toda la instrucción y toda la enseñanza de la juventud contemporánea deben inculcarle el espíritu de la moral comunista.

Pero ¿existe una moral comunista? ¿Existe una moralidad comunista? Es evidente que sí. Se pretende muchas veces que nosotros no tenemos una moral propia, y la burguesía nos acusa con frecuencia de que nosotros, los comunistas, negamos toda moral. Esto no es más que una maniobra para suplantarse los conceptos y arrojar arena a los ojos de los obreros y los campesinos.

¿En qué sentido negamos nosotros la moral, la moralidad? La negamos en el sentido en que la ha predicado la burguesía, deduciéndola de mandamientos divinos. A este respecto decimos, naturalmente, que no creemos en Dios, y sabemos muy bien que el clero, los terratenientes y la burguesía hablaban en nombre de Dios para defender sus intereses de explotadores. O bien, en lugar de deducir esta moral de los dictados de la moralidad, de los mandamientos de Dios, la deducían de frases idealistas o semidealistas que, en definitiva, se parecían mucho a los mandamientos de Dios.

Nosotros negamos toda moralidad de esa índole tomada de concepciones al margen de la sociedad humana, al margen de

las clases. Decimos que eso es engañar, embaucar a los obreros y campesinos y embotar su conciencia en provecho de los terratenientes y capitalistas.

Decimos que nuestra moralidad está subordinada por completo a los intereses de la lucha de clase del proletariado. Nuestra moralidad se deriva de los intereses de la lucha de clase del proletariado.

La antigua sociedad se basaba en la opresión de todos los obreros y de todos los campesinos por los terratenientes y capitalistas. Necesitábamos destruirla, necesitábamos derribar a esos opresores, mas para ello había que crear la unión. Y no era Dios quien podía crearla.

Esta unión no podía venir más que de las fábricas, de un proletariado instruido, despertado de su viejo letargo. Solo cuando se constituyó esta clase, comenzó el movimiento de masas que ha conducido a lo que vemos hoy: al triunfo de la revolución proletaria en uno de los países más débiles, que se defiende desde hace tres años frente a los embates de la burguesía del mundo entero. Y vemos cómo crece la revolución proletaria en todo el orbe. Ahora decimos, basándonos en la experiencia, que solo el proletariado ha podido crear una fuerza tan cohesionada, que es seguida por la clase campesina dispersa y fragmentada y que ha sido capaz de resistir todas las acometidas de los explotadores. Solo esta clase puede ayudar a las masas trabajadoras a unirse, a cohesionarse, a hacer triunfar y afianzar definitivamente la sociedad comunista, a edificarla por completo.

Por eso decimos que, para nosotros, la moralidad tomada al margen de la sociedad humana no existe, es un engaño. Para nosotros, la moral está subordinada a los intereses de la lucha de clase del proletariado.

Ahora bien, ¿en qué consiste esta lucha de clases? En derrocar al zar, en derrocar a los capitalistas, en aniquilar a la clase capitalista.

¿Y qué son las clases en general? Es lo que permite a una parte de la sociedad apropiarse del trabajo de la otra. Si una parte de la sociedad se apropia de toda la tierra, tenemos la clase de los terratenientes y la de los campesinos. Si una parte de la sociedad posee las fábricas, las acciones y los capitales, mientras que la otra trabaja en esas fábricas, tenemos la clase de los capitalistas y la de los proletarios.

No ha sido difícil desembarazarse del zar: han bastado para ello algunos días. No ha sido muy difícil echar a los terratenientes: hemos podido hacerlo en algunos meses. Tampoco ha sido muy difícil echar a los capitalistas. Pero suprimir las clases es incomparablemente más difícil; subsiste aún la división en obreros y campesinos. Si un campesino instalado en una parcela de tierra se apropia del trigo sobrante, es decir, del trigo que no necesitan ni él ni su ganado, mientras que los demás carecen de pan, se convierte ya en un explotador. Cuanto más trigo retiene, más gana, y nada le importa que los demás pasen hambre: «Cuanta más hambre tengan, más caro venderé mi trigo». Es preciso que todos trabajen de acuerdo con un plan común en una tierra común, en fábricas comunes y conforme a normas comunes. ¿Es fácil hacerlo? Vosotros mismos veis que en este terreno no es posible lograr soluciones con la misma facilidad que cuando echamos al zar, a los terratenientes y a los capitalistas. Para ello es necesario que el proletariado transforme, reedifique a una parte de los campesinos y atraiga a su lado a los campesinos trabajadores, a fin de romper la resistencia de los campesinos ricos, que se lucran con la miseria de los demás. Por consiguiente, la tarea de la lucha del proletariado no ha ter-

minado aún con el derrocamiento del zar y la expulsión de los terratenientes y capitalistas; llevarla a término es, precisamente, la misión del régimen que denominamos dictadura del proletariado.

La lucha de clases continúa, solamente ha cambiado sus formas. Es la lucha de clase del proletariado para impedir el regreso de los antiguos explotadores, para agrupar en una estrecha unión a la masa campesina dispersa e ignorante. La lucha de clases continúa, y nuestra misión es subordinar todos los intereses a esta lucha. Por eso subordinamos a ella nuestra moralidad comunista. Decimos: la moralidad es lo que sirve para destruir la antigua sociedad explotadora y para agrupar a todos los trabajadores alrededor del proletariado, creador de la nueva sociedad comunista.

La moralidad comunista es la que sirve para esta lucha, la que une a los trabajadores contra toda explotación y contra toda pequeña propiedad, pues la pequeña propiedad pone en manos de un individuo lo que ha sido creado por el trabajo de toda la sociedad.

En nuestro país, la tierra es considerada propiedad común. Pero ¿qué ocurrirá si tomo una parte de esa propiedad común, si cultivo en ella dos veces más trigo del que necesito, si especulo con el sobrante de la cosecha, si calculo que cuantos más hambrientos haya, más caro me pagarán? ¿Obraré como comunista? No, obraré como explotador, como propietario. Contra eso tenemos que luchar. Si las cosas continúan así, volveremos al pasado, caeremos de nuevo bajo el poder de los capitalistas y de la burguesía, como ha ocurrido más de una vez en las revoluciones anteriores. Y para evitar que se restaure el poder de los capitalistas y de la burguesía, es preciso prohibir el mercantilismo, es preciso impedir que unos individuos se enriquezcan

a costa de los demás, es preciso que los trabajadores se unan estrechamente al proletariado y constituyan la sociedad comunista. En esto consiste, precisamente, la peculiaridad principal de la tarea más importante de la Unión de Juventudes Comunistas.

La vieja sociedad estaba basada en el principio siguiente: o saqueas a tu prójimo o te saquea él, o trabajas para otro, u otro trabaja para ti, o eres esclavista o eres esclavo y es comprensible que los hombres educados en semejante sociedad, asimilen, con la leche materna, por así decirlo, la psicología, la costumbre, la idea de que no hay más que amo o esclavo, o pequeño propietario, pequeño empleado, pequeño funcionario, intelectual, en una palabra, hombres que se ocupan exclusivamente de tener lo suyo sin pensar en los demás.

Si yo exploto mi parcela de tierra, poco me importan los demás; si alguien tiene hambre, tanto mejor, venderé mi trigo más caro. Si tengo mi puestecito de médico, de ingeniero, de maestro o de empleado, ¿qué importan los demás? Si me arrastro ante los poderosos y soy complaciente con ellos, quizá conserve mi puesto y a lo mejor pueda hacer carrera y llegar a burgués. Semejante psicología y estado de ánimo no pueden existir en un comunista. Cuando los obreros y campesinos demostraron que somos capaces con nuestras propias fuerzas de defendernos y de crear una nueva sociedad, en ese mismo momento comenzó la nueva educación comunista, la educación en la lucha contra los explotadores, la educación en la alianza con el proletariado contra los egoístas y los pequeños propietarios, contra la psicología y las costumbres que dicen: «Yo busco mi propio beneficio y lo demás me tiene sin cuidado».

Tal es la respuesta a la pregunta de cómo debe aprender el comunismo la joven generación.

Esta generación podrá aprender el comunismo únicamente si liga cada paso de su instrucción, de su educación y de su formación a la lucha incesante de los proletarios y de los trabajadores contra la antigua sociedad basada en la explotación. Cuando se nos habla de moralidad, decimos: para un comunista, toda la moralidad reside en esta disciplina solidaria y unida y en esta lucha consciente de las masas contra los explotadores. No creemos en la moralidad eterna y denunciarnos el embuste de todas las fábulas acerca de la moralidad. La moralidad sirve para que la sociedad humana se eleve a mayor altura, para que se desembarace de la explotación del trabajo.

Para conseguir eso necesitamos de la joven generación que ha comenzado a convertirse en hombres conscientes en las condiciones de lucha disciplinada y encarnizada contra la burguesía. En esta lucha, la juventud forjará verdaderos comunistas; a esta lucha debe vincular y subordinar en todo momento su instrucción, su educación y su formación. La educación de la juventud comunista no debe consistir en ofrecerle discursos placenteros de todo género y reglas de moralidad. No, la educación no consiste en eso. Cuando un hombre ha visto a su padre y a su madre vivir bajo el yugo de los terratenientes y capitalistas, cuando ha participado él mismo en los sufrimientos de quienes emprendieron la lucha contra los explotadores, cuando ha visto los sacrificios que cuesta la continuación de esta lucha y la defensa de lo conquistado y cuán furiosos enemigos son los terratenientes y los capitalistas, ese hombre, en ese ambiente, se forja como comunista. La base de la moralidad comunista está en la lucha por afianzar y culminar el comunismo. Esa es la base de la educación, la instrucción y la enseñanza comunista. Tal es la respuesta a la pregunta de cómo hay que aprender el comunismo.

No creeríamos en la enseñanza, la educación y la instrucción si estas fuesen encerradas en la escuela y separadas de la agitada vida. Mientras los obreros y los campesinos estén oprimidos por los terratenientes y capitalistas, mientras las escuelas sigan en manos de los terratenientes y capitalistas, la generación joven permanecerá ciega e ignorante. Pero nuestra escuela debe dar a los jóvenes los fundamentos de la ciencia, el arte de forjarse por sí mismos una mentalidad comunista, debe hacer de ellos hombres cultos. En el tiempo que los jóvenes pasan en la escuela, esta tiene que hacer de ellos participantes en la lucha por liberarse de los explotadores. La Unión de Juventudes Comunistas solo será digna de este nombre, de ser la unión de la joven generación comunista, si vincula cada paso de su instrucción, educación y formación a la participación en la lucha común de todos los trabajadores contra los explotadores. Porque sabéis perfectamente que mientras Rusia sea la única república obrera, y en el resto del mundo subsista el antiguo régimen burgués, seremos más débiles que ellos; que nos amenazan constantemente nuevos ataques, y que solo aprendiendo a mantener entre nosotros la cohesión y la unidad triunfaremos en la lucha ulterior y, una vez fortalecidos, nos haremos verdaderamente invencibles. Por tanto, ser comunista significa organizar y unir a toda la generación joven, dar ejemplo de educación y de disciplina en esta lucha. Entonces podréis emprender y llevar a término la edificación de la sociedad comunista.

Para que lo comprendáis con mayor claridad, pondré un ejemplo. Nosotros nos llamamos comunistas. ¿Qué es un comunista? «Comunista» viene de la palabra latina *communis*, que significa común. La sociedad comunista significa que todo es común: la tierra, las fábricas, el trabajo. Eso es el comunismo.

¿Puede ser común el trabajo si los hombres explotan cada uno su propia parcela? El trabajo común no se crea de la noche a la mañana. Eso es imposible. No cae del cielo. Hay que lograrlo tras largos esfuerzos y sufrimientos, hay que crearlo. Y se crea en el curso de la lucha. No se trata aquí de un libro viejo, en el que nadie creería. Se trata de la propia experiencia de la vida. Cuando Kolchak y Denikin avanzaban desde Siberia y el Sur, los campesinos estaban a su lado. El bolchevismo no les gustaba, ya que los bolcheviques les quitaban el trigo al precio de tasa. Pero después de haber sufrido en Siberia y en Ucrania el poder de Kolchak y de Denikin, los campesinos comprobaron que solo podían elegir entre dos caminos: volver al capitalismo, que les sometería a la esclavitud de los terratenientes, o seguir a los obreros, que, si bien es cierto que no prometen el oro y el moro y exigen una disciplina férrea y una firmeza indomable en la dura lucha, los liberan de la esclavitud de los capitalistas y terratenientes. Cuando hasta los campesinos más ignorantes comprendieron y sintieron esto por propia experiencia, en la dura escuela de la vida que habían cursado, se hicieron partidarios conscientes del comunismo. Esta misma experiencia debe tomar como base de toda su actividad la Unión de Juventudes Comunistas.

He respondido ya a las preguntas de qué debemos aprender y qué debemos tomar de la vieja escuela y de la vieja ciencia. Trataré de contestar también a la pregunta de cómo debemos aprender esto: solo ligando indisolublemente cada paso en la actividad de la escuela, cada paso en la educación, la instrucción y la formación a la lucha de todos los trabajadores contra los explotadores.

Con algunos ejemplos, extraídos de la experiencia del trabajo de algunas organizaciones de la juventud, os mostraré

gráficamente cómo debe hacerse la educación del comunismo. Todo el mundo habla de liquidar el analfabetismo. Como sabéis, en un país de analfabetos es imposible edificar la sociedad comunista. No basta con que el poder de los Soviets de una orden, o que el partido lance una consigna, o que determinado contingente de los mejores militantes se consagre a esta tarea. Es preciso que la joven generación ponga ella misma manos a la obra. El comunismo consiste en que la juventud, los muchachos y muchachas pertenecientes a la Unión de Juventudes se digan: eso es misión nuestra, nos uniremos y marcharemos a todos los pueblos para liquidar el analfabetismo, para que nuestra joven generación no tenga analfabetos. Nosotros aspiramos a que la juventud en formación consagre a esta obra su iniciativa. Vosotros sabéis que es imposible transformar rápidamente la Rusia ignorante y analfabeta en una Rusia instruida; pero si la Unión de Juventudes pone en ello su empeño, si toda la juventud trabaja para el bienestar de todos, esta Unión, que agrupa a 400 000 jóvenes, tendrá derecho a llamarse Unión de Juventudes Comunistas. Otra de sus misiones es, al asimilar uno u otro conocimiento, ayudar a los jóvenes que no pueden desembarazarse por sí mismos de las tinieblas de la ignorancia. Ser miembro de la Unión de Juventudes Comunistas significa poner su trabajo y sus fuerzas al servicio de la causa común. En esto consiste la educación comunista. Solo efectuando esa labor se convierte en verdadero comunista un muchacho o una muchacha. Solo serán comunistas si logran resultados prácticos en esta labor.

Tomad, por ejemplo, el trabajo en las huertas suburbanas. ¿Acaso no es un trabajo útil? Es una de las tareas que incumben a la Unión de Juventudes Comunistas. El pueblo pasa hambre, en las fábricas y empresas hay hambre. Para librarnos de ella

hay que desarrollar la horticultura, pero los campos siguen cultivándose a la antigua. Es preciso que los elementos más conscientes pongan manos a la obra, y entonces veréis crecer el número de huertas, aumentar su superficie y mejorar el rendimiento. En este trabajo debe participar activamente la Unión de Juventudes Comunistas. Cada una de sus organizaciones o células debe considerarlo asunto suyo.

La Unión de Juventudes Comunistas debe ser el grupo de choque que aporte su ayuda y manifieste su iniciativa en todos los terrenos. La Unión debe ser tal, que cualquier obrero vea en sus miembros gente cuya doctrina quizá le sea incomprendible, en cuyas ideas no crea tal vez inmediatamente, pero cuyo trabajo real y cuya actuación le muestren que son ellos, precisamente, quienes le indican el camino certero.

Si la Unión de Juventudes Comunistas no sabe organizar así su labor en todos los terrenos, significará que se desvía hacia el antiguo camino burgués. Necesitamos vincular nuestra educación a la lucha de los trabajadores contra los explotadores para ayudar a los primeros a cumplir las tareas que se derivan de la doctrina comunista.

Los miembros de las Juventudes Comunistas deben consagrar todas sus horas de ocio a mejorar el cultivo en las huertas, o a organizar en una fábrica cualquiera la instrucción de la juventud, etcétera. Queremos transformar la Rusia pobre y miserable en un país rico. Y es preciso que la Unión de Juventudes Comunistas una su formación, su instrucción y su educación al trabajo de los obreros y de los campesinos, que no se encierre en sus escuelas ni se limite a leer libros y folletos comunistas. Solamente trabajando con los obreros y los campesinos se puede llegar a ser un verdadero comunista. Y es preciso que todos vean que cualquiera de los miembros de las Juventudes

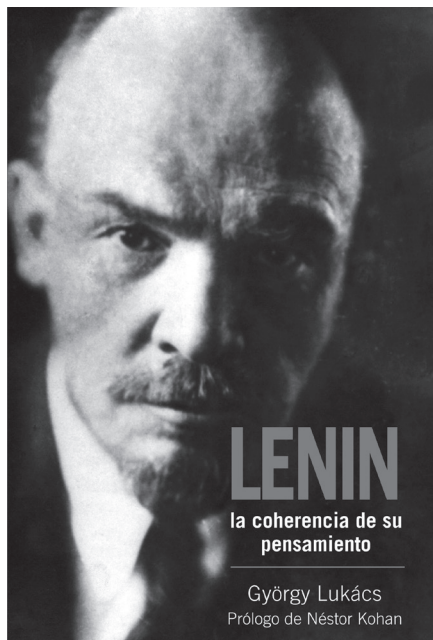
Comunistas es instruido y, al mismo tiempo, sabe trabajar. Cuando todos vean que hemos expulsado de la antigua escuela el viejo adiestramiento autoritario, sustituyéndolo con una disciplina consciente, que todos nuestros jóvenes participan en los sábados comunistas, que utilizan los huertos suburbanos para ayudar a la población, empezarán a considerar el trabajo de otro modo que antes.

Es tarea de la Unión de Juventudes Comunistas organizar en su pueblo o en su barrio la ayuda en una obra como, por ejemplo —tomo un pequeño ejemplo—, asegurar la limpieza o la distribución de víveres. ¿Cómo se hacían estas cosas en la vieja sociedad capitalista? Cada cual trabajaba solo para sí, nadie se ocupaba de si había ancianos o enfermos, o de si todos los quehaceres de la casa recaían sobre una mujer, que se encontraba por ello esclavizada y oprimida. ¿Quién tiene el deber de luchar contra todo eso? La Unión de Juventudes Comunistas, que debe decir: nosotros transformaremos esto, organizaremos destacamentos de jóvenes que ayudarán en los trabajos de limpieza o en la distribución de víveres, recorriendo sistemáticamente las casas, que actuarán organizadamente en bien de toda la sociedad, repartiendo acertadamente las fuerzas y demostrando que el trabajo debe ser un trabajo organizado.

La generación que tiene ahora cerca de 50 años no puede pensar en ver la sociedad comunista. Habrá muerto antes. Pero la generación que tiene hoy 15 años, verá la sociedad comunista y será ella la que la construya. Y debe saber que la edificación de esta sociedad es la misión de su vida. En la vieja sociedad, el trabajo se hacía por familias aisladas y nadie lo unía, a excepción de los terratenientes y capitalistas, que oprimían a las masas del pueblo. Nosotros debemos organizar todos los trabajos, por sucios o duros que sean, de suerte que cada obrero

y cada campesino se diga: yo soy una parte del gran ejército del trabajo libre y sabré organizar mi vida sin terratenientes ni capitalistas, sabré establecer el régimen comunista. Es preciso que la Unión de Juventudes Comunistas eduque a todos, desde la edad temprana, en el trabajo consciente y disciplinado. Así es cómo podremos esperar que sean cumplidas las tareas hoy planteadas. Debemos tener en cuenta que harán falta no menos de diez años para electrificar el país, para que nuestra tierra arruinada pueda tener a su servicio las últimas conquistas de la técnica. Pues bien, la generación que tiene hoy 15 años y que dentro de diez o veinte años vivirá en la sociedad comunista, debe organizar su instrucción de manera que cada día, en cada pueblo o ciudad, la juventud cumpla prácticamente una tarea de trabajo colectivo, por minúsculo y simple que sea. A medida que se realice esto en cada pueblo, a medida que se desenvuelva la emulación comunista, a medida que la juventud demuestre que sabe unir su trabajo, a medida que ocurra eso, quedará asegurado el éxito de la edificación comunista. Solo considerando cada uno de sus actos desde el punto de vista de este éxito, solo preguntándose constantemente si hemos hecho todo lo necesario para llegar a ser trabajadores unidos y conscientes, logrará la Unión de Juventudes Comunistas agrupar al medio millón de sus miembros en el gran ejército único del trabajo y granjearse el respeto general. (Clamorosos aplausos).

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



LENIN

La coherencia de su pensamiento

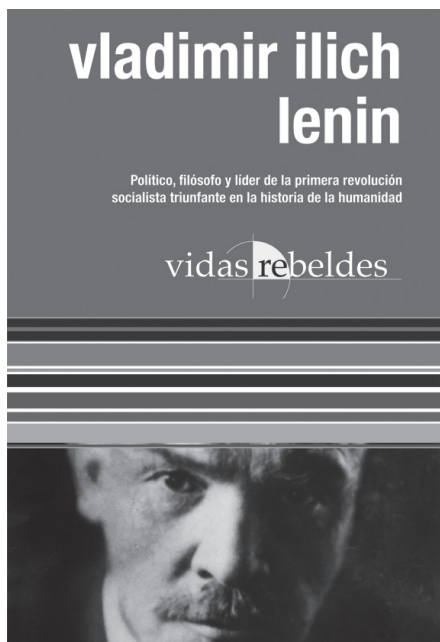
György Lukács / Prólogo de Néstor Kohan

Hoy, cuando algunos se empeñan en proclamar el fracaso de las utopías, las páginas de este libro abogan por la pertinencia del socialismo como única alternativa para alcanzar ese otro mundo no solo mejor y posible, sino también necesario.

136 páginas, 2014, ISBN 978-1-925019-54-4

RECORDANDO A LENIN

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



VLADIMIR ILICH LENIN

Compilado por Miriam Herrera

Este libro nos ratifica que cuando hablamos de la pérdida de la fe en la emancipación anticapitalista, de la erosión de la teoría política marxista y el desconcierto teórico que todavía puede respirarse, no es posible eludir el análisis de la práctica revolucionaria del hombre que ensanchó los horizontes de la revolución.

189 páginas, 2010, ISBN 978-1-921438-96-7

Recuerdos sobre Lenin (fragmentos).

Clara Zetkin

En estas horas difíciles, en que cada uno de nosotros siente angustiosamente, con hondo dolor personal, que hemos perdido a alguien insustituible, se alza resplandeciente, pletórico de vida, el recuerdo de momentos en los que vemos traslucirse como en una llamarada, a través del gran guía, al gran hombre. La conjunción armónica de la grandeza del guía y de la del hombre acuñaba la figura de Lenin y le ha «atesorado para siempre en el gran corazón del proletariado mundial», para decirlo con las palabras con que Marx ensalzaba la gloria de los luchadores de la Comuna de París. Pues los trabajadores, los sacrificados a la riqueza, los que, como el poeta, no conocen esa «postiza cortesía de Europa» —es decir, las mentiras y las hipocresías convencionales del mundo burgués—, saben distinguir con fino y sensible instinto lo auténtico de lo falso, la grandeza sencilla y la vanidad afectada y ampulosa, el amor de quien se consagra a ellos con el sacrificio de su vida y con la voluntad ardiendo en el afán de realizaciones y la postura de quienes vienen a su campo buscando una popularidad en la que solo se refleja un deseo necio de fama.

Siempre me ha repugnado sacar a la publicidad cosas personales. Pero hoy considero un deber estampar aquí, extraídos de lo íntimo de mis recuerdos personales, algunos asociados a nuestro inolvidable guía y amigo. Deber hacia quien, por la

teoría y por el hecho, nos enseñó cómo la voluntad revolucionaria puede moldear conscientemente los fenómenos necesarios y preparados por la historia. Deber hacia aquellos a quienes se consagraban su amor y sus actos; hacia los proletarios, los creadores, los explotados, los esclavos del mundo entero, a quienes su corazón abrazaba, compartiendo sus dolores y en quienes su idea indomable veía los luchadores revolucionarios, los constructores de un nuevo y más alto orden social.

Fue en los primeros días del otoño de 1920 cuando volví a encontrarme con Lenin por vez primera desde que la revolución rusa había comenzado a «estremecer el mundo». Fue, si mal no recuerdo, inmediatamente de llegar yo a Moscú, en una asamblea del Partido, que se celebraba en la sala Sverdlof del Kremlin. Lenin no había cambiado nada, apenas había envejecido. Hubiera jurado que aquella chaqueta, pulcramente cepillada, era la misma modesta chaqueta con que le había conocido en 1907, en Stuttgart, en el Congreso mundial de la Segunda Internacional. Rosa Luxemburgo, con su ojo certero de artista para todo lo característico, me señaló a Lenin, diciéndome: «¡Fíjate bien en él! Es Lenin. Observa su cabeza voluntariosa y tenaz. Es una cabeza de aldeano auténticamente rusa, con ligeras líneas asiáticas. Esa cabeza se ha propuesto derribar una muralla. Acaso se estrelle, pero no cederá jamás».

Ahora, en el Kremlin, la actitud de Lenin y su modo de comportarse eran los mismos, los de siempre. Los debates hacíanse de vez en cuando agitados y turbulentos. Lenin se distinguía, como se había distinguido siempre en los Congresos de la Segunda Internacional, por el modo de observar y seguir atentamente los debates, por su gran serenidad y por aquella calma, segura de sí misma, que era concentración, energía y elasticidad interiores reconcentradas. Así lo atestiguaban, de

vez en cuando, sus interrupciones y observaciones y sus largos análisis, una vez que tomaba la palabra. Nada notable parecía escapar a su aguda mirada y a su claro espíritu. Durante aquella sesión —como después, en todos sus actos— me pareció que el rasgo más saliente del carácter de Lenin era la sencillez y la cordialidad, la naturalidad de su trato con todos los camaradas. Y digo «naturalidad», pues tenía la sensación firme de que aquel hombre no podía comportarse de otro modo. Su conducta para con todos los camaradas era la expresión natural de lo más íntimo de su ser.

Lenin era el jefe indiscutido de un partido que había marchado a la cabeza de los proletarios y los campesinos, trazándoles el camino y señalándoles los derroteros en su lucha por el Poder, y que ahora, sostenido por la confianza de estas masas, gobernaba el país y ejercía la dictadura del proletariado. En la medida en que puede serlo un individuo, Lenin era el guía y el caudillo de aquel gran imperio transformado por la revolución en el primer Estado obrero y campesino del mundo. Sus ideas, su voluntad resonaban en millones de hombres, dentro y fuera de las fronteras de la Rusia soviética. Su criterio pesaba con fuerza decisiva en toda resolución, de importancia dentro de este país y su nombre era símbolo de esperanza y de liberación donde quiera que hubiese explotados y oprimidos. «El camarada Lenin nos lleva hacia el comunismo, y afrontaremos, por duro que sea, cuanto haya que afrontar», declaraban los obreros rusos que, acariciando en su alma un reino ideal de humanidad suprema, corrían a los frentes, sufriendo hambre y frío o luchaban entre dificultades indecibles por la restauración de la industria. «No hay que temer que vuelvan los señores y nos arrebaten las tierras. El padrecito Lenin y los soldados rojos nos salvarán», exclamaban los campesinos. «¡Viva Lenin!», se leía en las

paredes de más de una iglesia italiana, como grito entusiasta de admiración de algún proletario que saludaba en la Revolución Rusa la vanguardia de su propia emancipación. El nombre de Lenin congregaba, en América, en el Japón y en la India, a todos los que se rebelaban contra el poder esclavizador de la riqueza.

Y, sin embargo, ¡cuán sencilla, cuán modesta era la figura de aquel hombre que tenía ya detrás de sí una obra histórica gigantesca y sobre cuyos hombros pesaba una carga agobiadora de confianza ciega, de terrible responsabilidad y de trabajo sin fin! Lenin se hundía y se perdía por entero en la masa de los camaradas, confundiéndose con ellos, como uno cualquiera, como uno de tantos. Ningún gesto, ningún movimiento que le destacase sobre los demás como una «personalidad». Su personalidad auténtica y legítima no necesitaba esos adobos. Desfilaban incesantemente mensajeros con noticias y avisos de las más diversas oficinas, de autoridades civiles y militares. Noticias contestadas muchas veces con un par de líneas escritas sobre la marcha. Lenin tenía para todos una sonrisa o un afectuoso movimiento de cabeza, cuyo reflejo era siempre una cara resplandeciente de alegría. Durante los debates, eran frecuentes los cambios de impresiones en voz baja con camaradas dirigentes. En los descansos, caían sobre Lenin verdaderas avalanchas. Camaradas de ambos sexos de Moscú, de Petrogrado, de los más diversos centros; jóvenes, muchos jóvenes, le cercaban. «Vladimir Ilich, haga el favor...», «Camarada Lenin, no puede negarse...», «Sabemos de sobra, Ilich, que usted ...; pero...». Los ruegos, las preguntas, las proposiciones zumbaban como un verdadero enjambre.

La paciencia de Lenin para escuchar y contestar era inagotable, verdaderamente maravillosa. No había cuidado de Partido ni dolor personal que no encontrasen en él un oído alerta y un

consejo afectuoso. Pero lo más hermoso de toda era su modo de tratar a los jóvenes. Hablaba con ellos como un camarada más, libre de toda pedantería escolástica, sin pensar nunca, ni por asomo, que la edad fuese por sí sola una virtud insuperable. Lenin se movía entre los jóvenes como un igual entre iguales, unido a ellos por todas las fibras de su corazón. En él no había ni rastro de «hombre de mando»; su autoridad dentro del partido era la de un padre ideal a cuya superioridad se sometía todo el mundo, con la conciencia de que aquel hombre sabía comprender y ser comprendido.

(...)

*Lenin, la coherencia
de su pensamiento (fragmentos).*
György Lukács

El materialismo histórico es la teoría de la revolución proletaria y su esencia constituye el resumen conceptual de ese ser social que produce al proletariado, que determina la existencia entera del proletariado; lo es porque el proletariado que lucha por su liberación encuentra en él una clara conciencia de sí mismo. La grandeza de un pensador proletario, de un representante del materialismo histórico, se mide en consecuencia por la profundidad y la envergadura de su visión de estos problemas. Se mide asimismo por la intensidad y la justeza con que es capaz de percibir correctamente, detrás de los fenómenos de la sociedad burguesa, esas tendencias de la revolución proletaria que, en estos fenómenos y por medio de ellos, se elevan hasta la existencia eficaz y la conciencia clara. Según estos criterios, Lenin es el pensador más grande que haya producido el movimiento obrero revolucionario después de Marx.

Algunos oportunistas, que no son capaces de ocultar a los ojos del mundo su importancia, ni limitarse a charlar fútilmente sobre él, dicen que Lenin ha sido un gran hombre político ruso, pero que le faltaba para ser el líder del proletariado mundial, el discernimiento necesario para captar la diferencia entre Rusia y los países capitalistas avanzados, que ha generalizado —y este sería su límite desde el punto de vista histórico, sin ninguna crí-

tica —, los problemas y las soluciones de la realidad rusa y los ha aplicado al mundo entero.

Olvidan —y es algo que se olvida hoy con razón—, que, en su tiempo, el mismo reproche fue hecho contra Marx. Se decía que Marx había extraído, sin ninguna crítica, de observaciones sobre la vida económica inglesa y las fábricas inglesas, leyes generales para la evolución de la sociedad; las observaciones podían ser en sí completamente justas, pero se hacían necesariamente falsas cuando se las presentaba como leyes generales. En la actualidad resulta superfluo refutar detalladamente este error y analizar el hecho de que Marx en ningún modo «generalizó» experiencias tomadas aisladamente y limitadas en el tiempo y el espacio. Por el contrario, Marx percibió —según el método de trabajo de los genios históricos y políticos auténticos— desde un punto de vista teórico y también histórico el macrocosmos del capitalismo general a través del microcosmos de la fábrica inglesa, de sus presupuestos, de sus condiciones y de sus consecuencias sociales, así como a través de las tendencias históricas que conducen a su nacimiento y las que vuelven problemática su existencia.

Pues es justamente esto lo que distingue al genio del simple rutinario en la ciencia o en la política. Este último puede tan solo comprender y distinguir los momentos del devenir social en sus datos inmediatos y cuando se los considera aisladamente. Y si quiere remontarse a conclusiones generales, no hace más que interpretar de modo totalmente abstracto como «leyes generales» ciertos aspectos de un fenómeno limitado en el espacio y en el tiempo, y aplicarlas como tales. En cambio, el genio, que tiene una conciencia clara de la verdadera tendencia general de una época, tendencia cuya influencia es viva, la ve actuar detrás del conjunto de los acontecimientos de su tiempo; en consecuencia

trata por igual los problemas fundamentales decisivos de todo el periodo, aún en los casos en que tiene intención de hablar tan solo de los problemas del día.

En la actualidad, sabemos que la grandeza de Marx reside en esto. Marx captó, basándose en la estructura de la fábrica inglesa, todas las tendencias decisivas del capitalismo moderno y las interpretó. Marx tuvo siempre presente en su espíritu la totalidad del desarrollo capitalista. Es por este motivo que pudo percibir a la vez en cada fenómeno de ese desarrollo, su totalidad y, en su estructura, su evolución.

Pero hay muy pocas personas enteradas hoy que Lenin ha realizado en nuestra época lo que Marx realizó respecto de la evolución general del capitalismo. Lenin siempre vio los problemas de toda la época en los problemas de la evolución de la Rusia moderna, desde el problema del nacimiento del capitalismo en un cuadro absolutista a medias feudal, hasta los problemas de la realización del socialismo en un país rural atrasado: la entrada en la última fase del capitalismo y las posibilidades de orientar el enfrentamiento decisivo, que se ha vuelto inevitable, entre la burguesía y el proletariado, a beneficio de este, y para bien de la humanidad.¹⁶

Lenin, al igual que Marx, jamás generalizó experiencias locales particulares de Rusia, limitadas en el espacio y en el tiempo. Con una perspicacia genial discernió en el lugar y en el momento de sus primeros efectos el problema fundamental de nuestra época: la cercanía de la revolución. Y es en esta perspectiva, en la perspectiva de la actualidad de la revolución, que comprendió todos los fenómenos tanto rusos como internacionales, y los hizo comprensibles.

La actualidad de la revolución: ésta es la idea fundamental de Lenin y también el punto decisivo que lo une a Marx. Pues

el materialismo histórico en tanto que expresión teórica de la lucha por la emancipación del proletariado, no podía ser captado y formulado teóricamente sino en el instante histórico en que había sido puesto en el primer plano de la historia por su actualidad práctica. En un momento en que, según las palabras de Marx, en la miseria del proletariado no se muestra únicamente la miseria en cuanto tal, sino el aspecto revolucionario «que habrá de derrocar la vieja sociedad». Sin duda hacía falta la visión intrépida del genio para captar la actualidad de la revolución proletaria. Pues la revolución proletaria solo es visible para el común de los mortales cuando las masas obreras están ya dispuestas a luchar en las barricadas. Y estos individuos medios son tanto más ciegos cuando han sido sometidos a una formación marxista vulgar. Pues los fundamentos de la sociedad burguesa son a los ojos del «marxista vulgar» tan indestructibles que, inclusive en el momento en que sus resquebrajaduras se manifiestan de manera evidente, él tan solo anhela el retorno a su estado «normal»; este marxista no ve en estas crisis nada más que episodios pasajeros, y hasta en este periodo considera a la lucha como una rebelión irrazonable de hombres poco serios contra el capitalismo invencible. A los combatientes de las barricadas los ve como extraviados; la revolución aplastada es un «error»; y los «marxistas vulgares» tratan a los constructores del socialismo en una revolución victoriosa de criminales, pues a sus ojos la victoria solo puede ser efímera.

Por lo tanto, el materialismo histórico pone —por lo pronto como teoría— la actualidad universal de la revolución proletaria como premisa. En este sentido la actualización de la revolución proletaria constituye el centro de la doctrina marxista, como fundamento objetivo de todo el periodo, y al mismo tiempo como clave para su entendimiento. Sin embargo, a pesar

de toda esta restricción que se ha expresado en el rechazo franco de todas las ilusiones no fundamentadas en la condenación severa de toda tentativa de golpe de Estado, la interpretación oportunista se aferra, en los detalles, a los pretendidos errores de las previsiones particulares de Marx a fin de extirpar absoluta y radicalmente, por este medio indirecto, la revolución de todo el edificio marxista. Y en esto los defensores «ortodoxos» de Marx se encuentran a medio camino con sus críticos. ¿Acaso Kautsky no explicó a Bernstein que es posible abandonar tranquilamente al porvenir la decisión de la dictadura del proletariado, (¿a un porvenir muy lejano, por supuesto?).

Lenin ha restaurado la pureza de la teoría marxista. Y la ha concebido precisamente en este punto con más claridad y más concreción. No es que haya tratado de una manera u otra de corregir a Marx. Simplemente ha hecho entrar en esta teoría la marcha continua de la historia a partir de la muerte de Marx. Y esto significa que la actualidad de la revolución proletaria no es, de ahora en adelante, un horizonte de la historia universal que se eleva por encima de la clase obrera que busca la emancipación, sino que la revolución ya se ha convertido en un punto del orden del día en el movimiento obrero. Lenin podía sin incomodidad soportar el reproche de blanquismo, etcétera, que le valió esta posición fundamental, ya que se encontraba aquí en buena compañía junto a Marx, que fue acusado de blanquista en relación a «ciertos aspectos de su actividad». Por un lado, ni Lenin ni Marx se han representado nunca la actualidad de la revolución proletaria y sus objetivos finales como si fuera posible realizarla en cualquier forma y en cualquier momento. Por otra parte, tanto para el uno como para el otro, la actualidad de la revolución proporciona el criterio seguro para las decisiones en todas las acciones cotidianas. La actualidad de

la revolución indica la nota dominante de toda una época. Tan solo la relación de las acciones aisladas con este punto central, que no puede ser encontrado sino mediante el análisis preciso del conjunto histórico social, hace que las acciones aisladas sean revolucionarias o contra revolucionarias. La actualidad de la revolución significa, en consecuencia, esto: tratar todo el problema cotidiano particular en relación concreta con la totalidad histórica social; considerarlos como momentos en la emancipación del proletariado. El enriquecimiento que el marxismo debe a Lenin consiste simplemente —¡simplemente!— en el nexo más íntimo, más visible y más cargado de consecuencias de las acciones aisladas con el destino general, el destino revolucionario de la clase obrera en su totalidad. Significa simplemente que cada cuestión actual —por lo pronto en la medida que es una cuestión del orden del día— se ha vuelto, a la vez, un problema fundamental de la revolución. La evolución del capitalismo ha convertido a la revolución proletaria en un punto del orden del día. Lenin no es el único en haber previsto la cercanía de esta revolución. De todos modos se distingue por su valor, su devoción y su abnegación, no solo de quienes —en el momento en que la revolución proletaria proclamada por ellos como teoría ha entrado en su fase práctica—, huyen cobardemente, sino que se distingue también por su claridad teórica de los mejores revolucionarios contemporáneos, los más lúcidos y los más fervientes. Pues hasta estos mismos no han reconocido la revolución proletaria nada más que en la manera en que Marx la concibió en su época: como problema fundamental de todo el periodo. Pero fueron incapaces de hacer de este conocimiento —exacto en la perspectiva de la historia mundial, pero tan solo en esta perspectiva—, el hilo conductor seguro para regular todas las cuestiones del día, tanto las cuestiones políticas como

las económicas, tanto las teóricas como las tácticas, las de agitación y las de organización. Tan solo Lenin ha dado el paso adelante hacia la concretización del marxismo, que actualmente se ha vuelto del todo práctico. Por lo tanto, Lenin es, según una escala histórica mundial, el único teórico a la altura de Marx, que haya producido hasta el momento la lucha por la emancipación del proletariado.

(...)

Lenin.

José Carlos Mariátegui

El proletariado revolucionario ha perdido al más grande de sus conductores y de sus *leaders*. Al que con mayor eficacia, con mayor acierto y con mayor capacidad ha servido a la causa de los trabajadores, de los explotados, de los oprimidos.

Ninguna vida ha sido tan fecunda para el proletariado revolucionario como la vida de Lenin. El leader ruso poseía una extraordinaria inteligencia, una extensa cultura, una voluntad poderosa y un espíritu abnegado y austero. A estas cualidades se unía una facultad asombrosa para percibir hondamente el curso de la historia y para adaptar a él la actividad revolucionaria.

Esta facultad genial, esta aptitud singular no abandonó nunca a Lenin. Y así, iluminado por la experiencia de la insurrección de 1905, Lenin comprendió claramente entonces la necesidad de crear un partido revolucionario, exento de prejuicios e ilusiones democráticas y parlamentaristas. Luego, en 1907, Lenin advirtió la inminencia de la guerra, previó sus consecuencias políticas y económicas y anunció la posibilidad y el deber de aprovecharlas para precipitar y acelerar el fin del régimen capitalista. Finalmente, después de haber denunciado el carácter de la guerra europea y después de haber intervenido en los congresos de Zimmerwald y Kienthal —en los cuales las minorías socialistas y sindicales de Europa afirmaron sus

principios clasistas e internacionalistas, abandonados por la Segunda Internacional — Lenin condujo al proletariado ruso a la conquista del poder, abolió la explotación capitalista en un pueblo de 120 millones de hombres, defendió la revolución de sus enemigos internos y externos y organizó la Tercera Internacional, que reúne hoy en sus rangos multitudinarios a millones de hombres de todas las nacionalidades y de todas las razas en marcha hacia la «lucha final».

Cualquiera que sea la posición ideológica que se tenga en el campo revolucionario, no se puede negar a Lenin el derecho a un puesto principal en la historia de la redención de los trabajadores. Vemos, por eso, que los propios socialistas de la Segunda Internacional, de esa Internacional reformista tan enérgicamente atacada por Lenin, en su mensaje de condolencia a Moscú han rendido homenaje a la rectitud y a la sinceridad del revolucionario ruso.

Comunistas, socialistas y libertarios, los hombres de todas las escuelas y todos los partidos revolucionarios, y aun los que fuera de estos y de aquellas, anhelan un régimen de justicia social, se dan cuenta de que la obra y la personalidad de Lenin no pertenece a una secta ni a un grupo, sino a todo el proletariado, a los revolucionarios de todos los países.

El duelo de los trabajadores es, pues, universal y unánime.

La muerte de Lenin significa una pérdida inmensa para la revolución: Lenin habría podido aún dar mucho esfuerzo inteligente a las muchedumbres revolucionarias. Pero ha tenido tiempo, afortunadamente, para cumplir la parte esencial de su obra y de su misión; ha definido el sentido histórico de la crisis contemporánea, ha descubierto un método y una praxis

realmente proletarios y clasistas y ha forjado los instrumentos morales y materiales de la revolución. Millares de colaboradores, millones de discípulos proseguirán, completarán y concluirán su obra.

Claridad, en nombre de la vanguardia organizada del proletariado y de la juventud y los intelectuales revolucionarios del Perú, saluda la memoria del gran maestro y agitador ruso.

Discurso pronunciado en conmemoración del centenario del natalicio de Lenin.

Fidel Castro

El nombre de Lenin es algo sumamente familiar para todos nosotros.

No vamos a hacer un panegírico de Lenin. No nos atreveríamos a hacer un panegírico de Lenin, porque siempre nos quedaría la preocupación de que las ideas no fuesen capaces de expresar todo lo que realmente la admiración encierra.

Quiero señalar los sentimientos que inspiran la actitud de nuestro pueblo hacia Lenin, para empezar diciendo que en primer término ese homenaje, ese interés, esa multiplicidad de formas en que se ha expresado la simpatía, la admiración, el reconocimiento y el cariño de nuestro pueblo hacia Lenin, ha sido algo extraordinariamente espontáneo. No era solo el interés de nuestro Partido, de la dirección revolucionaria, de las instituciones oficiales, sino que fue también el interés espontáneo de todo nuestro pueblo.

Por eso, estas muestras de simpatía hacia Lenin se diferencian de lo que suele tradicionalmente caracterizar a muchas fechas históricas, que se convierten a veces en algo tradicional, algo convencional. En esta ocasión, el conmemorar una fecha que es —sin duda— una fecha histórica de extraordinaria trascendencia, puesto que nació un día como hoy uno de los hombres más extraordinarios de la historia, pero extraordinario no

solo por sus condiciones humanas, sus extraordinarias condiciones revolucionarias, sino también, o —mejor aún— fundamentalmente por la extraordinaria repercusión que su vida y su actividad han tenido y tendrán en el mundo. Es decir, que conmemoramos una fecha de un profundo significado, y la hemos conmemorado como real y únicamente podíamos conmemorarla, es decir: con el sentimiento, con el corazón.

Lenin es de esos casos humanos realmente excepcionales. La simple lectura de su vida, de su historia y de su obra, el análisis más objetivo de la forma en que se desarrolló su pensamiento y su actividad a lo largo de su vida, lo hacen en realidad ante los ojos de todos los humanos un hombre verdaderamente —repito— excepcional.

Tuvo un maestro, que fue el fundador del marxismo. Dos maestros, sería mejor expresar: Carlos Marx y Federico Engels.

Nadie como él fue capaz de interpretar toda la profundidad y toda la esencia y todo el valor de la teoría marxista. Nadie como él fue capaz de interpretar esa teoría y llevarla adelante hasta sus últimas consecuencias. Nadie como él fue capaz de desarrollarla y de enriquecerla en la forma en que él lo hizo.

Cuando Lenin era apenas un niño, ya figuraban en la historia de las doctrinas revolucionarias y en la historia del marxismo una serie de lumbreras filosóficas y políticas, una serie de famosísimos intérpretes de las doctrinas de Marx; cuando prácticamente nadie había oído mencionar el nombre de Lenin. Muchas de aquellas lumbreras que de una manera o de otra trataron de explicar, divulgar, desarrollar y aplicar las teorías de Marx, a lo largo de los años fueron opacadas por la figura y por la personalidad de Lenin en forma casi absoluta.

Porque Lenin fue desde el primer instante no solo un teórico de la política, un filósofo de la política, sino un hombre de

acción, un hombre de práctica revolucionaria constante e incesante, y le correspondió desarrollar aquella doctrina y aplicar aquella doctrina en condiciones tan difíciles, que resulta verdaderamente imposible imaginársela en situaciones peores.

Lenin surge del seno de un país donde con relación al resto de Europa, como con relación a Inglaterra, Alemania, Francia, el desarrollo industrial, el desarrollo político, el desarrollo social, estaba muy atrás. Surge en el seno de un país donde la inmensa mayoría de la población era campesina y donde predominaban todavía condiciones absolutamente feudales, donde incluso cualquier dogmático del marxismo habría considerado que sería el último país de Europa o uno de los últimos en llevar a cabo la revolución marxista.

Y es precisamente en el seno de ese país, en el seno del imperio de los zares, donde surge este hombre genial, verdaderamente genial, y desarrolla allí y aplica allí, con un sentido extraordinariamente creador, la doctrina marxista.

Cuando las lumbreras del pensamiento revolucionario de Europa no tomaban para nada en cuenta a los revolucionarios rusos, cuando miraban con cierto desdén incluso a aquellos revolucionarios, cuando muchos de ellos no se habrían ni siquiera dignado a tomar en cuenta para nada el pensamiento de Lenin e incluso la posibilidad de una revolución marxista en aquella Rusia de los zares, emprendía Lenin su largo peregrinar, su largo y prolongado combate por llevar adelante la revolución marxista en las condiciones de aquel país.

Lenin es fundador de en aquel entonces la llamada socialdemocracia rusa, que después es el Partido Bolchevique y después es el Partido Comunista de la Unión Soviética. Lenin empieza a poner prácticamente desde la primera piedra de esa organización, de ese movimiento.

No es que no hubiesen existido algunos antecesores divulgadores del pensamiento de Marx, pero es que de tal manera el desarrollo del pensamiento político y revolucionario está influido por la actividad creadora de Lenin que hay que decir que fue verdaderamente el alma de ese pensamiento revolucionario, de ese movimiento y de ese Partido.

Pocas veces en ningún proceso — y tal vez nunca en un proceso político— un pensamiento, una mente, una inteligencia haya sido capaz de hacer un aporte tan grande. Y es que Lenin fue un infatigable investigador, un incansable trabajador. Y puede decirse que desde que tuvo conciencia política no descansó un solo instante a lo largo de su vida, no descansó un solo instante de investigar, de estudiar y de trabajar en el camino de la revolución.

No ha habido gladiador que haya librado más combates ideológicos que los que libró Lenin. Es asombrosa la cantidad de batallas en el campo ideológico libradas por él. Y su historia no es en este caso comparable con la historia de otros hombres que hicieron hechos extraordinarios como méritos personales.

En nuestra historia vieja, en la Historia Universal, nos hablaban mucho sobre todo de los grandes conquistadores, desde la antigüedad hasta siglos más recientes, y se narraban sus proezas, sus victorias. Y realmente, cuando la humanidad tenga una forma de evaluar mucho más racional, cuando tenga una forma superior de apreciar los acontecimientos de la vida pasada de la humanidad, se oscurecerán aquellas figuras al lado de quien fue gladiador, batallador en otro campo de batalla; el que no fue conquistador, el que batalló en el campo de las ideas para crear, el que libró y ganó cientos de batallas difíciles en el campo de las ideas para liberar a la humanidad.

Cuando se haga una evaluación superior de las personalidades — repito — de la historia, Lenin, junto con Marx, descollarán entre los hombres, los pensamientos, las inteligencias, las conductas que mayor trascendencia habrán tenido en la historia de la humanidad.

Porque como el mismo Marx dijo, con el advenimiento de una sociedad sin explotadores ni explotados, con el advenimiento de la sociedad comunista, la humanidad habrá salido de la prehistoria. Y eso que puede parecer una frase, cuando la meditamos, cuando tratamos de comprender qué quiso decir Marx y cuando vemos todavía el mundo de hoy; cuando recordamos los recientes actos increíbles de barbarie cuando el fascismo extendió su zarpa por toda Europa; cuando vemos los actos increíbles de barbarie de hoy, los que se cometen contra el pueblo de Vietnam, de Laos, de Camboya, los que se cometen en Asia, en África, en cualquier parte: toda la técnica más moderna contra el hombre, para destruir al hombre, su trabajo, su derecho a la vida, su derecho a un mínimo de felicidad. Cuando vemos esas cosas que ocurren en el mundo de hoy, y que es lo que ha venido ocurriendo desde hace algunos miles de años, que la humanidad no ha conocido otra cosa que una tragedia, un drama de incesantes guerras de rapiña de unos pueblos contra otros, engendradas desde el mismo instante en que se desarrolló en el seno del hombre el sentido de la propiedad, cuando se desarrollaron las clases en el seno de la sociedad humana y que han dejado como saldo a lo largo de miles de años ese drama hasta hoy.

Porque esas fechorías y esos crímenes se engendran — y eso lo comprende cualquiera hoy día, cualquiera por muchas vendas que le hayan tratado de poner en los ojos —, los engendran el espíritu de clase, el espíritu de explotación, el espíritu de

posesión de los medios de producción, de los recursos naturales y de los hombres que manejan esos medios y explotan esos recursos.

De manera que cuando la humanidad haya superado esta fase y los horrores engendrados por la sociedad de explotadores y explotados, entonces podrá decirse con toda propiedad de verdad que la humanidad salió de la prehistoria para entrar en la historia.

Marx y Lenin constituyen precisamente esas dos personalidades humanas que marcarán el paso de la prehistoria a la historia de la humanidad.

Al lado de ellos, las anteriores personalidades no serán personalidades históricas, sino personalidades prehistóricas.

Pero a Lenin le tocó la posibilidad no solo de desarrollar la teoría, sino encontró el campo de acción concreto y la oportunidad de llevarla a la práctica.

Luchó, como decíamos, en circunstancias extraordinariamente difíciles. Batalló centenares de veces en defensa de la doctrina. Pero no como el apóstol que defiende un pensamiento místico, sino el científico que defiende una interpretación científica.

Defendió la doctrina de Marx frente a todas las mistificaciones, tergiversaciones y deformaciones. La defendió y demostró cuánta razón tenía. Los hechos históricos demostraron cómo todas aquellas corrientes contra las cuales combatió Lenin condujeron, en los distintos países de Europa, a la crisis del movimiento revolucionario, al fracaso del movimiento revolucionario, a la traición al movimiento revolucionario.

¡Con qué clarividencia combatió desde los primeros instantes las corrientes economistas, a los llamados marxistas legales, a los oportunistas, a los revisionistas!

Cómo fue Lenin en aquellos instantes difícilísimos del movimiento revolucionario, quizás el más crítico de todos, que es cuando tiene lugar la Primera Guerra Mundial y la mayor parte —prácticamente con la única excepción del movimiento de Lenin— de la socialdemocracia, al conjuro del patrioterismo, en cada uno de sus países, y traicionando el primer deber internacionalista y el primer principio internacionalista, votó los créditos y marchó a enrolarse como carne de cañón al servicio de los intereses de los capitalistas y de los imperialistas.

Fue precisamente en esos instantes cuando Lenin se queda prácticamente como el único dirigente en el seno del movimiento revolucionario, el único que permanece fiel —junto con sus seguidores— a aquellos principios, y libra desde entonces una batalla ideológica —¡una de las tantas!— contra los que virtualmente habían traicionado al marxismo, habían abandonado los principios del internacionalismo proletario. Y fue en aquellos años difíciles, una vez más, defensor incomparable de aquellos principios y de aquella doctrina.

Lenin tiene que desarrollar su obra en la clandestinidad, en las prisiones, en los destierros, en las emigraciones. Tiene que llevar a cabo su batalla político-ideológica superando inmensos obstáculos de todo tipo para poder imprimir una hoja, un folleto, para poderlo distribuir a través de los inmensos espacios de aquel país, para poder vencer las innumerables dificultades derivadas de tener que trabajar y transitar en medio de países cuyos sistemas sociales precisamente se proponía cambiar.

Y quizás no haya página más hermosa que las páginas de aquella lucha de Lenin en defensa del pensamiento revolucionario.

Pero conmueve de una forma igualmente impresionante cómo Lenin puede percatarse de que aquella coyuntura de

la guerra imperialista de 1914 marcaba un momento de crisis del imperialismo, y cómo de aquella Rusia de los zares —donde el movimiento obrero había ido creciendo, y sobre todo donde aquel movimiento obrero a lo largo de años se había ido armando de un pensamiento revolucionario— podía llevarse a cabo la revolución socialista.

Si se preguntara si fuera posible concebir un hombre más optimista, habría que decir que no; un hombre más tenaz, un hombre más audaz, habría que decir que no.

Porque cuando se acercaba la coyuntura histórica, el momento de tomar el poder, el momento de llevar a cabo la revolución, Lenin tuvo que librar durísimas batallas en el seno de su propio partido, tuvo que luchar tenazmente incluso contra el criterio de muchos de los que habían sido sus discípulos durante años.

Si se dijera o si se preguntara si hubo algún hombre más incomprendido que Lenin, habría que decir que no. Pero, en cambio, sí habría que decir que no hubo hombre más comprendido por el trabajador humilde, más comprendido por el obrero, más comprendido por las masas, que Lenin. Asombra la paradoja entre la enorme incompreensión que encontraba a su alrededor y la inmensa comprensión que encontró siempre en las masas, y que fueron factor decisivo en cada uno de los momentos más críticos y más difíciles de aquel proceso revolucionario: las condiciones en medio de las cuales Lenin defiende la tesis de la toma del poder y la oportunidad de hacerlo, apoyado por las masas del partido que él había forjado durante casi veinte años y por un puñado de los hombres, de los discípulos que fueron capaces de comprenderlo.

Y resulta lógico el gran número de vacilaciones, puesto que el criterio de tomar el poder en aquellas circunstancias cuando

había todavía muchos puntos débiles en el movimiento, cuando incluso el Partido Bolchevique no tenía una mayoría en el seno del campesinado, que era la mayoría de la población de la antigua Rusia, cuando el país estaba totalmente arruinado por la guerra, cuando tendría que enfrentarse después a los países imperialistas que lógicamente tratarían de aplastar la revolución victoriosa. Era tan enorme el cúmulo de dificultades que resultaba lógico que muchos vacilaran.

Sin embargo —y esta es una prueba de la grandeza de Lenin, de su férrea voluntad, de su confianza en las masas, de su fe en los principios científicos de la doctrina marxista— no vaciló un instante en afrontar todas aquellas dificultades y todos aquellos riesgos.

Y algún día habrá que decir también que ningún hombre realizó jamás una proeza más difícil que la proeza que le correspondió realizar a Lenin al frente del Partido Bolchevique en las condiciones en que se llevó a cabo la primera revolución socialista.

Y creemos sinceramente que el estudio de aquellos hechos, de aquella epopeya... Porque si difíciles habían sido los días que precedieron a la toma del poder, mucho más difíciles iban a ser los días subsiguientes, incomparablemente más difíciles, infinitamente más difíciles.

El país, en medio de enormes dificultades internas, se vio invadido por decenas de puntos: el territorio del nuevo Estado socialista se fue reduciendo. Parecía extraordinariamente difícil que aquella situación pudiera subsistir y, sin embargo, aquel pueblo, dirigido por un pensamiento, una doctrina y un partido revolucionario, encontró energías, encontró fuerzas y encontró medios para salir airoso de aquella situación.

Hay que decir que no solo ha sido Lenin uno de los hombres más creadores, más luchadores y más geniales, sino uno de los hombres más valientes, moralmente valiente. Valentía que demostró en pruebas difícilísimas, en decisiones difícilísimas, a lo largo de su vida y a lo largo del proceso revolucionario.

Creemos sinceramente que estudiar la vida de Lenin, estudiar el pensamiento de Lenin, las doctrinas de Lenin y el ejemplo de Lenin constituyen no un homenaje sino una conveniencia, un beneficio para los pueblos.

El homenaje a Lenin se le puede brindar con el sentimiento.

Pero cuando se estudia su obra y su vida, cuando se estudia su pensamiento y su doctrina, los pueblos adquieren lo que pudiera llamarse un verdadero tesoro desde el punto de vista político.

Y creemos que este magnífico movimiento alrededor del centenario de Lenin debe proseguir en el estudio de la vida y de la obra y de la doctrina de Lenin.

Esos escritos, esas obras, son numerosos. Algunas son más circunstanciales, otras son de un valor perenne, de un valor duradero, de un valor eterno. Pero prácticamente no hay una sola palabra, un solo escrito de Lenin que no tenga un valor por sí mismo. Y creemos que debemos hacer un esfuerzo por continuar imprimiendo, divulgando y estudiando las obras de Lenin.

Eso nos permitirá comprender mucho mejor los procesos sociales, los procesos políticos, los procesos revolucionarios, los procesos internacionales.

Y a cualquier obra de Lenin que se haya leído alguna vez y se encuentre profunda, se encuentre interesante, al cabo de algunos años —sobre todo cuando se vive en medio de un

proceso revolucionario— se le encuentran cosas nuevas, esencias nuevas, un interés siempre renovado.

Hay que decir que el pensamiento de Lenin ha tenido una gran influencia en el proceso revolucionario cubano. Que las ideas de Lenin, a raíz de la Revolución de Octubre, se divulgaron ampliamente por el mundo, y que en nuestro país encontraron una tierra fecunda, encontraron seguidores que se inspiraron en ese pensamiento. Y que ya en el proceso revolucionario de lucha de 1930, 1933, los revolucionarios cubanos estuvieron profundamente influidos por el pensamiento de Lenin.

Y algunas de sus obras fueron para algunos de nosotros guía, doctrina, medio de comprensión, sin los cuales habríamos estado desprovistos de verdades absolutamente esenciales en un proceso revolucionario.

Recordamos cuando por aquellos meses que precedieron al 26 de julio de 1953, la mayor parte del pequeño grupo de compañeros que estábamos dedicados a aquellas tareas andábamos siempre con los libros de Marx y de Lenin. Y recordamos que algunos de esos libros de Lenin —porque fueron los de Lenin— cayeron en manos de la policía, en los registros que hicieron después del Moncada. Y recordamos cómo en el proceso del Moncada, un fiscal paniaguado, entre sus más graves acusaciones, entre sus más —digamos— capciosas preguntas, hizo la pregunta de si era verdad que nosotros teníamos aquellos libros de Lenin y si eran nuestros aquellos libros de Lenin.

A ellos les interesaba, naturalmente, debido a la enorme cantidad de prejuicios, de mentiras, de acondicionamiento mental que habían producido en amplias capas del país, tildar al Movimiento 26 de Julio de movimiento comunista. Y no podía decirse que el Movimiento 26 de Julio era un movimiento

comunista. Lo que sí podía decirse es que un grupo de los que habíamos organizado aquel movimiento estábamos fuertemente impregnados del pensamiento marxista-leninista.

Tal vez ellos tenían interés en establecer una vinculación. Les podía interesar, primero, por el gran número de prejuicios, por la gran cantidad de toxinas anticomunistas que habían inyectado en el pueblo. Y además, por hacérseles más graciosos a los imperialistas y recibir más apoyo de ellos. La acusación de comunista era una de las más usuales, y en muchas ocasiones de las más destructivas desde el punto de vista político, puesto que ese era el ambiente que imperaba.

Y recordamos que en aquel instante no pudimos contener la indignación de ver allí aquella idiotez de sacar a relucir el libro de Lenin, y nosotros, con gran indignación, nos levantamos y le dijimos: «Sí, nosotros leemos a Lenin, y quien no lea a Lenin es un ignorante». Puesto que prácticamente se tenía como un delito —¡un delito, señores!— estudiar a Lenin.

Aquellos tiempos no están tan distantes, en que prevalecía la atmósfera —inculcada durante años y años por la propaganda mentirosa y calumniosa— contra el marxismo y contra el comunismo, y que llegó a penetrar, desgraciadamente, ampliamente.

Ejemplo. ¿Quieren un ejemplo? Recuerden los primeros tiempos de la Revolución.

En algunas ocasiones, por curiosidad, le preguntábamos a algún obrero incluso:

—¿Usted está de acuerdo con la ley de reforma agraria, usted está de acuerdo con la ley de alquileres, usted está de acuerdo con la nacionalización de los bancos?—. Una por una le iba preguntando todas aquellas leyes.

—¿Usted no está de acuerdo con que los bancos, donde está el dinero del pueblo, en vez de estar en manos privadas

deben estar en manos del Estado, y que esos recursos se pueden emplear en desarrollo de la economía, en servicio del país, y no en lo que les dé la gana a unos individuos particulares que son los dueños de esos bancos?

—Sí.

—¿Usted no cree que todas esas minas debieran ser del pueblo de Cuba, y no ser de unas compañías extranjeras, de unos tipos que viven en Nueva York?

—Sí.

Pero sí a todo, sí a todas y a cada una de las leyes revolucionarias. Y entonces le preguntaba:

—¿Y usted está de acuerdo con el socialismo? —¡Ah, no, no, no! ¡De ninguna manera!

Era increíble cómo habían condicionado las mentes, al extremo de convertir una palabra en tabú, una idea en tabú. De manera que el hombre podía estar de acuerdo con la esencia de todo aquello y no podía estar de acuerdo con la palabra.

Recordaba esto porque de las obras de Lenin nosotros sacamos conclusiones que fueron decisivas —desde luego, cuando hablo del leninismo hablo del marxismo, de las ideas esenciales de Marx desarrolladas por Lenin—, y una muy específicamente de Lenin, que fue El Estado y la Revolución, que nos esclareció tantos conceptos, que nos dio tanta luz a la hora de elaborar la estrategia revolucionaria, la lucha por la conquista del poder revolucionario, y que tan decisiva fue para poder elaborar esa estrategia.

No se ajustaba al esquema. Ningún proceso político, ¡ninguno!, se ajusta exactamente a ningún esquema. Y en política podría decirse que los esquemas no existen.

La teoría de Marx nunca fue un esquema: fue una concepción, fue un método, fue una interpretación, fue una ciencia. Y

la ciencia se aplica a cada caso concreto. Y no hay dos casos concretos exactamente iguales.

Y en nuestro país también se daban condiciones peculiares, y las ideas marxistas también tenían una plena aplicación en nuestro país.

Hay que decir que el desarrollo del pensamiento revolucionario estuvo influido fuertemente por las tradiciones de nuestro país, fuertemente por la historia de nuestro país, por las luchas emancipadoras de nuestro país. Y puede decirse que la concepción que inspiró la estrategia revolucionaria que dio lugar al triunfo en 1959 fue precisamente la unión, la hibridación de una tradición, de una experiencia peculiar de nuestro país con las ideas esenciales del marxismo y del leninismo.

Un país sin las tradiciones de Cuba y sin la historia de Cuba no habría podido arribar en esa fecha a un triunfo de esta naturaleza, a un avance de esa naturaleza. Pero un país con las tradiciones de Cuba, sin las concepciones esenciales del marxismo-leninismo —sobre todo en una serie de cuestiones fundamentales— no habría podido tampoco de ninguna manera arribar a un paso de avance semejante.

Por eso cuando vemos los procesos que hoy se desarrollan en distintas partes del mundo, en mayor o en menor grado, nosotros siempre tenemos el criterio, primero, de que ignorar el marxismo y el leninismo constituye una enorme desventaja para cualquier revolucionario. Y puede parecer paradójico llamar revolucionarios a hombres que no sean marxista-leninistas. Y no hay tal paradoja. Llamemos al hombre que es inconforme con la sociedad en que vive, con la injusticia que prevalece por doquier, que quiere cambiar, que tiene el instinto, la vocación del luchador, el instinto, la vocación del revolucionario... Porque, ¿cuándo se llega a ser revolucionario? Se empieza siendo

revolucionario un día y no se termina nunca de ser revolucionario. Porque cada día se enriquecen los conocimientos, las ideas, el espíritu; y nadie puede decir que era ayer más revolucionario que hoy ni que mañana sea menos revolucionario que hoy.

Es decir, hay hombres que quieren cambiar, que tienen muchas de las condiciones que hacen a un revolucionario, los deseos que hacen a un revolucionario; incluso hay hombres que comprenden algunos de los problemas de hoy: la miseria, el subdesarrollo, el retraso tecnológico. Algunos hombres empiezan a comprender el problema y toman conciencia de la explotación económica del imperialismo, tienen madera de revolucionarios, actúan como revolucionarios. Pero sin embargo aquellos que no conozcan el marxismo y el leninismo sin duda que tendrán una inmensa dificultad, una enorme desventaja. Porque lo que sí puede afirmarse —y nosotros tenemos el derecho de afirmarlo porque hemos vivido esta singular experiencia, y cada día hemos tratado de sacar alguna lección de esa experiencia de nuestro país—, sí puede decirse que solo hay una ciencia revolucionaria, que solo hay una ciencia política: y esa ciencia revolucionaria y política es el marxismo-leninismo. Y que no hay ninguna otra ciencia política y revolucionaria —no hay ninguna otra—, no hay ninguna otra teoría, todo lo más superficialidades, bagatelas, remiendos. Incluso en el lenguaje universal hoy día de los propios burgueses, de los propios imperialistas, se emplea mucha de la terminología marxista. La división de la sociedad en clases es algo que no lo discute nadie; en cualquier político burgués, en cualquier periódico burgués, en cualquier teórico burgués, el problema de las clases es universalmente aceptado. Y otras muchas ideas, otros términos son cosa admitida. Y muchos de esos términos, muchas de esas ideas son ideas que provienen del marxismo-leninismo.

Esto quiere decir que las ideas marxista-leninistas se extienden por el mundo y se extienden cada vez más. Yo no diría que se aplican tanto como se extienden. Yo no diría que se usan tanto como se invocan. Porque es curioso: en cualquier parte del mundo, en los sectores estudiantiles, en los sectores intelectuales progresistas, por lo general la terminología, la frase, la idea que se escucha es una terminología, una frase, una idea marxista. Ya hoy día es un principio casi universalmente reconocido lo que anteriormente decíamos: que sin el marxismo-leninismo no hay teoría ni ciencia revolucionaria o política.

Y no tenemos la menor duda de que ese proceso continuará. No debemos olvidar que Marx fue uno de los hombres más combatidos y más calumniados de su época; pero que todavía en un grado mucho más alto fue combatido, fue difamado y fue calumniado Lenin. Se acudió a las peores infamias dentro del propio movimiento revolucionario. Fuera del movimiento revolucionario se trataba de pintar a Lenin como la encarnación del mismísimo diablo.

Con esas ideas, con esas fábulas, los burgueses y los reaccionarios de todo el mundo trataban de frenar la extensión y la divulgación de las ideas revolucionarias.

Hay que decir algo más: después de la Revolución de Octubre surgieron toda una serie de negadores de Lenin. Una de las armas que usó el imperialismo contra el leninismo fue tratar de disminuir el papel de Lenin en el proceso revolucionario, tergiversar la historia. Y cientos de escritorzuelos, supuestamente de izquierda —tal como todavía ocurre incluso en esta etapa contemporánea: método y técnica usada por la reacción—, fueron historiadores supuestamente de izquierda que distorsionaban la historia del proceso revolucionario leninista.

Pero es que un estudio realmente objetivo de la historia no admite comparación posible, ¡no admite comparación posible!, no admite poner al lado de Lenin ningún otro pensamiento, porque el pensamiento de Lenin descuellos desde el principio hasta el final y es la espina dorsal, el alma de ese proceso.

Así surgieron los panegiristas de otros personajes de aquel proceso. Y no se trata, desde luego, de negarle a nadie, porque hubo muchos héroes, hubo muchos hombres con grandes méritos. Pero no hay duda de que de esa tendencia de seudocritorizuelos de izquierda surgieron las corrientes tendientes a disminuir el papel de Lenin en el proceso revolucionario.

Desde luego que a medida que pase el tiempo no será solo nuestro país, no serán solo los países socialistas. Llegará el día en que el homenaje a Lenin sea el homenaje de todos los pueblos, llegará el día en que el homenaje a Lenin sea el homenaje de todos los Estados, llegará el día en que el homenaje a Lenin sea el homenaje de toda la humanidad. De eso nosotros no tenemos la menor duda.

Baste recordar que hace doce años se hubiera podido homenajear a Lenin solo bajo los palos de la policía. Apenas hace doce años, este pueblo que le ha rendido tan bello homenaje, tan sincero y profundo homenaje a Lenin, hace doce años únicamente en un parque, bajo los palos de los esbirros, habría podido rendirle tributo a Lenin. Y hoy son millones de cubanos quienes expresan su cariño y su admiración hacia Lenin.

De la misma manera, algún día millones de analfabetos de hoy conocerán a Lenin, su obra, su historia y su vida. Y será, repito, universal el homenaje. Lo cual engrandece su papel, del hombre que se enfrentó a tantas dificultades y a tantas incomprendiones para llegar un día a ser comprendido y admirado por miles de millones de seres humanos.

He expresado algunas ideas, algunos sentimientos sobre Lenin, sobre su influencia en nuestro proceso desde el punto de vista ideológico. Pero también ha habido otra influencia fundamental: la influencia que tuvo la Revolución de Lenin, la influencia que tuvo el Partido y el Estado creado por Lenin en el proceso revolucionario de nuestro país.

Porque lo que decíamos anteriormente: que sin las tradiciones de nuestro país y sin las esencias del pensamiento marxista no habría podido dar nuestro pueblo el enorme paso de avance que dio, no habría podido nuestro país convertirse en el primer país socialista de América Latina, ¡último en liberarse del coloniaje español, primero en liberarse absolutamente del imperialismo yanqui!; no habríamos podido afirmarlo si en octubre de 1917 no hubiese...

[...]

Pero volvamos a la idea de que sin la Revolución de Octubre de 1917 no habría podido constituirse Cuba en el primer país socialista de América Latina.

Nosotros habríamos sido igualmente revolucionarios, nuestro país habría ido hasta las últimas consecuencias —no hay duda. Pero los más inmensos sacrificios, las más heroicas determinaciones, no habrían podido prevalecer sobre las consecuencias del poderío del imperialismo a noventa millas de nuestras costas; no habría podido prevalecer a las consecuencias de su criminal zarpazo económico, de sus zarpazos políticos y de sus zarpazos militares.

En el mundo hay miserables. Se sabe. En algunos círculos intelectuales a veces abundan esos miserables. Y desgraciadamente el imperialismo ha logrado crear en algunos círculos lo que pudiéramos llamar un profundo sentimiento antisoviético;

en algunos círculos. Son los círculos emparentados con toda esa técnica imperialista que trató de disminuir el papel de Lenin.

Hoy, como se sabe, hay superrevolucionarios teóricos, superizquierdistas, verdaderos «supermanes», si se quiere —para darles un término—, capaces de destripar al imperia-lismo en dos segundos con la lengua; muchos superrevolu-cionarios que no tienen ni noción de lo que es la realidad y los problemas y las dificultades de una revolución, alentados por ese sentimiento bien alimentado por el imperialismo, lle-van un odio feroz. Es como si no quisieran perdonar que la Unión Soviética existiera, y esto desde posiciones de izquierda. Quisieran una Unión Soviética modelada a su imagen pere-grina, a sus idealizaciones ridículas; porque un país es antes que nada una realidad, y una realidad que tiene que hacerse de otras muchas realidades.

Esas corrientes olvidan las increíbles dificultades iniciales del proceso revolucionario en la Unión Soviética, las dificul-tades a que nos referíamos anteriormente; los increíbles pro-blemas derivados del bloqueo, del aislamiento, de la agresión fascista. Todo eso pretenden desconocerlo, y casi consideran una especie de crimen que exista la Unión Soviética. Y esto desde posiciones de izquierda: una deshonestidad absoluta.

Se olvidan de los problemas de Cuba, de Vietnam, del mundo árabe. Es decir, dondequiera que el imperialismo está allí llevando a cabo sus zarpazos, sus zarpazos, se encuentran un país, un Estado que envía las armas en las cantidades nece-sarias para que los pueblos puedan defenderse contra ese impe-rialismo.

Nuestro caso: ¡mil quinientos millones de pesos en arma-mentos recibidos de la Unión Soviética! Y de ninguna manera creemos que seamos los que más hayamos recibido. Esto no

lo decimos en son de protesta ni de reclamo, sino que en otros lugares han hecho falta más. Pienso que, por ejemplo, al Oriente Medio ha llegado mucha más arma todavía, debido a la situación existente allí.

Quiero decir que se cuenta por miles de millones el valor de los armamentos recibidos gratuitamente por países, que voy a decir el caso nuestro: ¿qué habríamos hecho nosotros sin esas armas?

No hablamos ya del petróleo, de algunas cuestiones que fueron decisivas y fundamentales en determinados momentos; porque, bueno, a lo mejor el buey, la carreta, el caballo, el mulo, viviendo un poco como los siboneyes... Pero siempre diremos: ¡Será preferible vivir como siboneyes, será menos malo que tener que combatir sin tener un arma con que combatir!

Se conmemora lo de Girón en estos días. Y bien recordamos antiaéreas, tanques, cañones, armas, morteros, con los cuales pudimos pulverizar a los mercenarios.

Es decir que la existencia del Estado soviético es objetivamente, objetivamente, uno de los más extraordinarios privilegios del movimiento revolucionario.

¿Qué quiero decir con esto? Quiero decir que se puede tener opiniones diferentes sobre diferentes problemas, quiero decir que unos movimientos revolucionarios pueden interpretar cómo enfrentar determinadas cosas de una forma y otros de otra. No quiere decir esto que obligadamente cada partido tenga que pensar exactamente igual que otro. ¡No! No se confunda. Creemos que dentro de la enorme diversidad de los problemas y complejidad de los problemas, siempre habrá numerosísimos puntos de vista diferentes, ¡siempre habrá! Sería idealismo pretender otra cosa.

Nos referimos al hecho de la existencia de toda una plaga de seudorrevolucionarios, de escritores a sueldo del imperialismo, que con increíble saña escriben contra la Unión Soviética y prácticamente no le quieren perdonar la existencia del Estado soviético; cuestión que solo puede interesar, sentimiento que solo puede emanar de un odio reaccionario e imperialista.

Estas cuestiones, estas verdades objetivas, los hombres que tienen un elemental sentido de la verdad histórica, de la realidad, de la justicia, no podrán olvidarlas nunca ni podrán negarlas nunca.

El mundo de hoy es un mundo bien complejo, es un mundo que no tiene nada de fácil, es un mundo bien difícil. No hay soluciones fáciles para ningún problema. Los problemas son muchos y complejos. Y claro, de esas circunstancias se valen para intrigar, para difamar.

Hay algunos que no quieren perdonarle a este país la posición que adoptó cuando la cuestión de Checoslovaquia. Me refiero a esos escritorzuelos de izquierda. Y algún día habrá que discutir, algún día habrá que hacer un debate amplio en cualquier lugar, en cualquier tribuna.

Sobre la misma Revolución Cubana son muchos los que escriben, menos Cuba. No se sabe cuántos intérpretes, cuántos teóricos. Algunos de ellos no merecen ni la réplica porque son evidentes agentes del imperialismo yanqui, ¡evidentes agentes del imperialismo yanqui que todavía engatusan y engañan a más de cuatro idiotas! Sin embargo, creemos que es ahí, es ahí donde se define un criterio revolucionario, en situaciones como esas; ¡posición que mantenemos y que reiteramos!

No íbamos nosotros a actuar en nombre de una lógica burguesa, de una concepción burguesa, de una política burguesa. Lo que contaba para nosotros era el proceso contrarrevol-

lucionario que estaba teniendo lugar allí, el proceso de traición al marxismo.

No podemos olvidar por aquellos días la agencia de noticias checa escribiendo sobre el Che peor que la UPI y la AP, innumerables cosas por el estilo; difamando ya a los demás países, incluso a Cuba. Porque aquello era liberalismo, sí, ¡liberalismo!

Y creo que ese es el momento, en esas circunstancias, en que hay que saber evaluar, hay que saber reaccionar revolucionariamente. Solo el imperialismo habría sido ganancioso si aquello no se frena, si aquello no se ataja.

Algunos decían que qué extraño, que Cuba, que podía ser invadida por los imperialistas yanquis. Bien: si los imperialistas yanquis invaden a Cuba en cualquier época, en cualquier momento, ¡aquí siempre habrá una razón por la cual pelear y morir hasta el último hombre!

Esa no es una razón jurídica, no es una razón legal: ¡Es una razón moral! Y los pueblos defendiendo una causa justa, luchan y perecen.

Lo que nadie podrá llevar nunca a ningún pueblo a morir por una causa injusta; lo que nunca podrá nadie llevar a un pueblo a morir por la contrarrevolución.

Esa es la esencial diferencia: que allí tenía lugar un proceso contrarrevolucionario y aquí tiene lugar un proceso revolucionario.

Por si algunos todavía no entienden. ¡Y nosotros no somos liberales burgueses: somos marxista-leninistas y somos antiliberales!

Para nosotros toda la filosofía burguesa y todas las ideas liberales burguesas constituyen algo así como una vieja superstición, hace tiempo pasada de moda.

Y decíamos —cuando hablábamos de las posiciones que se tienen y de las posiciones que tiene nuestro país— cómo por encima de todo están los hechos objetivos, cómo por encima de todo está la verdad, cómo por encima de todo nosotros tendremos siempre en cuenta la importancia objetiva, el valor objetivo. Y lo decisivo que ha sido para nosotros el apoyo soviético.

Y a algunos no les gusta que ni siquiera nosotros reconocamos esto. ¡Vaya liberaloides asquerosos que pululan por el mundo, charlatanes que no han tenido nunca que presentarse delante de un solo caso —no de los problemas de una nación entera—, ni tener que ver y sufrir la pobreza, las miserias de una nación entera!

Hay muchos que desde Roma y de París construyen mundos hipotéticos, imaginarios. Y muchos de ellos viviendo muy bien —no digo que todos—, porque algunos son agentes netos de la CIA y otros son idiotas.

¡Y hasta se indignan porque los pueblos reconozcan y proclamen estas verdades!

Y esos hechos los tendremos nosotros siempre presentes, siempre presentes. Y esas cosas siempre prevalecerán en nuestras relaciones con la Unión Soviética: esas verdades objetivas y esos hechos objetivos.

La literatura predilecta de Lenin. Nadezhda Krúpskaya

Yo llevé conmigo a Siberia las obras de Pushkin, Lermontov y Nekrasov, Vladimir Ilich las puso cerca de su cama, al lado de Hegel, y por las noches las releía una y otra vez. Su escritor preferido era Pushkin. Pero no vaya a creerse que apreciaba únicamente la forma, por ejemplo, le gustaba la novela de Chernishevski *¿Qué hacer?*, a pesar de su forma ingenua y de escaso valor literario. Me sorprendió la atención con que leía esta novela, captando los más sutiles matices de la misma. Por cierto, amaba la imagen de Chernishevski, y en su álbum de Siberia habrá dos fotografías de este escritor, en una de las cuales Ilich había escrito, de su puño y letra, la fecha del nacimiento y de la muerte del literato. Había también en el álbum de Vladimir Ilich fotografías de Émile Zola, y de los escritores rusos Herzen y Pisarev. En otros tiempos, Vladimir Ilich había leído mucho a Pisarev y le había tomado cariño. Recuerdo que teníamos asimismo en Siberia el *Fausto* de Goethe en alemán y un tomito de poesías de Heine.

En Moscú, de regreso de Siberia, Vladimir Ilich fue al teatro para ver *El cochero Henshel*, y luego me dijo que la obra le había gustado mucho.

Entre los libros que le gustaron a Ilich en Munich recuerdo la novela de Gerhardt, *Bei mama (En casa de la madre)* y *Bütnerbauer (Campesinos)*, de Polenz.

Posteriormente, durante el segundo período de emigración, en París, Ilich leía gustoso los versos de Víctor Hugo *Chatiments* consagrados a la revolución de 1848. Esos versos los escribió Víctor Hugo estando en la emigración y se introducían en Francia clandestinamente. En ellos abunda una ingenua ampu-losidad, pero, de todos modos, se percibe el hábito de la revolu-ción. Ilich frecuentaba gustoso los cafés y teatros de las afueras para escuchar a los *chansoniers* revolucionarios, que cantaban en las barriadas obreras acerca de todo: de los campesinos que, bebidos eligieron diputado a un agitador que iba de paso; de la educación de los hijos; del paro obrero, etcétera. A Ilich le gustaba sobre todo Monteguse. Este, hijo de un comunero, era el ídolo de los arrabales obreros. Verdad es que en sus impro-visaciones, llenas de colorido popular, no había una ideología concreta, pero si mucha y muy sincera pasión. Ilich cantaba con frecuencia su saludo al 17 regimiento, que se negó a abrir fuego contra los huelguistas: «*Salut, salut a vous soldats du 17-me*» («Los saludo, los saludo, soldados del 17 regimiento»). En cierta oca-sión, en una velada organizada por los rusos, Ilich entabló con-versación con Monteguse, y causaba extrañeza ver que aquellos dos hombres tan distintos —posteriormente, al estallar la guerra, Monteguse se pasó al campo de los chovinistas— soña-ban juntos en la revolución mundial. Así ocurre a veces cuando se encuentran en un vagón personas que apenas se conocen y se ponen a hablar, acompañadas del traqueteo de las ruedas, de lo más íntimo, de lo que no hubieran dicho nunca en cual-quier otro tiempo, y luego se separan para no volverse a ver en toda la vida. Así ocurrió aquella vez. Además, hablaban en francés, y en un idioma extraño siempre resulta más fácil soñar en voz alta que en la lengua materna.

[...]

En los últimos meses de la vida de Ilich, a instancias suyas le leía literatura amena, habitualmente por las tardes. Le leía *Schedrin* y *Mis universidades*, de Gorki. Además, le gustaba escuchar poesías, sobre todo las de Demián Biedni. Pero más que los versos satíricos de Demian le gustaban los versos llenos de énfasis.

Cuando le leía los versos, solía mirar pensativamente por la ventana el sol poniente. Recuerdo unos versos que terminaban con las palabras: «Nunca, nunca serán esclavos los comuneros».

Al leerlos me parecía estar jurándole a Ilich: «Nunca, nunca entregaremos ni una sola conquista de la revolución...».

Dos días antes de su muerte le leí por la tarde un cuento de Jack London — sigue encima de la mesa en su habitación — titulado «Amor a la vida». Es una obra muy fuerte. Por un desierto nevado, que antes jamás había pisado nadie, marcha hacia el puerto de un gran río un hombre enfermo, que se está muriendo de hambre. El hombre pierde sus fuerzas, y ya no camina, sino que se arrastra, y al lado se arrastra un lobo que también se muere de hambre. El hombre y la fiera libran una empeñada lucha. El hombre vence: más muerto que vivo, casi loco, llega a su meta. El cuento le gustó a Ilich extraordinariamente. Al día siguiente me pidió que le leyera más cuentos de London. Pero en los libros de Jack London las obras fuertes alternan con otras muy flojas. El cuento siguiente era muy distinto, estaba impregnado de moral burguesa: un capitán prometió a su armador vender lucrativamente un barco cargado de trigo; el capitán sacrifica su vida para cumplir su palabra. Ilich se echó a reír e hizo un ademán de fastidio.

No pude volver a leerle...



ocean sur

una editorial latinoamericana

www.oceansur.com • info@oceansur.com

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

vladimir ilich lenin

UNA INTRODUCCIÓN A SU PENSAMIENTO

La editorial Ocean Sur durante más de 30 años ha ofrecido a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de todos los tiempos. La figura de Lenin, su vida y su obra, han sido una motivación constante en nuestro quehacer editorial. Esta vez, cuando se cumplen 100 años de su muerte, queremos acercarlo a nuestros lectores con esta breve selección de textos suyos y otros que nos hablan de él, y muestran tanto su grandeza política e intelectual como su sencillez y sensibilidad.

ISBN 978-1-923074-26-2



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au